

Carlos Calderón Fajardo

# Antología íntima

***Primeros cuentos*** (1969-1974)

El peregrino  
Casi un caballo  
En una época en que ya casi nadie usa sombrero  
Historia de Magaly

***El que pestañea muere*** (1981)

El penal  
Eliana y el tigre del sur  
El que pestañea muere  
Suicidio de amor

***El hombre que mira el mar*** (1988)

La multiplicación de las tórtolas  
Las tres prendas  
Aves del limbo  
La huaca  
El hombre que mira el mar  
Dos cuentistas  
El pianista negro

***Historias de verdugos*** (2006)

La mano izquierda de Dios  
Gyula  
Año nuevo, vida nueva  
Historias de verdugos  
Los ángeles del quinto piso

***Playas*** (2010)

Playa Ballena  
Punta Negra  
La mariposa de Ancón

*Todos viven al menos tres vidas, una real,  
otra imaginada y otra no percibida.*

*Thomas Bernhard*

***Primeros cuentos***

***(1969-1973)***

## *El peregrino (·)*

Sapo zorro hecho toro. Hombre de la curva al camino. Y arena sapo redondo gorgojo. Te apareciste. Sapo en el arenal en charco de agua rala en la duna y tú eras hombre aguacero para la tierra cuando se junta con el camino. Sino nada sapo barrigudo de la lagunita sobrante de la lluvia. Sapo burbuja. Qué hacías tú allí sobre el helecho. Tal vez sólo eco de pradera y seguro de encontrar derrotero en la cima dormida sobre la arenilla sapo canto rodado. El camino con tu piel de cáscara por un cerro sin herradura al que en vano quisiste subir y a duras penas. Arena del arenal hecho un toro. Hombre de la cuesta al sendero. Potreros de la cañada del toro soplido bajo que embestía al viento y quieto mugido. Tus ojos abiertos como candela sobre la arena. Lejos estabas toro de tus montañas en ese establo de engorde para que te mueras. Duro como la roca. Peleaste toro por subir al cerro y por llegar a la trocha del sapo muerto. Rompiste tus astas y ni siquiera al morir tuviste atajo cielo ventisquero de las yerbas sapo agonizante, toro de las lomas hundidas tus pezuñas en la arena. Toro de noche quieto sobre las dunas. Y sacaste la lengua de fierro y reventaste toro fuego. Fuiste arena del arenal, hombre de la estrella a la mansedumbre, de sapo toro te volviste zorro, zorro sólo del arenal comedor de salamandras cactus pedruscos y algarrobos, plomo a veces marrón como las dunas maduras y contra el sol de la loma o bien de noche bajo la luna, pobre de ti zorro que llegaste arriba del cerro del sapo muerto y del toro roto sólo para que duela el viento para nada más zorro. No estaba la ruta en el filo de los dientes ni tu lengua roja hundida en el agua. Estaba el arenal soledad y olvido y no eras nada, zorro plomo viento de arena desierto tuyo, morada del zorro perdido por los cerros pensando solo en morirte zorro plomo. Ya no eras ventarrón, no eras mugido sino arenal plano quebrado y ventisca al amanecer, pequeño pie de los zorros, de un peregrino bajando como tú, lento el paso desde las alturas, desde el sapo desde el toro.

(·) Revista Creación & Crítica Lima, N° 18. Agosto 1974

## *Casi un caballo (·)*

Los periódicos, en lenguaje del Lacio y que no solo sirven para construir un cielo, también un infierno no muy remoto, abiertos de par en par, protegen su cara, sus ojos resguardados cuidadosamente de ese sol del trópico. Y el viejo *bersaglieri*, la boina calada hasta las cejas, las piernas algo hinchadas, estiradas sobre un banquito, asentándolas suavemente sobre un cojinete, se mece con molicie, como si el Nono estuviera creando y después del almuerzo, en el nuevo recinto de las flores impecables, las sombrillas, las terrazas y los columpios, el ritmo necesario que antecede siempre a la conciliación del sueño.

El viejo nono tiene que mover la cabeza emboinada para que se detenga su silla, la simulación de un hombre que duerme y observando con cariño de abuelo. El supuesto cielo se cierne por los resquicios y los pequeños nietos cuelgan de los cuatro extremos del caballo de madera. Paulo comandando el asedio. Y también el profundo lapso: un caballo cabalgando furiosamente alrededor de una plazuela, en círculos y ligando a la repetición casi mecánica de los gestos familiares, la misma expresión, los viejos parientes que vuelven a él, como mensajeros errantes; los cascos del caballo retumban en el empedrado. Los rostros fueron conocidos al detalle, y se atrapan a través de las ranuras del periódico: la niña del torso pequeño y las piernas largas, que se cuelga del grueso cuello del caballo. Es el retrato fiel, una imagen que desafía los años comprendidos en ese lapso. La enigmática Lucía se transformó en una sombra desde el día en que el caballo desbocado hizo su aparición en la plazuela. Ineludible su mirada antigua, y patente desde la infancia del viejo *bersaglieri*: ella, encumbrada sobre el paraíso, la misma niña asomando tras los cristales de la ventana. La pequeña Lucía es la prolongación de ese rostro que contemplaba al viejo sentado en una mesa, y debajo de las silenciosas arcadas. La atención concentrada, y las páginas abiertas que cubren la cara del supuesto durmiente; la múltiple perspectiva de un larga vista que estaría superando una densa barrera del tiempo: una niña de trenzas, y ella trata de subir a un caballo de madera, y que no es exactamente Lucía, sino que mucho más bella la niña rosada había abandonado la ventana, cruzó la plazuela y está inmersa en un pequeño paraíso y es quizás el nuevo trópico. Mira a su hermanito, tratando de trepar por los arreos, a Paulo, la cambiante manera de reír, jugar y también de ver, más que una simple evocación, una sombra también errante, dorado por el sol y con los ojos muy azules. Y el mayor de los nietos es Antonio, el *fratello* Antonio que quiere trepar de un solo salto al caballo, en la voz del nieto y llevado al extremo de lo que fue un estribillo de los partidarios del fascio, de Mussolini: “*Giovanezza, Giovanezza, libertà*”.

Con Paulo vuelve una tarde interminable, y un largo paseo hasta los confines de la ciudad. Traía un ramo de flores en la mano y un gesto de ofrenda definitiva. Lucía estaba aterrada en una tumba de mármol y su rostro esculpido era idéntico al de su nieta. Y ahora es el vínculo, con un caballo de por medio y condujo al centro mismo de un obligado

peregrinaje. La búsqueda de Antonio fue inútil; derrotado, tal vez muerto. La sorprendente llegada del caballo, la expresión desmedida que había antecedido al infierno, el mismo viejo que no mueve una sola pestaña, respirando con ansiedad. Fue un caballo salido de la guerra en una tarde de alboroto interminable. Fue un pretexto para el último encuentro con Paulo, viejo e irreconocible bajo la boina, bajo la sombra de las arcadas de piedra, su vaso de vino en la mano. Todo coincidía. Coincide con el instante en que los tres nietos han logrado trepar sobre la cabalgadura. Jubilosamente ordena Antonio el galope tendido. Lucía y Paulo aplauden. Y el Nono, que está sentado en la mecedora, mira sonriendo antes de expirar, muerto el viejo fascista que se convierte luego en una hoja muy ligera, suave, se diría inaprensible.

(·) Dominical, semanario de El Comercio, 21 de noviembre de 1971

## *En una época en que ya casi nadie usa sombrero*

Si el día de la mudanza me hubiera metido a un cinema estaría sentado cerca al écran con las piernas levantadas sobre una de las bancas sin tener que caminar por las calles como un imbécil que husmea en el vestíbulo de los cines, mirando a las mujeres desnudas y los anuncios.

Antes de echarme a caminar tengo que proponerme un punto de llegada y calculo el tiempo que puedo emplear. Caminar a paso largo parándome en los cines para ver las fotografías de mujeres desnudas o corriendo una cuadra y caminando otra, media hora, más o menos, desde Surquillo hasta el Parque Salazar, a grandes zancadas y balanceando el cuerpo (así camino yo). El Parque Salazar puede ser uno de los tantos puntos de llegada. Otro punto es el parque Marsano, los soldados de franco, la gente que se embarca en colectivos que van al puerto, al Callao; allí están aglomeradas las sirvientas que estudian en la nocturna y se hacen la vaca. El Cine Marsano y las fotografías de las películas en el vestíbulo. Los cines de Miraflores que sirven para huir de las mudanzas.

Cuando mi familia se mudó a Surquillo (hace poco que nos hemos mudado a Surquillo), llegamos en un camión. Los cargadores dejaron nuestros muebles y los catres en la vereda. Yo sentado en un sillón, en plena calle, me sentía solo y reflexionaba sobre los puntos de llegada. El cine Pacífico puede ser otro punto, la pileta de aguas rosadas, los gringos en los cafés, las fotos de las mujeres desnudas en las vidrieras.

Pero si cruzo la línea del tranvía (de vuelta a Surquillo) puedo irme tras las empleadas que trabajan en las grandes tiendas y seguirlas hasta la puerta de los callejones; o puedo incursionar más allá de los rieles del tranvía (hacia Miraflores) y caminar por las calles de chalets y jardincitos. Llegar a las 7 de la noche a un punto de llegada (el Parque Salazar) y a esa hora, desde el culebreante malecón sobre la bahía que es un collar de luces prender un cigarrillo e inclinar la cabeza hacia los acantilados, ahí es cuando me siento más solo que nunca (he llegado a uno de los puntos).

Pero pude quedarme sentado en el sillón, en plena calle, esperando que se echen abajo la puerta de nuestra nueva casa. En ese momento mi padre corrió a la comisaría con un fajo de papeles y recibos en la mano (mi padre es un hombre canoso y lleva sombrero en una época en que ya casi nadie usa sombrero). Pude seguir reflexionando pasivamente sobre los puntos de llegada, reírme de nuestros trastos amontonados en la acera. Lo que hice fue tomar una decisión, intentar algo, pararme del sillón, caminar hacia el Parque Salazar, al

cine Pacífico, al cine Marsano, los solitarios que matan el tiempo sentados en las bancas, las fotografías en el vestíbulo de los cines (siempre he querido pelarme una de esas fotografías, andar con una mujer desnuda en el bolsillo).

Al levantarme del sillón me iría a caminar por las calles de Surquillo (mi nuevo barrio). Yo había reflexionado un largo rato, sentado en el sillón, sobre los puntos de llegada. Diminutos puntos en la gran ciudad, lejos de nuestros trastos tirados en la vereda, de la puerta de nuestra nueva casa cerrada con tablas. Y ahora, andando, pensé que mis recorridos futuros podían variar al escoger una bocacalle y no otra. Al día siguiente tomaría la otra bocacalle y así cada recorrido (diario) sería distinto al anterior. Caminatas únicas, ya que andaría por calles que no he visto nunca (llegar a mil puntos diferentes).

Pero sin embargo, hay muchos hechos inesperados que pueden cambiar planes y reflexiones. Así, yo estoy solo, (siempre ando solo). Pasa una mujer junto a mí, no es una mujer “decente” (yo pienso que si lo fuera podría llamar a un policía) ni una quinceañera (conocer a los padres, sentarme a conversar en la sala) ni tampoco es una cholita (me daría vergüenza andar con ella agarrados del brazo por la calle). Es una mujer que pasa delante de mí. Me cruza en la vereda. Se sobre para nerviosa. Después de unos metros voltea y sonrío. Puede ser vendedora en uno de los grandes almacenes de Larco, divorciada o viuda, (un retrato del finado de su marido en la mesa de noche), solterona que se imagina sola para siempre (ser feliz sin necesidad de un hombre) y al salir todos los días de su trabajo y caminando sola de regreso al callejón ha decidido que no puede vivir así, sin cariño. O de repente simplemente vive sola, sola en un departamento. Y cuando le quiero dar el zarpazo a una hembra primero camino a una distancia prudencial mirándole las piernas y las nalgas. Imagino todo lo que se puede hacer solo yo con una mujer sola, una mujer que vive sola en su departamento. Me hace entrar. Después me siento en uno de los sillones, en la sala y espero. Ella sale en bata y me invita un trago, igualito que en el cine. Pero: Ud. qué desea, yo a Ud. no lo conozco. Ud. se ha equivocado. No me confunda, o ella apenas pueda que susurre: dejémoslo a la casualidad... Ella se para delante de una tienda y vuelve a voltear. Sigue caminando y todo termina cuando ella llega a la puerta de su casa, abre la puerta con su llave y después cierra, o quizás toca el timbre (quiere decir que no vive sola). Todo era posible. Pudo invitarme a entrar. Puede aguaitar por la ventana y hacerme una seña.

Ella no volvió a salir de su casa. Ni siquiera asomó la cabeza por la ventana (en paños menores tras la cortina). Me sentía incómodo, como si parte de mi vida se hubiese muerto sin empezar. Me sentía decaído, débil y no era para menos. Yo había estado parado en el vestíbulo de los cines, mirando las fotografías de las películas. Había cruzado y recruzado la línea del tranvía (para orientarme) y había pasado horas en una banca del Parque Marsano. Ella había caminado largo trecho conmigo y yo me sentía perdido. Y ambulaba yo por Surquillo cuando fui a dar a una sala, la sala de una mujer que en el fondo siempre había vivido sola. Ella me miró tratando de decirme algo. Esa mujer estaba vieja y cansada, sacudía con un plumero el polvo de los muebles.

Yo (sin saludar) me senté en uno de esos sillones tanques que se pusieron de moda en la época de Odría. Cansado, me sentía medio muerto Tenía que seguirle la corriente a la vieja que estaba con un viejo). La señora escuchaba con sumisa atención a un hombre canoso al que le veía las patillas blancas. La cabeza la tenía cubierta por un sombrero plomo (en una época en que ya casi nadie usa sombrero). El hombre canoso tenía un largo papel lleno de cifras y no dejaba de fumar un cigarrillo tras otro sin dejar de hablar hasta que debajo de sus pies quedaron un montón de colillas pisoteadas. A la señora parecía no importarle. Parándose de su silla nos alcanzó una taza de té a cada uno sin siquiera mirar los puchos tirados en el suelo. Yo me hubiera quedado dormido en el sillón tanque pensando en las mujeres desnudas si es que el hombre canoso y ensombrecido no se hubiera callado a la primera palabra de la señora a tal punto que el viejo cohibido tuvo que quitarse el sombrero.

—Sabe señor, la taza que tiene usted en la mano, tiene más de 50 años, era de la vajilla de mi abuela. En mi casa duran las cosas señor. Cuando yo era una niña me daba de cabezazos en la punta de la mesa sobre la que usted ha puesto el sombrero. Y la vitrina, las copas; a mi difunto le gustaba pellizcarles el filo y cuando se escuchaba un zumbidito se reía y decía orgulloso que eran finas. Y no le digo nada de los sillones. Mi finado regresó de su empleo hace 50 años y me dijo gritando desde la puerta: “seré un pobre diablo Rosa, pero ya tienes tu juego de sala”. Escuchábamos la radio en ese sillón tanque. Yo me sentaba en sus rodillas. Está nuevo porque desde que lo compré le puse un plástico encima. A la cama le bordé una colcha morada. Media vida me la he pasado en esa cama, y ahí mismo me voy a morir algún día. Qué otra cosa me queda si he dormido tanto tiempo en el mismo sitio. Y no señor, sépalo usted, nadie va a quitarme mis cositas. Perdone que el té esté frío, pero los inviernos están cada vez más húmedos. Y como le venía diciendo, esta es mi máquina de coser. Me he pasado media vida cosiendo con esa máquina, y usted mejor que nadie lo sabe señor. Pero como usted ve, todo está tirado en cualquier parte. Quizás la culpa no es sólo mía sino también suya señor (la vieja le dice eso al viejo). Lo que más me da pena es que el Señor, el Sagrado Corazón esté botado en el suelo.

Nosotros dos en una calle extraña (el viejo y la vieja). Para mí una callejuela desierta y llena de tachos de basura y gatos sin dueño. Soy el hombre canoso que huyó y yo lo vi correr, su cabeza blanca. Lo vi sentado en la cantina, llorando borracho, derramando el trago sobre la mesa. Ella dejó de hablar. Nos cegó la luz repentina de un automóvil que se nos venía encima. El automóvil frenó delante del sillón tanque en donde yo estaba sentado. El chofer bajó agitadamente los brazos, gritándole groserías a la señora que recogía sin inmutarse las tazas de té. Me podían llevar a la comisaría, pedir mi testimonio, horas de interrogatorios (que no se los deseo a nadie) y hasta podía salir en los periódicos: “Arman casa en la vía pública”. Antes de que llegara el policía, yo ya me había parado del sillón y estaba dispuesto a zafar. Al llegar a la esquina volteé (la curiosidad se lo come a cualquiera). Vi al policía con su casco blanco y sus correajes parado delante de la cama. La señora se cubría con la colcha con intenciones de no moverse.

Cuando media hora después, alguien se rió en mi cara, recién me di cuenta (quizás por el pánico) que habían recogido el sombrero plomo del viejo y lo llevaba en la cabeza (en una época en que ya casi nadie usa sombrero).

Revista Kachkanirajmi N°4 Lima, diciembre 1969.

# *Historia de Magaly (\*)*

## I

Toda chamuscada, así nació la Magaly.

El viento venía de los cerros y soplabla en la pampa. Fue curioso que a la madre de la Magaly se le diese por parir justo el día de la invasión. Había zumbidos a ratos, como si fuese un silbidito, como si un ventarrón estuviese llamando.

Es bebita, gritó la comadrona.

Ha nacido una bebita, la primera en San Pedro, eso dijo y lo que dijo cundió como reguero por todas las otras chozas que estaban armándose en plena noche.

El pampón se había llenado de banderas. La recién nacida tenía los ojos abiertos y era como si estuviese mirando para adentro. Decían que la Magaly sólo lloró un ratito y que después ya no lloró nunca, como si lo supiese todo. Dijeron que su padre la curioseaba desde una ranura entre la estera.

Después amaneció. Celso Tecse, enterró a su mujer. Luego del entierro, Celso se envolvió dentro de sí mismo. Se fue a sentar en una piedra. Estuvo sentado horas y horas hasta que se levantó y se puso a terminar de levantar su choza. Los que primero se negaron a que se zampe en la invasión, los que habían quemado su primera choza, corrieron a colaborar con él. Y algunas vecinas lo ayudaron a Celso a cuidara la bebita. Hasta que Celso dijo que lo dejaran tranquilo.

Y por allí se fue ese hombre cargando con su guaguita por los arenales resecos, como siguiendo el vuelco de los vientos dentro del aire. Después la Magaly aprendió a caminar y creció. Y un día desapareció Celso. Se fue. Magaly, de menos de diez años, se quedó sola en su choza.

Era una chiquita que no hablaba. Sus piernitas eran finitas como dos hilachas; tan asoleada, tan morenita como una negra, tan chiquita era que parecía un pajarito. La gente le tenía miedo. Decían que era la hija de la salazón, de la que murió el día que nació el poblado y dijeron que eso no debía haber pasado. Porque todo lo que aconteció después, el montón de desgracias, las pobrezas, las tantas enfermedades, de eso la culpa se la achacaron a la señora que le hizo la malía al barrio muriéndose. Magaly era hija de la que parió y se murió al mismo tiempo.

Se criaba sola Magaly hasta que un día apareció un chiquillo que nadie supo de dónde podía haber salido; dijo que se llamaba Alfredo.

Lo primero que se dijo de Alfredo fue que sus padres habían muerto en alguna parte, que él no sabía decir dónde, que había caminado y caminado hasta llegar aquí, que eso

había dicho. Pero Alfredo no hablaba, y los otros muchachos no creímos que hubiera pasado algo así.

Como nacidos el uno para el otro, los dos se encontraron: el Alfredo y la Magaly. Se hicieron amigos, los dos chiquillos huérfanos. Se metieron en la choza de la Magaly y allí vivían. Nadie quería criar hijos ajenos. Ninguno de los dos hablaba con nadie. Allí estaban, en la puerta de la casa de la Magaly, sin hacer nada, siempre calladitos. No sabían reírse. Cómo saber lo que pensaba el chiquillo salido de la arena. Decía llamarse Alfredo, sólo Alfredo. Cómo saber lo que estaba queriendo.

Cada día el muchacho se volvía más arisco y más encerrado que nunca. Sólo le hablaba a la Magaly. Nos miraba de lejos y una tarde atravesó la pista y se acercó a hablar con los otros muchachos; él y la Magaly se hicieron nuestros amigos.

Alfredo limpiaba zapatos. Con la Magaly iban a cantar a los microbuses. La Magaly había crecido. Las cosas estaban así cuando apareció la Chemi. Ella había puesto un restaurante en la carretera; decían que había sido puta en sus buenos tiempos. Ella empezó a darles de comer a la Magaly y al Alfredo y les regaló ropa. Y para sorpresa de todos ellos sí le hablaron a ella, a la mujer a la que nadie le hablaba.

La historia de la Magaly es también la historia de la casa de Celso y por eso si se cuenta de ese modo puede empezar cuando el vendedor de esteras prendió un cigarrillo; con la otra mano había apretado el fajo de billetes en el bolsillo. La faltaba vender una, sólo le quedaba al vendedor una última estera.

Celso Tecse fue el que había comprado la última estera. Todos decían recordar la vez cuando se agachó para levantar esa estera de caña brava. El vendedor le montó la estera encima de la espalda. Eran tan tiesas que apenas si se les podía enrollar. Si no fueran así, tan estiradas, no servirían para paredes.

Por el peso Celso había avanzado muy despacito cargando su estera por la pampa.

Los filos de las esteras de caña brava son filudos como hojas de cuchillo; le había cortado las manos al Celso Tecse, un lado le había rasguñado la oreja.

Y de repente esa estera que parecía caminar sola, tan grandaza que tapaba al que la estaba cargando, se había quedado quieta, como un cuadrado amarillento bajo el solazo.

Parecía clavada y a la vez suspendida en el aire. Nada la movía. Estaba allí, como abandonada en la arena. La última estera utilizada en San Pedro.

Y de repente la estera de nuevo empezó a andar.

Y muchos años después continuaba allí esa estera, en la casa de la Magaly, una estera amarillada y retaceada por el sol; por un lado estaba agarrada con una pared de ladrillo; había palos; había muchos perros y los seguía habiendo.

Debajo de esa estera había nacido la Magaly. La gente decía que a la madre de Magaly la habían enterrado en medio de la pampa. Todos sabían que los cuerpos de los que han sido zambullidos en la arena siempre los cuidan los murciélagos del arenal, y por eso siempre había cerca a la casa de la Magaly muchos de esos murciélagos chiquitos como moscas.

De día era un cernícalo o de repente un halcón el que podía estar volando sobre la choza de Celso; son los guardianes, decía el Alfredo.

De noche los murciélagos aglomerados parecían estar chiflando con silbas finitos. Las alas producían ese sonido como de silbos.

Alfredo sabía cómo hablarles. Él decía que los murciélagos venían a contarle cosas. A veces los murciélagos le volaban en su encima.

Celso y su mujer habían levantado esa choza para que nadie la mueva de allí. Y ahí estaba esa casa años después, deshilachándose, el último rezago de la que fue el viejo San Pedro. Por eso la historia de Magaly fue siempre también la historia de la casa que se movió.

Es chistosa esta parte de la historia de la Magaly, ocurrió después que se hizo el empadronamiento, la lista de pobladores. Como ocurre siempre, se había fijado el número de los lotes y las manzanas. El presidente de la Asociación de Pobladores había dicho:

—Somos los que somos, y en San Pedro, que así nos llamaremos porque invadimos en su día, día de San Pedro, digo, en este sitio habrán parques y local para la posta médica, y por eso hay un terreno para la escuela, y para la cancha de fútbol y para el puesto policial, y por supuesto para la asociación y todo está repartido y ya no entra una casa más, ni unita más, ni ahora ni nunca en la vida.

Así tenía que ser. Los lotes no se podían partir ni subdividir. Estaba prohibido vender, negociar, alquilar o subalquilar, por lo menos no al comienzo.

Pero por allí apareció Celso Tecse con su estera, pujando, sudando; su mujer se había quedado cuidando el lote. La estera los Tecse la doblaron clavando cada una de las puntas en la arena, y así quedó la casa, como un iglú. Cuando la gente se dio cuenta se armó el despelote. No podían permitir que se fuera al diablo la ciudad que tenían imaginada en la cabeza. La casa estaba en medio de lo que tenía que ser un parque. Hasta le habían puesto bandera.

Los chiquillos corrieron a pasar la voz.

—¡Hay un zampón! —gritó la gente por todo San Pedro.

—¡Unos cojudos han armado su casa en la mitad del parque!

Allí tenía que haber yerbas, jardín, y columpios y toboganes, era pura tierra pelada pero la gente veía todo lo que allí iba haber. Y por eso miraban la casa de! tal Celso Tecse con la boca abierta. En la puerta, Celso Tecse espulgaba a su perro; y de la casa salía humo. La mujer se escondía.

—¡Están cocinando los zampones! —gritó alguien.

—Alguien lo conoce, se llama Celso, Celso Tecse y se ha conseguido un palo bien grande.

Celso Tecse achicó los ojos, cuando vio la ola inmensa de gente que se venía. Eran mil palos contra un palo, el de él. A la mujer no se le veía.

Los arrasaron. Los expectoraron. Todos aseguraban haber visto cuando la estera de los Tecse se quemó hasta quedar sólo cenicienta.

¿Entonces como es que la estera esa ha aparecido de nuevo clavada en San Pedro? preguntó alguien.

—Los tal Tecse han levantado su casa en el sitio de la escuela —gritó una mujer despavorida.

Allí estaban, Celso espulgaba a su perro. Y de la casa salía humo de cocinar; la mujer oculta era la que cocinaba.

—Míralos a esos desgraciados, están cocinando de nuevo.

Con la primera expectoración no habían curtido los Tecse.

—¡Qué tal atrevimiento, armar su casa en el sitio de la escuela!

Si los dejaban hacer entonces al día siguiente salía la gente como hormigas viniendo por el cerro y ocupaban todos los lugares reservados y así San Pedro nunca llegaría a ser una urbanización, un poblado de a verdad.

La siguiente vez la gente fue de noche. Los agarraron dormidos. A los Tecse les tiraron palos con trapos y candelas y la casa de nuevo se incendió, la estera se quemó como un cucurucho.

—Le quemaron de nuevo la casa al tal Tecse —gritaba la gente.

Entonces alguien dijo que la mujer estaba encinta, que se había puesto a dar a luz, allí en pleno arenal, en plena quemazón. Todos cuentan que nadie sabe cómo pasó. Celso compró la última estera que había y las casas se movieron y le hicieron un espacio a los Tecse. Debajo de esa última estera que nadie quemó nació la Magaly. Y años después ahí estaba la misma estera.

De amanecida se veía esa choza como rejuvenecida.

Entre la luz que corta la noche, parece un animal, dijo el Alfredo.

A veces se ven penas dando vueltas por esa choza, siguió diciendo.

Otras veces había visto entrar allí a una mujer de negro con los ojos enrojecidos; de repente ella es tu mamá, le dijo el Alfredo a la Magaly.

—No es mi mamá —contestó la Magaly. Ella está enterrada en la pampa.

Tenían razón cuando dijeron que esa mujer había sido lavandera; al arenal donde ella se aparecía lo llamaron el arenal de la lavandera; se aparecía vestida de negro, tenía la cara larga y seca como un gallinazo temprano y se metía en esa choza que parecía abandonada.

—Es tu madre, Magaly, se sigue de frente con su lado negro como un cuchillo. Yo he visto esa pena —dijo el Alfredo. Y cuando la veo un ratito después siempre te apareces tú con tu chompa ploma, con tus zapatillas. Eres tú Magaly. Tu madre viene primero. Yo te vi y después que te fuiste caminando hacia el restaurante de la Chemi. Yo te seguí —continuó diciendo el Alfredo. Hasta que llegaste al restaurante y te escondiste tras una puerta —siguió diciendo el Alfredo—. Vi la punta de tus zapatillas que se asomaban por el filo. Hasta te podía escuchar tu respiración, como que acezabas —terminó diciendo el Alfredo.

El Alfredo se quedó en silencio mirando hacia los cerros que parecían hombres acurrucados. Entre los piedrones había tierra amarilla. Detrás del cerro seguía el arenal y

allí empezaba ese lugar que se iba pareciendo cada vez más a como fue San Pedro hacía un montón de tiempo; Arenal Alto, ese nombre le pusieron al lugar.

Las casas en San Pedro cubrían incluso la cuesta de La Lavandera. Todo se había poblado de las casas de ladrillo sin tarrajear, hasta en el mismo cerro habían casas de ladrillo. Ahora a San Pedro, la gente le llamaba ya no barriada, sino «la urbanización, pero la preguntaba seguía allí. ¿La Magaly era hija de la Chemi? O como dicen las malas lenguas, ella la abandonó para que la gente diga: que cuando murió la Magaly murió también su madre.

## II

A Arenal Alto llegaron las familias del Bernabé y de la Tomasa. De la urbanización eran Rogelio, El Callao, yo. Alfredo y la Magaly no eran de ninguna parte. Su choza estaba en San Pedro pero era como si estuviese en Arenal Alto, o en la luna. A nadie le gustaba que ninguno de sus hijos se juntara con Alfredo, tampoco con la Magaly ni con el Rogelio. Esa gente es bazofia, la vergüenza de la urbanización. Y qué hacía yo mezclado con esa mancha, a mí no se me ocurrió decir algo así. Mis padres no lo sabían y no tenían por qué saberlo.

Desde la choza de la Magaly asentada en medio de lo que había sido una pampa, veíamos al Bernabé y a la Tomasa que bajaban por el cerro. El Alfredo siempre llegaba por el otro lado, por el pampón de La Lavandera, con las manos en los bolsillos, amargo siempre, como si quisiera romperle la cara a todos los que andaban diciendo que nosotros las cabroneábamos a la Magaly y a la Tomasa. A veces nos decían maricones por parar con hembras. Lo decían los de las otras manchas y nosotros salíamos a guerrear con ellos. Nada sabían esos güevones, porque eso eran: unos tremendos güevones.

Alfredo vivía orgulloso de su casaca, con el pelo crecido y con sus zapatillas bacanes. Era un faite. Y ahora sé que él era como un jefe silencioso. Yo estaba en la media, también el Rogelio y el Bemabé. Tomasa había dejado de estudiar y Alfredo decía que había estudiado sólo la primaria y Magaly nunca había ido al colegio. Nos veíamos en la nochedita.

Alfredo me venía a buscar. No tocaba la puerta porque a mis padres no les hubiese gustado que yo tuviera ese tipo de amigos. Alfredo estaba por ahí, silbando, y yo le reconocía el silbido al toque. Juntos nos íbamos por la pampa abrazados y cuando llegábamos a la choza de la Magaly nos metíamos por su ventana. Lo hacíamos para asustarla, para cochinearla, por joder. Llegábamos y le hacíamos cosquillas mientras ella estaba lavando, porque ella lavaba ropa y se cocinaba su comida. A veces la encontrábamos echada en la cama y mirando el techo. Yo me iba. Regresaba más tarde. Alfredo sabía muy bien lo que hacía. Una vez trajo un radio a pilas y dijo que lo había ganado en una rifa y el radio se quedó para siempre en la casa de Magaly. Paraba prendido;

comprábamos las pilas entre todos; aprendíamos a bailar. Entre todos inventábamos pasos. Y hasta llegamos a presentarnos a un campeonato de baile que organizó el Deportivo San Pedro, en una fiesta que se organizó para recaudar fondos. También hubo un concurso de sapo para los viejos. El campeonato de baile lo ganaron el Alfredo bailando con la Tomasa; después la Tomasa llevaba el premio en la muñeca, un reloj de hombre que se paraba atrasando. La Tomasa le prestaba el reloj a la Magaly. El Alfredo riéndose las miraba. Él fue el que les enseñó a fumar a las dos y cuando aprendieron se pasaban horas fumando. Prendíamos el radio y nos tirábamos en cualquier parte, y fumábamos hasta que la choza de Magaly se elevaba por los aires. A veces la cagaba el Rogelio que era una mierda. Yo decía que mis padres eran chalacos y que todo el mundo era una cagada, por eso no hablaba mucho y por eso me decían El Callao. Yo decía que me jodía el haberse venido a vivir a la urbanización, que no había como el Callao. Alfredo me daba la contra, pero Rogelio era el cachoso, y creo que siempre me dio la contra por el simple gusto de joder, para relamerse viéndome decir, botando saliva por la boca, que todo el mundo era una reverenda mierda. Yo sacaba los casinos del bolsillo y Rogelio nos quedaba mirando, saltón y a la vez jodón, siempre como si estuviese pensando en algo que a nosotros nunca se nos pasaría por la cabeza, o como si supiese lo que estábamos pensando, y aunque nada de eso podía hacer, su cara de a verdad jodía. Por eso era un cagado. Jodía que Rogelio fuese así, pero había que saber aguantarlo porque esa era su manera de ser, decía Alfredo y todos sabíamos que Alfredo tenía razón aunque Rogelio no la tuviera. Y con mis casinos jugábamos al póker hasta la madrugada. Después, yo, ya en mi casa me metía en la cama y me quedaba pensando en nosotros, en Alfredo y en la Magaly, en el Rogel, en la Tomasa y en Bernabé, en lo diferentes que eran mis amigos y que si hubiera tenido que escoger a otros los habría escogido a ellos. Y en medio de la noche pensaba que en ese lugar había existido una pampa de arena, y todas las historias de como había sido la invasión y los primeros tiempos parecían estar reunidos en la choza de la Magaly que, como ya dije, era lo único que quedaba igualito de como había sido en esa época. Y cuando me dormía soñaba en lo que había estado pensando.

Lo que yo trato de recordar es lo que pasó una tarde que yo fui a la choza de la Magaly. Como todos los días ella se estaba peinando y, volteando de pronto, mirándome con ojos muy raros me dijo que la besara, como si ella hubiera llegado a algún convencimiento.

No era nada del otro mundo que Alfredo y yo nos fuésemos al cine con la Magaly y la Tomasa, bajábamos de noche al cine Susy que estaba al pie de la pista y después volvíamos a trepar y no dejábamos de trepar hasta llegar a los límites de la urbanización desde donde se veían los lamparines de Arenal Alto. Nos íbamos a tirar plan al cerro. Siempre lo hacíamos. Ellas eran nuestras hembras. Pero yo siempre había me chapado a la Tomasa; en el fondo a ella se la chapaban todos. Pero durante el trayecto al cerro yo noté que había algo entre Magaly y Alfredo. Me di cuenta que cocinaban alguna vaina. Me miraban suspicaces. Y la Tomasa no cabía en su cuerpo de lo contenta.

En el cerro lo supe. Nunca creí que fuera así. Cuando regresamos a la choza de Magaly,

esperaron a que se fuera la Tomasa y emocionados Alfredo y Magaly me contaron que los dos habían soñado lo mismo. Me contaron lo que habían soñado y yo no dije nada. No hice ningún comentario. Salí sin decir nada de la casa de la Magaly y me fui caminando, pensando, no hacia mi casa sino adonde pudiese pensar con tranquilidad.

Fue el día que regresó Celso, el padre de la Magaly, el mismo día que Alfredo y la Magaly me contaron lo que habían soñado, después de ir al cine nos habíamos ido al restaurante de la Chemi y en el restaurante un airecito movía apenas la cortina hecha de retazos de plástico. La Chemi había barrido hacía muy poquito y el piso muy liso se veteaba de líneas de luz con el sol de la tarde que se colaba por las ranuras del techo de estera.

### III

El restaurante de la Chemi a esa hora como que dormía solitario al pie de la carretera. Cuando regresamos del cine la Magaly salió del restaurante y aguaitó tratando de ver al Alfredo que la había estado siguiendo.

Había un viento terroso en el arenal. Porque el arenal sabe también crecer abandonado y da la sensación de vivir muriéndose pero vive y se mueve y cambia de cara y dice cuándo algo le duele y tiembla. Si eso pasa con la arena qué menos va a pasar con la gente.

Ese día ocurrió uno de los tantos finales de esta historia. Viéndolos a los dos sentados sobre el muro del pórtico del restaurante de la Chemi yo me acordé de cuando nos sentábamos en la puerta de la choza de la Magaly.

El Alfredo y la Magaly se calentaban abrazados cuando el frío era como humo que lo agarra todo. Vivían con varios perros y de repente los perros se paraban de un salto y corrían en dirección a la oscuridad de la pampa. Los perros perseguían a las penas que andaban por los pampones, por el roquerío, como algo que espera.

A veces en la urbanización se escuchaba llover, como nunca, porque solo garúa.

Los perros correteaban bajo la lluvia, moviendo la cola, brincaban aliado de los chiquillos. El arenal reseco apenas si era mojado por una lluviecita que no paraba.

—¿Dime Magaly, tú también crees en los fantasmas? —preguntó el Alfredo.

Y la lluvia no paraba. Parecía que iba a tumbar las casas.

—Los fantasmas son los muertos que no encuentran a sus almas —contestó la Magaly.

La luces se prendieron de un porrazo y yo vi la urbanización iluminada dentro de la lluvia, y me quedé inmóvil, quietecito.

En esa época Alfredo no dejaba de mirar a la Magaly, como si la hubiera estado esperando que terminara de crecer.

Magaly estaba sentada en un poyo delante del restaurante como si no le importara nada cuando el Alfredo dijo:

—Voy a volar. Hoy voy a volar.

Y a quién se le iba a ocurrir pararse delante de él y decirle: «¿No te has mirado nunca en el espejo, Alfredo? ¿No te das cuenta que eres un chiquillo y que los chiquillos no pueden volar?»

Lo dijo el día que volvió Celso.

Porque la historia de la Magaly también se podía contar diciendo que la Chemi era tan linda que un día su marido asaltó un banco y le compró un restaurante a su mujer.

La gente se acordaba de cuando la Chemi subía descalza el cerro de arena con sus zapatos de taco aguja en la mano. ¿Y entonces si su padre se hizo rico porque la dejó a la Magaly? Huebadas del cerro, que nadie entiende.

Así era la Chemi, una hembra riquísima, chinita. Se pintaba las uñas de los pies y a su lado dormía el Celso, sí, el padre de la Magaly, volvió y se fue a vivir con la Chemi, la madre de la Magaly como si no hubiese pasado nunca nada.

El Celso por fin había salido de la cárcel por lo del asalto al banco. Ese fue el chisme, y comentaron que se dedicaba a negocios turbios, que tenía las manos marcadas, que sólo vivía de noche, que dormía el día entero y como un vampiro se levantaba al atardecer, que andaba ceniciento y lleno de malas toxinas. La Chemi lo acompañaba en sus despertares. Ella rebuscaba semidormida el sitio menos caliente donde acostarse. Las piernas hinchaditas, suavizadas de la Chemi quedaban a la intemperie. La piel de la Chemi era de un color canela intenso, casi negra, una china con cuerpo de negra.

Esta parte de la historia es misteriosa. Dicen que la Chemi lo buscó en la ciudad y lo trajo. Otros dicen que la Chemi era la madre de la Magaly, que se hizo puta y que cuando eso pasó la gente prefirió pensar que la Chemi se había muerto pariendo. La Chemi hizo plata y puso un restaurante, todo eso era parte del misterio. Otros comentaban que la Chemi puso su restaurante con la plata del asalto al banco. Lo cierto que la verdad verdad nunca se sabrá. La cosa es que Celso volvió de la cana y fue a buscar a la Chemi.

Cuando Celso dijo que la Chemi era su mujer y que esa mujer se convertía en culebra nadie le creyó.

Celso contaba su cuento de la siguiente manera: le habían dicho que las culebras silbaban. Una mujer que pasó la noche con él le había dejado una culebra en una caja. Y cuando Celso había abierto la caja la culebra había estado ahí, con peladuras en el pellejo, una culebra que temblaba; el pellejo se le soltaba como cuando se descascaran las alas de las mariposas muertas.

Por ese lado el cerro Lagarto era puro pedrusco y galga. Las casas eran como burbujas y la luna ocultaba su cabeza entre nubes grises, y a lo lejos se veían las ropas colgadas que eran tendidas en Arenal Alto como grandes banderas blancas para que se vean desde San Pedro. y más allá de ese cerro, allí sí que la noche era cerrada y el día también. Más allá estaba la sierra, decía la gente antigua.

## IV

La Magaly le enseñó a deslizarse por ese cerro al Alfredo. Pero fue el Alfredo el que le enseñó a ella a fumar y a vender en los micros.

—Si quieres cantas o si no quieres no, le había dicho.

Magaly volvió a mirar hacia la noche. Magaly había oído hablar de los hombres con las manos marcadas, tenían cruces de muertos en las manos, pequeñas cruces azules en el dorso y sobre los cinco dedos.

A un hombre de esos vio la Magaly en un microbús sin saber que era Celso. Ella venía de regreso del mercado de Surquillo y el hombre tatuado bajó en el mismo paradero que Magaly. Ella había visto las dos manos repletas de cruces azules sobre las agarraderas. No lo había visto nunca en la urbanización.

Magaly no le quiso decir a nadie que había visto a un hombre de manos tatuadas. Estaba junto al Alfredo delante de su casa, sentada en un poyo y un extraño cimbreo de luces pasaba por el cielo como helicópteros. Fue el Alfredo el que le preguntó sobre lo que la Magaly no quería hablar.

—¿ Y la merca, dónde dejaste la merca?

El Alfredo había fabricado la caja. Le había enseñado a vender a la Magaly. Porque si no vendían, si no trabajaban, de qué iban a comer. La merca, la mercadería: caramelos, gomas de mascar y otras golosinas que el Alfredo compraba por docenas en las tiendas mayoristas de Surquillo. A Magaly también le enseñó dónde debía comprar la merca. Y el día que la Magaly vio al hombre de las manos tatuadas en el microbús, ella venía trayendo una bolsa con los caramelos de menta y de limón que había comprado en la avenida Primavera.

Después que construyeron la caja la Magaly lo acompañó al Alfredo a vender a la puerta del cine Susy. Durante dos días vio cómo vendía el Alfredo para aprender viendo. Al tercer día fue ella sola con la caja. Cuando Magaly regresó de vender del cine venía como poseída por la negrura de la noche, sin saber cómo decide al Alfredo que un hombre con las manos tatuadas se le había acercado queriendo hablarle.

El Alfredo como que entreabría la neblina para mirarla. Habían pasado los años y la Magaly había crecido muy rápido; ambos ya parecían tener la misma edad. Alfredo con camisa de manga corta, su pelo era crecido y bien crespo; cada vez parecía hacerse más zambo y su pantalón tenía un montón de zurcidos que se los hacía la Magaly. En los ojos de la Magaly habían dos puntos cenicientos de un color como de caña quemada. Era Alfredo el que la miraba con tristeza.

Alfredo imaginaba lo que había pasado con ella, sabía quién era el hombre de las manos tatuadas.

El marcado había corrido tras de ella y ella no había parado de correr.

—Dime como era — dijo el Alfredo.

La Magaly describió a un hombre flaco de dedos largos y puntiagudos. Sus manos como que brillaban fosforescentes en la noche. Magaly decía que esas manos estaban pobladas de cruce citas azules como en un cementerio, y el Alfredo la miró sonriéndose y ahora qué importa quién fue la primera persona que se dio cuenta de lo que pasaba con el Alfredo. El hombre de las manos tatuadas había llegado a San Pedro y la arena había quedado enterita después de que el tatuado la pisó. Un hombre que no deja huella se camufló, estuvo allí, esperando, hasta que llegase el día que tendría que levantar la mano para señalar con un dedo gigantesco. A hombres así los vendía un tic en el ojo, una palabra que era típica y que siempre se les salía; una sortija que cuesta mucha plata, que está en el dedo que señala; un olor muy ostentoso para ser el olor de un desgraciado. Un hombre así vino a buscar a Alfredo y a la Magaly.

Y ese hombre tenía de todas, un tic en el ojo derecho; la palabra media quebrada que se le escapaba por la mitad de la boca que torcía para hablar. Ya Alfredo no paraba con nosotros. Ese hombre, lo venía a buscar y juntos se desaparecían.

Y el Alfredo se iba haciendo más flaco, más cadavérico. Por allí andaba el hombre de las manos tatuadas, picando aquí y allá con su veneno, trayendo la desgracia, sembrando la locura, el desamparo.

Andaba como una sombra y la gente se persignaba cuando pasaba cerca. Un día lo vimos pasar delante de nosotros. No nos pasó la voz. Pasó de frente. Había caminado por esa arena que de lejos parece durita, apisonada, pero cuando uno mete el zapato se fofea y se hunde.

Alfredo lo siguió y cuando caminó varios metros no dejó huella. Alguien lo vio y corrió la voz. El pálpito fue general. Lo del tic en el ojo, lo de la palabra sospechosa.

—Muéstrame las manos Alfre —dijo la Magaly. Y Alfredo salió corriendo.

## V

Y ese mismo día cuando Celso despertó una mujer dormía en sus pies. Y él no vio una mujer sino una culebra, como quemada, como chamuscada. Jaló bien despacito la frazada y poco a poco fue apareciendo esa mujer; Celso sabía quién era esa mujer, pero todo su cuerpo se había hecho como de piedra y no se podía ni mover. Él sabía que era una culebra pero que al mismo tiempo era una mujer; se había pintado las uñas de los pies. Hicieron el amor todo el día hasta que la mujer se quedó dormida. Celso prendió un cigarro y puso la punta con el fuego cerquita a la piel de la mujer. Quiso quemarla para saber si era real, pero ella dormía como si no fuera a despertarse nunca. Y Celso también se quedó dormido y cuando despertó ahí estaba la culebra en sus pies, durmiendo como una mujer echada. Era la Chemi, la culebra.

Y esa misma noche los papelones desteñidos en las paredes de la choza de la Magaly se encresparon con la llovizna. Y se oyó como un crujir en la humedad, .en las esteras. Y la Magaly salió a ver qué pasaba.

Recién empezaba la verdadera noche. Cuando la Magaly se despertó supo por instinto que estaba sola. El ventarrón corría alrededor de los focos de la urbanización y seguía su camino a adueñarse de las pampas.

Magaly cerró la puerta de su casa amarrándola con un alambre.

Caminó por la arena, por tierra. Caminó hasta donde estaba el cilindro de agua. Había un pedrón arrimado contra el cilindro y ese pedrón servía para subirse encima y sacar agua del cilindro con un balde de plástico. Magaly se paró sobre el pedrón y miró dentro del cilindro. Se había acabado el agua; ella se agachó para sacar lo que había en el fondo y el peso de su cuerpo la ganó. Dio un volatín: un tremendo volteretazo. Sus piernas hicieron un giro en el aire antes de zambullirse de cabeza dentro del cilindro. Nunca le había pasado algo así.

Se iba a parar cuando oyó el estrépito llenando toda la noche. Fue un disparo. La Magaly estaba acostumbrada a reconocer ese sonido. Ella asomó apenas por el borde del cilindro un rato después de oír el balazo. Se volvió a esconder rápidamente. Allí estaban los perros de la noche.

Aullaban. Ladraban con furia. Royeron con sus dientes filudos en el metal oxidado del cilindro. Un rato después los sintió ladrar; se peleaban a dentelladas entre ellos, dándose mordiscones, haciéndose mataduras. .

Magaly sintió un quejido, palabras.

Entonces la Magaly se armó de valor y volvió a asomar por el borde del cilindro. Los perros estaban allí. Los perros de la noche rodeaban a un hombre que permanecía en silencio como una piedra; los perros le ladraban al hombre, mordían su pantalón, sus piernas. Parecía como si estuviera dormido, como si fuese una estatua. De repente uno de los perros, el que parecía el jefe dio un brinco sobre la pierna del hombre al que se le veía un cementerio de cruces en las manos. Y el hombre se paró, le dio una patada al perro que salió corriendo dando de aullidos.

Ya lejos el perro que era el líder de los perros de la noche empezó a aullar y los otros perros también se pusieron a aullar.

La Magaly sintió mucho miedo y se volvió a agachar dentro del cilindro.

Un rato largo los perros estuvieron correteando, ladrando, aullando.

Cuando la Magaly ya no sintió ningún ruido salió del cilindro.

Vio cómo los perros de la noche se iban en fila, en tropa con dirección a la carretera.

El hombre de las manos tatuadas, el maldito, había desaparecido.

Al día siguiente ese hombre, Celso, dejó su maleta de mago en el piso del restaurante de la Chemi y gritó:

—¡Hay alguien aquí!

El restaurante al pie de la carretera era una casa sin puertas y allí también el viento formaba lamparones húmedos en las esteras de la pared.

Primero golpeó la puerta de calamina en el costado de la casa. Después Celso oyó la respiración de alguien que estaba escondida detrás de la puerta y que se retiró despacito.

Celso volvió a entrar al restaurante.

—¡Hey, no hay nadie aquí! —volvió a gritar.

Se sentó en una silla; las sillas y las mesas estaban allí como si no importase que alguien se las lleve. Eran sillas con asiento de paja, pintadas.

Cuando la Chemi salió de adentro Celso la miró y sólo se le ocurrió decir:

—Sírvenme algo que tengo una sed jodida.

La Chemi le sirvió una cerveza y después le preguntó cómo le había ido a Celso en la vida.

—Ahí pasándola —le contestó Celso.

La Chemi miró la maleta que Celso traía preguntando con los ojos y cuando él se dio cuenta le dijo:

—¿Sabes qué hay aquí?

—Tu ropa, qué va a ser —contestó ella.

—Una culebra. Ando con una culebra de la Amazonía porque ahora soy un mago, le contestó Celso.

La Chemi ni caso que le hizo, ladeó los ojos hacia el pórtico y ahí estaba el Alfredo recostado sobre una hilera; en ese momento pasó un camión repleto de forraje por la carretera.

Celso no había visto nunca un chiquillo tan flaco,

—Quiero que conozcas a alguien, le dijo la Chemi a Celso.

Ella se paró y se fue por el pasadizo por donde se iba para la parte de atrás del restaurante.

Al rato salió la Chemi acompañada de la Magaly y fue fácil saber lo que la Chemi le había dicho para convencerla que saliera porque lo primero que preguntó la Magaly fue:

—¿Está viva tu culebra?

Celso movió la cabeza diciendo que sí, y abrió la maleta y allí estaba la serpiente; era una rosada, con pintas negras.

El Alfredo entró al restaurante a ver al animal. La víbora empezó a moverse despacito. Celso se metió la mano al bolsillo y sacando un billete le dijo a la Chemi que era mago, que trajera un par de cervezas más.

Empezaron a tomar y no pararon de tomar, los cuatro, y afuera el viento como que hizo espirales.

Y de repente todos se quedaron callados, como si recién se diesen cuenta de lo que

realmente estaba pasando.

Entonces Celso cerró despacito la maleta.

Y de allí en adelante es imposible decir cuánto más bebieron Celso y la Chemi, los dos solos, hasta que la Chemi le gritó:

—¡Despiértate Celso! ¡Despiértate rápido que se ha escapado tu culebra!

Celso se paró de un salto y comenzó a correr como un loco de un lado para el otro.

Buscaron debajo de las mesas, detrás del mostrador, en los largueros de bambú que sostenían el techo; traficaron por todos los rincones del restaurante y la víbora no estaba. Celso comenzó a llorar.

—De qué lloras —le dijo la Chemi —si sólo es una culebra.

Celso tenía la cabeza metida entre las manos, ya no tenía ganas de seguir viviendo.

La Chemi movía la cabeza, desagradada, haciendo ruidos con su boca, ruidos de desprecio.

—¿Te parece bonito eso de andar con una culebra en la maleta por la vida? —preguntó la Chemi como para consolarlo.

Celso cogió la maleta y sin mirar a la Chemi salió del restaurante. La Magaly y el Alfredo vieron cuando Celso se alejaba con su maleta vacía, y sin hablarse se fueron para el cerro. El Alfredo estaba viejo, encorvado, tosía. Estaba enfermo. Había envejecido de la noche a la mañana. Tenía mucha mierda adentro.

## VII

El Alfredo miraba callado y la Magaly también miraba para todos los lados.

Tras el cerro de hueso había ahora una nueva barriada parecida a Arenal Alto, y se llamaba Virgen del Buen Paso, y Arenal Alto también ahora era una urbanización, y San Pedro formaba parte de la ciudad. Y la choza de la Magaly era una choza ahora en medio de la ciudad. El Alfredo se enderezó. Sus ojos le brillaban. Entendió lo que la Magaly le quería decir. Botó la colilla a un costado.

Corrió hacia el cerro y ella lo siguió. Cuando llegaron a la punta del cerro, abajo se veían las luces de Arenal Alto, y más allá las luces de Virgen del Buen Paso, y mucho más allá todas las barriadas del mundo convirtiéndose en urbanizaciones y sus luces eran luces como ojos amarillos. Se veía un millón de luces en medio de la noche negra. Había viento. Había silencio en ese cerro. Y allí estaba la Magaly. A lado suyo estaba el Alfredo temblando sin saber qué decir. Era tanto el silencio que se podía oír las piedrecillas rodándose por los riscos.

(·) Premio. “José María Arguedas de cuento” 1973. (Jurado: Oswaldo Reynoso, Miguel Gutiérrez, Gregorio Martínez)

*El que pestaña muere*  
(1981)

## *El penal*

Su padre se sigue escondiendo tras los árboles del jardín.

—Dime que sí se esconde —le dice el niño a su madre—. Doce años tiene ese niño y asoma su cabeza por entre los rosales y las cucardas para ver si su padre se esconde tras las flores, en la vegetación.

—Dime si se esconde Clotilde. Dile que no se esconda.

«No, no has visto a tu padre, nunca más lo vas a ver porque se ha ido de viaje», le responde ella.

El niño corrió a mirar al jardín. Clotilde siempre tuvo razón, no había nadie. Tampoco tras los ficus de la calle y en la casa sobre un sofá había un periódico de hace dos años que no había sido tocado y un par de pantuflas deshilachadas. Clotilde no dijo una palabra más. El niño siguió corriendo; esta vez por un pasadizo por donde creyó ver la cabeza de su padre y también en esa oportunidad tuvo que aceptar la verdad, que su padre se había ido de viaje para siempre y que no era verdad que lo había visto caminando por el pasadizo. No podía ser verdad que su padre acababa de leer el periódico sentado en un sillón con las piernas cruzadas y las pantuflas puestas.

Se ha ido de viaje, pensó el niño, pensó eso y se dijo que los que se van de viaje algún día vuelven de muy lejos, después de mucho tiempo de ausencia y por eso las pantuflas están allí. A él no le gustaba que agarraran los periódicos de su padre.

Está en la casa y no está. El niño lo ve pegado al vidrio de la ventana, en el papelote amarillo de la pared. En las molduras ahuecadas por la polilla donde aterriza el solcito de la tarde. También está en decolorados retratos, y el niño se lo dice a Clotilde, pero ella ya no quiere hablar.

Él, su padre, está dentro de la pared, y lo que se metió dentro de la pared algún día tiene que salir de allí para decirle que lo va a llevar al estadio, que los niños no pagan boleto en el estadio. Pero Clotilde deja que eso sea así, odia todo lo que hiera al niño. Clotilde odia el muro celeste porque el niño cree que él está dentro de ese muro y odia cuando ese niño le habla a esa pared. Y el niño sabe que su padre está en otra parte, que no se ha ido de viaje, que no le quieren decir cómo se llama el nombre del sitio donde está.

Papá, te metiste dentro de ese muro y nunca más te volví a ver y por eso ese hombre tiene que salir algún día del muro, quizás salga cuando el niño ya no se golpee la cabeza en la punta de las mesas; quizás ya salió y por eso es que su hijo lo ve. A Clotilde le gusta decir que la casa se ha quedado tan vacía que parece una plazoleta después de la medianoche. Y que no hay nadie que se aparezca, ni tampoco nadie que salga de ninguna

parte. Entonces el niño le contesta:

—Si es así mamá, entonces por qué cierras tantas veces la puerta por dentro cuando oscurece, por qué jalas como una loca aldabas y pestillos, por qué dices que lo haces para que no se metan los que se salen de los muros. Clotilde, en la noche, suavemente descorre la cortinas de la sala y asoma a mirar si hay alguien en la calle, mira si un hombre se esconde tras las plantas del jardín exterior, si el que se ha ido de viaje se oculta tras el ficus, pero no hay nadie, sólo una luz penetra en la sala y llega hasta el comedor.

Pero el niño sí lo ve. Él está en la calle. Él lo reconoce perfectamente. Sabe cómo se sonríe. Reconoce sus bigotes, la cadencia de sus pasos. Sabe que está allí, que viene año tras año, y que se queda parado en la penumbra, en la esquina, en la acera, tras los gladiolos, tras el ficus.

El niño lo ve todos los días desde la ventana. Clotilde se hace la dormida. El niño sabe que ese hombre se llama Demetrio. Demetrio se viste como el niño sabe que se viste. Lo que no puede recordar es cómo era su voz.

El niño abre la puerta y sale a la calle. Clotilde tiene los ojos cerrados a propósito. Ya no puede hacer nada. Ya no puede evitarlo. Sabe que si abre los ojos llorará inmediatamente. No puede abrir los ojos porque sino no le quedaría otra cosa que correr tras el niño y detenerlo.

El niño corre a grandes zancadas por el jirón en penumbra. Demetrio se va y al mismo tiempo viene. Él se esfuma y al mismo tiempo aparece.

Los focos en la punta de los postes también aparecen y desaparecen tras la arboleda; y la calle es opaca, casi sin luz, y todo es mecido "tu por la brisa marina que sube por el acantilado, porque el niño sabe que cerca hay una plazoleta que se abre tímida entre luces esféricas y bancas verdes y hacia allí corre a toda velocidad.

Corre hacia algún sitio pero no sale de ese jirón. Demetrio lo espera oculto dentro del aire yodado. Siempre ha estado allí.

El niño sabe que Demetrio ha vuelto trayendo el objeto más hermoso del mundo escondido dentro del saco.

Cuántas veces ha adivinado el niño la existencia de ese objeto maravilloso.

Y Demetrio está allí. Claro que está allí. Siempre ha estado allí. Nunca se ha ido.

Saca lo que esconde en el saco. Lo pone en el suelo.

El niño coloca un par de piedras; una en cada costado. Se para al centro, entre ambas piedras. El niño sabe que entre ese hombre y el lugar donde él se para atento, que entre Demetrio y él hay doce pasos. Doce pasos exactos. Doce pasos extraviados, contados infinitas veces, tantas que no se puede establecer cuántos doce pasos han habido. Por eso el niño cuenta nuevamente los pasos.

Extiende sus piernas lo más que puede al contar.

Uno..., dos..., tres..., hasta doce.

El niño está parado frente al hombre y le sostiene la mirada. Luego regresa a su lugar. El niño agacha un poco el torso hacia adelante; tiene los brazos sueltos, las manos abiertas

a la altura de las rodillas.

Su padre patea la pelota.

## *Eliana y el tigre del sur*

Sólo un endeble tabique separaba el cuarto de Eliana del mío. El delgado muro de madera triplay, cartón prensado, fina línea entre dos soledades: intuyéndonos, adivinándonos, afinábamos el oído. Él había entrado definitivamente al cuarto de Eliana a vivir como un mueble, como ocupando una pared desde donde era visible desde cualquier ángulo.

Éramos dos en la vida de Eliana. Un boxeador cuya imagen refulgía en un afiche: un boxeador en posición de guardia defensiva. Los dos guantes altos delante de la ñata nariz; sus ojos casi cerrados por los golpes y las piernas calzadas en zapatillas hasta media canilla, y encima del afiche las doradas letras que decían: *El Tigre del Sur — Campeón del Pacífico*. El otro era yo.

El tal Tigre con su arrecho nombre, con Eliana en esa posición de pájaros en vuelo disparatado, daban vuelta a la milagrosa esquina del barrio como dos globos inflados que se van volando rumbo al cine por delante de un bazar de telas cuyo turco propietario mantenía el portón de metal como una boca abierta hasta casi las diez de la noche. El Tigre del Sur circunvaló la arista de la manzana cargando con el cuerpo sin grandes protuberancias de la menudísima mujer que era Eliana, muy suavemente, con una fuerza invisible que parecía escrita en una canción que decía lo que pesan dos soledades juntas.

La garúa mojaba las chirriantes aceras. Salí del edificio de peldaños deshilachados y al dejar mi cuarto lo hice abandonando los ladridos quejumbrosos de mi perrita Laika. Desenganchando mi saco de un clavo, le había dado la última mirada a mi cama de remolinos tibios, de frazadas de lejana muda, mirando el polvo acumulado como una costra en las superpuestas hojas de la persiana. Era un edificio de ventanas tapadas con viejas cortinas de cretona, pintado de azul eléctrico. Afuera alumbraba eso de escurridísimamente penumbroso que son los focos de los postes cuando el viento de agosto va y viene inusualmente. El Tigre, que también vivía allí, había llegado como el reflejo de una estrella para irse con Eliana al cine trotando por la oscuridad de la noche.

Por supuesto que me peiné con un peine de cacho de toro que saqué del bolsillo trasero de mi pantalón, delineé con cuidado la raya en mi cabeza. Yo había salido rumbo al cine Fénix pensando en un radiante día de un mes de enero, cuando, como ya sabemos, era una noche de un venteado y plomizo agosto. Y Eliana había apagado la luz de su piecita de arreglo coqueto esfumando la luz anaranjada que flotó hasta esa hora en el dintel de la puerta; había terminado de acicalarse, de pintorrearse en la escalera. Mejor dicho, en algún momento, los tres habíamos salido a la calle cuando en el cine había show.

A Eliana yo la apodé la *Sputnik* porque cómo llamar a alguien que le gusta darle tantas vueltas a la manzana. Y Eliana por el borde exterior de la calzada solía girar como siempre,

como el cometa Halley, girando alrededor de los dormidos inmuebles, pero no esa noche, que, como dije, era noche de show en el cine. El tal Tigre, un fortachón, además del apodo acojonante, llevaba, cual pelaje, una apretada camisa de seda, y de él flotaba entre nosotros eso: que logró pelear por la disputa de un boludo título en un torneo internacional en el puerto de Valparaíso. Y cuando había show en el cine se le salían todos los recuerdos. Apurando el paso transportaba plumíferamente a Eliana como diciendo: no sólo fui boxeador terrible en los cuadriláteros sino muchas cosas más, hasta posé para la propaganda que salió en el afiche de un perfume dentífrico.

Yo, además de criar una perrita de motas negras sobre el pelaje blanco, adornaba la pared de mi cuarto con el afiche de Yuri Gagarin; el resplandor de los avisos luminosos golpeaba la cara de ratón del astronauta que sonreía atisbando desde detrás de una metálica escafandra. Era noche de arreboles; la vida, la inmensa y querida galaxia en órbita, ingresaba a los fulgores de la ilusión y del espectáculo. Ellos llevaban una decisión tomada y por más arrumacos y arrepentimientos que tuviesen ya no se iban a echar para atrás.

Entre la casa y el cine, en noche de show, se extendía una vida de por medio. Cómo olvidar las gárgaras de doña Josefina y que la anciana se lavaba el cuerpo entero en una gigantesca palangana abollada, enjuagándose con una jarra aporcelanada. Doña Josefina era de las que salía del edificio sólo para una cosa: a misa con Eliana. Murió de una pulmonía fulminante por remojarse la cabeza a las cinco de la mañana un 30 de agosto, día de Santa Rosa. Se la llevó la santa. Eliana desde entonces vivía sola. Doña Josefina que fue su tía, pero más que tía casi una madre, falleció en olor a novenas y millones de avemarías rezadas con unción, se fue dejando a su sobrina Eliana solita en el desierto del mundo y con la obligación perentoria de conseguir trabajo. Doña Josefina cobraba una cesantía, pero los mil soles (que alguna vez fue un montón de plata, antes de la gran devaluación en el primer gobierno de Belaúnde) sólo servía para una dieta de faquires: té Toro, a pasto, frejoles y unas tremendas lomas fritas que coña Josefina freía hasta que alcanzaran consistencia de galleta. El edificio se saturaba de tufo de pescado frito, eso sumado a la fetidez de la harina de anchoveta que todos llevábamos como sombrero, era como vivir como un bufeo en el fondo del mar y soñarse con Eliana, la sirena, velando el cadáver blancuzco de doña Josefina. El entierro fue un sábado y para el miércoles y por mediación de un viejo compadre de doña Josefina, Eliana conseguía trabajo de vendedora en la juguetería—locería propiedad de un chino que se movilizaba en moto. Eliana bordeaba los treinta y ocho y no había trabajado nunca antes en su vida.

Eliana tras el mostrador lucía cual pescadito de fantasía, había estado presa en el dogal de un traje negro que cargó como duelo riguroso desde el deceso de su padre, un tranviario que murió de hemiplejía, y fue paso trascendental de su nueva vida el no enfundarse en un segundo luto después de la muerte de doña Josefina. La casi cuarentona Eliana, nació en santa virginidad, con el olor al primer perfume que se puso en la vida, con su cara que despierta al recibir el primer color de los polvos y lo anhelos coloretos. Llevaba un traje de

doble conservador en la rodilla y plisado en la cintura, como recién fabricadita para el mundo a los treinta y ocho años de edad. La muerte de doña Josefina fue como una bendición que llegó tarde. Recibió su primer sueldo y se compró una botella de licor de menta, un radio transistor japonés, y fue todo un espectáculo verla sacando uno a uno del edificio los cachivaches de doña Josefina que vendió en el negocio de trastos viejos que administraban dos viejas solteras, las hermanas Baroni, hijas de un italiano loco que había sido en la década del treinta una especie de estafalario inventor que tuvo como hobby el coleccionar llaves antiguas. Vendió el tocador, el ropero de tres puertas, la vieja máquina Singer, la palangana y la jarra de porcelana, y arrojó varios kilos de estampitas al acantilado. Abandonó al interior de un confesionario todas las estatuillas de santos que había en su casa. Se quedó sólo con un catre de dos plazas (en donde durante treinta y un años había dormido doña Josefina) y tampoco vendió la vienesa. Eliana se sentaba en la mecedora, arropada con un chal, a escuchar boleros de Los Panchos hasta las dos de la madrugada que apagaba la radio. A eso de las diez de la mañana abría la tienda, la juguetería—locería, que quedaba a dos cuadras del edificio azul y a una cuadra del bazar del turco.

La locería era indudablemente como una pecera. Eliana, uniformada con un traje—mandil color lúcumas desplegó una invitante sonrisa hacia la acera, sonriendo durante un mes. Luego recuperó su cara de mujer flagelada por los encierros y los sufrimientos de la esclavitud; de la lucha por la acumulación de indulgencias. No supo que caía en un mal mayor: en el tedio insufrible que reina en las jugueterías. En corto tiempo, era ya diestra vendedora. Entra a la tienda una señora con un traje azul acompañada de un niño de pantalón corto y le pide a Eliana que manipule con sus transparentes manos un soldadito de cuerda que dispara su ametralladora, después un xilofón de juguete con el que Eliana toca un cancioncilla pegajosa, finalmente el niño se queda con un juego de bolos con bolas rojas. Los juguetes en los andamios cubrían las paredes, y en las vitrinas iluminadas con fluorescentes de neón parecían estar en la cabeza de Eliana como al interior de una computadora. Eliana con un plumero de plumas de pavo sacudía trenes y triciclos, pelotas de fútbol y elefantitos de loza hasta que el sol huía de la tienda. Ya de noche se iban vaciando las aceras y se despegaban los niños curiosos de las vitrinas que daban a la calle. El chino, el dueño de la juguetería, llegaba en su moto y recogía la plata de la caja. Eliana se quitaba el mandil y se ponía un traje con grandes flores rojas. El chino cerraba la tienda y le daba la llave a Eliana sin saber que un boxeador rondaba desde hacía semanas por las inmediaciones de la tienda, sobre todo de noche.

Así es, la noche era el Tigre del Sur. El Tigre era el de mucha gomina en el cabello y su cabeza espejeaba igualita a la de Carlos Gardel. Durante el día se encasquetaba una redecilla; como buen *morocho del abasto* sabía bailar el tango «empernado». Debió de haberlo bailado con Eliana en alguna fiesta de carnaval. Probablemente el Tigre del Sur fue un mujeriego de cuenta. Lo decía él mismo, que había conquistado tantas mujeres como pelos tenía en la cabeza. Eliana lo sabía y mientras atendía en la lacería imaginaba a su

novio regresando a su casa al amanecer, después de picantes furtivas aventuras. El Tigre se echaba en calzoncillos en la cama y sacaba de la mesa de noche un montón de revistas de ombligueras que se amontonaban entre zapatos, pantuflas, bacinicas y bolas de pelos. El Tigre del sur imaginaba romances trepidantes con mujeres de apodos saltarines como la Mara, la Anakaona o con Tania la Salvaje. Se paraba de la cama y hacía flexiones mirándose en el espejo posando como fotografía de la revista *Muscle Power*; después apagaba la luz. En lugar de dar un felino salto en la oscuridad, se echaba a llorar en la cama envolviéndose la cabeza con la almohada. Al día siguiente se levantaba reconstruido y siempre diciendo lo mismo durante veinte años: que algún día llegaría a ser millonario. Los caminos que eligió para llegar a ser millonario eran sumamente originales: sacarse la polla, eso en primer lugar, ya que nadie sabía más de aprontes, de linajes de caballos y de arreglos y cambalaches entre jinetes que el Tigre del Sur. Estudiaba religiosamente; revisaba el programa hípico de las nueve a las diez de la mañana, hora en que salía volando rumbo al Ramo de Loterías en busca del número que había soñado la noche anterior. Era de corazonadas. A veces almorzaba, a veces no, según como estuviese su estado de ánimo. A las doce del día tomaba varias tandas de su trago preferido: cerveza negra con unas gotitas de ron. Dormía largo la siesta. A las cinco de la tarde se levantaba a tomar el lonche y se iba a la dulcería de un panameño que había peleado en la Segunda Guerra Mundial a las órdenes del general Ornar Bradley. El Tigre del Sur para no quedarse atrás, mientras comía su mazamorra, contaba que había trabajado como trapequista en la carpa del circo Caballini del que pasó al circo Berolina antes de ser boxeador. Quizás fue cachascanista más que boxeador, en todo caso se decía que el Tigre había hecho de pulsario, del que hace maromas de gimnasia en una época que era costumbre hacerlo en los intermedios de los cines de barrio, pero lo que sí era seguro es que había posado como modelo para fotos que se ampliaban y se imprimían en afiches como aquel que Eliana colgó en su cuarto. La cosa es que el Tigre siempre andaba buscando trabajo. Siempre fue un misterio saber de qué vivía. Boxeaba. Eliana, la pequeña mujer que era su novia le hacía masajes con frotación Charcot para aliviarlo de los golpes.

La suya fue la corta escena de asedio y cacería antes de la consumación del amor. El Tigre del Sur rondaba en las noches por la tienda mirando a Eliana a través de los vidrios refulgentes de la vitrina como un niño que quiere ese juguete y ningún otro. Le hacía la guardia hasta las diez, hora en que el portón de la tienda caía estrepitosamente. El Tigre se escondía metiéndose a la cantina de la esquina o a un callejoncito cercano. El chino arrancaba su moto y se iba metiendo estruendo. Eliana, luego de empolvarse la nariz, empezaba a circular alrededor de la manzana. El Tigre del Sur caminaba a unos metros detrás de ella, noche tras noche, hasta que un día Eliana le aceptó que caminara a su lado. Y junto a ella, entre sombras nocturnas y hedores a aderezo que brotaban de los edificios, el Tigre no dejaba nada suelto. Tenía estilo para expresar sus sentimientos. Era un experto escritor de cartas de amor. Eliana leía esas cartas en sus interminables horas en el mostrador de la juguetería y cuando caminaban juntos por la calle las frases de amor que antes

habían sido escritas con letra dibujada caminaban con ellos como maceradas antes de romper el silencio. Nadie podía decir que no se le veía elegante al Tigre. Eliana se enamoró de sus brazos en camisas de manga corta, de sus bíceps; un mechón de vellos negros brotaba entre los botones de su camisa abierta. Eliana vivía enamorada de los brazos velludos de ese boxeador que tenía pelos hasta en los dedos de las manos. Los silencios y las grandes frases dichas en esos paseos prepararon una declaración de amor pronunciada con voz ronca, ayudado el Tigre por los previos tragos que había bebido en la chingana del barrio antes de declararse a la que fue su novia por cortísimo tiempo.

La verdad es que nunca había trabajado el Tigre del sur en su vida. Nunca llegaron a casarse porque Eliana le reclamó que trabajara y como el Tigre no había nacido para trabajar los largos paseos terminaron en los gruesos lagrimones de Eliana que nunca borró de su memoria el día que cansada de llorar le dijo al pretendiente a nada que ya no quería seguir siendo su novia. Nunca le perdonó que, por lo menos, hiciera un intento por trabajar, pero tampoco olvidó cada día memorable: el día que lo conoció, mejor dicho el día que él le habló por primera vez; el día que se le declaró, la vez que se dieron el primer beso en la boca. Siempre presentes cada una de esas fechas que Eliana festejaba sola y a su manera. Se resignó a vivir solamente casada en el corazón, sin importarle que yo, su hijo, lo lamentase. Vivieron juntos treinta años. No se casaron. Nadie puede venir ahora a censurar a Eliana. Yo fui el único hijo que tuvieron y por eso soy como soy. Ellos procrearon un romántico, un enamorado con cara de sábado en la noche, un empedernido soñador. Mi cabeza siempre estuvo llena de rojizos arreboles. Ellos fueron mi origen y mi destino; siempre pensé que sería astrofísico, no podía ser de otra manera con padres como los míos. Desde que nací de la unión carnal de Eliana la juguetera y un boxeador apodado el Tigre del Sur, cada vez que yo miraba el cielo yo me decía como alguna vez se había dicho a sí mismo Wernher von Braun: *mi meta son las estrellas*.

Así mismo es, la vida decide. Terminé mirando el cielo y no las estrellas. Despegué el chicle del somier de la cama, me lo metí a la boca y salí del edificio. Detrás de la esquina estaba el cine. Yo trabajaba de boletero. Ya no era un jovencito; casi pierdo el trabajo cuando mi perrita Laika se metió en una película con Clark Gable y Dorothy Lamour; se armó tal bochinche y demoramos tanto en chapar a la perrita que casi se suspende la función de noche. Yo bordeaba la treintena y ya se imaginarán qué viejos estarían Eliana y el Tigre del Sur, sin embargo si uno los veía en la penumbra de la calle parecían no haber cambiado. Él, grandazo; ella, menudita. Eliana seguía poniéndose sus trajes plisados y el Tigre sus camisas de manguita corta. Eliana decoraba su cara con una mezcla de colores rojo fuego y violeta tentación y además se ponía enormes pestañas postizas. El Tigre había encorvado la espalda pero aún se le veía macizo. Yo, como ya dije, era el boletero del cine Fénix, y a pesar de todo había llegado a las estrellas: yo les conseguía a mis padres entradas gratis para el cine y esa era su gran distracción.

Todas las noches iban al cine. Ellos salían primero a la calle y yo les daba el alcance y después de caminar juntos ellos esperaban una seña mía para entrar. Me paraba tras el ca-

jón de los boletos, pegaba el chicle a la madera. Hacía un movimiento con la cabeza para indicarle al boletero que tenían pase libre y mis viejos pasaban a sentarse en dos butacas de la última fila.

Eliana y su Tigre envejecían viendo cine gratis aunque repitieran el filme. Era la única diversión que les quedaba en la vida. Pero sobre todo los días que ellos no faltaban al cine eran los días que había show. No se lo perdían así hubiera terremoto y Eliana estuviera con jaqueca, o el Tigre con la perseguidora. En aquellos días todo el barrio se ponía de cabeza y nuestra casa más de cabeza todavía. En noches así se le veía a Eliana y al Tigre del Sur bien peinados y entelados yéndose por la acera a ver el espectáculo.

—¿Van a cantar Los Panchos? —había preguntado esa noche Eliana en la calle.

—Sólo bailarinas que van a hacer la calatieri, había respondido el Tigre con una sonrisa picarona a medio viaje.

Yo, el boletero, me mantenía firme en mi sitio; imperturbable en los lunes femeninos, en las películas «impropias para señoritas», los domingos en matiné, los Jueves Santo en que se exhibía La pasión de Nuestro Señor Jesucristo, el trabajo se recargaba pero nunca como cuando había show de ombligueras. Se enroscaba una larguísima cola de gente como una enorme víbora y en la lucha por sacar boleto volaban los botones de las camisas y hasta a veces venía la policía a caballo que aporreaba sin piedad. Como para sentirme importante, yo era el que decidía quién entra y quién no. Los viejos entraron. Yo los hice pasar. Pero cuando fui a revisar la sala, Eliana y el Tigre del Sur no estaban en las butacas que solían ocupar. Me hice reemplazar en la boletería por el iluminador de sala y fui en su busca. Cómo no lo había pensado antes, los asientos eran numerados y probablemente los habían hecho volar del asiento. Para temer lo peor. Jamás antes había pasado. Siempre se apoltronaban como un par de estatuas en sus asientos. Ya iba a empezar la función y cuando entré a la sala comprobé estupefacto, que no era ni lo uno ni lo otro. Yo estaba por desmayarme porque ambos estaban subidos sobre el escenario.

Lo que había pasado es que ocuparon sus asientos, y Eliana como lo había hecho durante los últimos treinta años le reclamó que no trabajara.

—¿Cuándo vas a trabajar? Por qué no buscas trabajo —había rogado la anciana señora.

El Tigre enfurecido se había parado del asiento y se había dirigido al escenario. Eliana lo había seguido.

Estaban allá arriba. En la sala había una atmósfera de sorpresa, un rumor que parecía decir: ¿y a estos espantapájaros qué les pasa?. Algo así como: ahorita nos empezamos a reír. Hay que silbar. Hay que aplaudir. Yo, rígido como una estatua de sal, clavado en la mitad del pasadizo, ya me desmayaba del tanto estupor.

Lentamente, el Tigre del Sur se quitó la camisa. Eliana, a corta distancia de él era la *partenaire* del mago, del malabarista, y poco a poco el rumor de un enjambre atolondrado de moscones, que eso era el público, se fue aquietando. Quedó un silencio cargado de suspenso, tanto que parecía escucharse a lo lejos el redoble de un tambor. El Tigre del Sur hizo unos cortos y ligeros ejercicios de calentamiento flexionando piernas y brazos. Su

musculatura despertó de un largo sueño y con la elasticidad de un salto primero y sorpresivo el Tigre dio varios volatines apoyándose con las palmas de las manos en el suelo. Sus piernas giraron velozmente en forma de aspa. La velocidad y la facilidad de los volatines generaron un rumor de asombro.

De pronto el Tigre se quedó muy quieto. De cabeza, apoyado en sus manos. Pegando sus piernas alzadas en cámara lenta. Permaneció parado de cabeza con la quijada hacia adelante. Había una tensión contenida en toda la sala ante ese cuerpo tan perfectamente rígido. El cuerpo del Tigre del Sur giró. Sus pies tocaron el piso y ante el asombro de la sala ya casi llena, dio un espectacular salto mortal y cayó parado. Agradeció con una venia y el público estalló en un sonoro y largo aplauso.

Era el boletero el que tenía que bajarlos pero yo estaba como petrificado.

Los aplausos no cesaban. Eliana bailando movía rítmicamente los brazos y las piernas, y de repente en medio de esa marejada de aplausos y silbidos irrumpió su voz cristalina como el vuelo de un lánguido pájaro. Un silencio grave se instaló en la sala, un silencio respetuoso. Un extraño sentimiento de ternura fue envolviendo los corazones como una enredadera de campanillas azules. Eliana cantaba: *Como un rayito de luna en mis noches sin fortuna...*

La voz melodiosa surgía cargada de esa ternura que daba la sensación de haber permanecido guardada en el rincón más hermoso del corazón. Eliana había demorado treinta años en recorrer el trayecto entre el edificio azul de las persianas y el cine, y al llegar había trepado a ese escenario que era como la vida donde se recuperaba por momentos una juventud inigualable. Las mujeres lloraban y los hombres contenían las lágrimas.

Un hombre muy gordo, de pie, acercándose suavemente a mi hombro me susurró al oído, no a mí, al hijo, sino al boletero:

—¿Dígame, él no es el Tigre del Sur, el que fue famoso boxeador?

—El mismo —contesté—. Y su esposa es Eliana, la reina de las estrellas —añadí mientras dos lágrimas descendían por mis mejillas como por una calle silenciosa.

## *El que pestañea muere*

### I

En la fotografía se ve la casa de madera con porche y barandal. Una floresta de eucaliptos envuelve el contorno y en los pies de uno de los cazadores un par de perros perdigueros fijan su atención en algo que ocurre a espaldas del fotógrafo. El cazador más alto sostiene en el aire exhibiéndolas una sarta de perdices. El otro, mal parado, pisa un pequeño tronco con su bota derecha.

En el reverso de esa foto las letras con lapicero de tinta habían sido escritas a mano por Alfonso.

Alfonso Bernal era el cazador que aparecía flanqueado por Patricia y por mí.

La fecha en el dorso del retrato se leía con claridad: 1968. También se podía leer una anotación con la misma letra, pero más dibujada: DÍA DE CAZA, HACIENDA LOS EUCALIPTOS. Todos en la foto lucían muy nostálgicos, con la sonrisa de la aventura a flor de labios, alejados por un momento de la rutina.

Los que estuvimos en esa fotografía escapamos de ella y nos abrimos paso por una larga alameda cercada de eucaliptos. Recuerdo el estruendo de los fusiles. Ninguno de los tres tuvo la osadía de afirmar que le había asestado en la cabeza a ese puma que emergió inesperado entre unos boscosos matorrales como encarnando el obsesivo sentimiento que largamente nos venía persiguiendo. Cuando apareció el puma, Alfonso llevaba la escopeta a la bandolera. Yo abrazaba la cintura de Patricia, en esa época ya empezaba a sentirse demasiado vieja, casi marchita porque según ella la vida pasaba velozmente como una luz.

Ambos reaccionamos con prontitud y disparamos al unísono.

Después de dispararle a un puma al atardecer subimos a un cerro alto desde donde se divisaba el sol en el poniente. No hubo gloria alguna en ese regreso en el crepúsculo. Sólo la hermosa muerte del sol. Esa tarde fuimos otros. Siempre habíamos sido otros.

Qué estúpido sonó decir antes de embarcarnos de cacería a la sierra que debíamos ser nosotros mismos. Queríamos huir de Lima y de sus complacencias, pasar unos días en algún lugar donde fuésemos auténticos. Claro que sólo fue un pretexto.

Patricia y yo viajamos a conocer la hacienda de Alfonso. En el salón principal de la casa hacienda había un armario lleno de fusiles Winchester. Incluso el inicio fue premonitor de lo que ocurriría después, en la madrugada del día siguiente a nuestra llegada: un águila se posó en la punta de un eucalipto. Volvimos a disparar al unísono. El águila se dobló un segundo después del estampido. Recogimos el cuerpo del ave que había

caído sobre un pequeño promontorio de tierra rojiza. Era como si hubiese muerto para que nosotros pudiésemos admirar deslumbrados las poderosas garras y aquel ojo abierto que por encima de la muerte conservaba un color negro penetrante como si nos estuviese observando aún desde la copa de un eucalipto. El resto de la mañana transcurrió en medio de una carnicería que ni nosotros habíamos sospechado que pudiese alcanzar tal envergadura: tórtolas, palomas y las preciadas perdices sin que ninguno de los tres pudiese explicar el por qué habíamos matado con tanto entusiasmo. Aún faltaba la muerte del puma. Fue como sin saberlo nos hubiésemos preparado para eso desde que llegamos a la sierra.

Patricia había acariciado un sueño desde que terminó el quinto de media: solía decir que se casaba si conocía a un hombre con quien pudiera vivir una vida distinta, un hombre que compartiese con ella lo importante que era vivir en el campo, en la sierra, en contacto con la naturaleza. Todo eso parecía contradicho ese día entre el silencio de inmensas montañas de piedra. Patricia ahora sabía que ni conmigo ni con nadie iba a poder vivir ahí, que no aguantaría el tedio de la sierra sin volverse loca, ni siquiera unas vacaciones.

En uno de los baños del club Regatas, por supuesto, un gigantesco corazón encerraba el nombre de PATRICIA y ESTEBAN.

Supo esperarme con increíble fidelidad todo el tiempo que estuve en los Estados Unidos en un programa de intercambio con jóvenes familias norteamericanas. Fue justamente a mi regreso de los *states* que a Alfonso, mi antiguo compañero de colegio, se le ocurrió eso de ir de paseo a su hacienda como si viajar cuatrocientos kilómetros en un jeep Land Rover fuese algo así como un simple paseo. Alfonso era para mí en muchos aspectos un enigma. Había pasado varios años de su infancia en esa hacienda, y en el brillo entrecortado que despedían sus ojos, cuando me propuso lo de ese paseo, deduje, adiviné, que en él existían otro tipo de sentimientos, de contradicciones. Noté esa misma mirada en sus ojos cuando divisamos al puma que nos observaba desde unos matorrales y cuando el puma cayó doblando las patas, Alfonso descargó la cacerina sobre la fiera muerta. Patricia usó una carabina ligera, un calibre 22, arma a la que ella empezó a cogerle cariño a pesar de que al principio la tomó como quien agarra algo repelente.

Ella también disparó sobre el puma vivo y sobre el puma muerto. Acometió con algarabía algo que si se lo hubiesen preguntado ella habría respondido que era incapaz de hacer. Siempre había sido así con la imprevisible Patricia, nació para los gestos insospechados.

Alfonso mandó llamar al capataz para ordenarle enviase un indio a recoger el puma muerto.

En lugar de dirigimos a la casa hacienda, nos guarecimos en una cabaña ubicada al costado. Era el paraíso de niñez de Alfonso y esa casita cumplía funciones de pabellón de caza. Patricia caminó erguida por entre los eucaliptos de esa alameda fragante, con orgullo, como llevando consigo un inalcanzable tesoro, con mucha soberbia. Luego ya en la cabaña se derrumbó en lágrimas.

El puma había muerto víctima de los certeros balazos que le perforaron la cabeza y el cuello. La fiera había dado un salto espectacular en medio de sombras difusas. Era algo que nunca habíamos imaginado que nos pasaría. Fue como haber participado de un antiguo rito de iniciación. Para Alfonso fue como destruir aquello que se había formado remotamente en él, en aquellos días de infancia en la Sierra que habían modelado de alguna manera su carácter. Alfonso, generalmente extrovertido, casi explosivo, sufría arranques de prolongada melancolía. Él armó ese viaje como quien fabrica un tinglado. Supongo que intuyó en mí muchas cosas cuando yo regresé de los Estados Unidos, en mi mirada, en lo que yo dije. Y lo había intuido también en aquella Patricia a quien sus padres sometieron a la disciplina de un profesor de piano, de uno de francés y a la obligación de leer centenares de cuentos ilustrados.

Con Patricia sucedió algo que difícilmente sucede en Lima: que una muchacha engreída por bonita se cansa de serlo. La verdad es que Patricia se había aburrido de ese papel de la misma manera como otra mujer metida en ella prohibió que la llamaran con el diminutivo de Paty. Cuando salimos de viaje a la Sierra, ella no necesitó disfrazarse especialmente para la ocasión, fue suficiente ir vestida como siempre andaba: la chompa enrollada en el cuello, el bluyín desteñido. La recuerdo muy vívidamente, sentada en el dintel de la ventana de la cabaña contemplando cómo un peón de la hacienda arrastraba a un puma por la cola. Al puma ya muerto se le veía trivial, más pequeño a como apareció en la mirilla de nuestros fusiles. Sólo Patricia sintió la necesidad de exteriorizar ese agarrotamiento en el pecho, por eso había llorado tanto.

Aquel puma le había caminado en el cerebro a Alfonso desde que tuvo uso de razón. Él nos lo confesó en algún momento. Patricia hablaba con arrepentimiento sincero de la naturaleza destruida. Yo estaba obsesionado comprobando cómo ciertos actos son rápidamente convertidos en símbolos. La cacería era un acto mental, el acto de matar a ese puma había involucrado el sentimiento y la destrucción de un emblema que encarnaba algo que no podíamos definir, algo que pensamos que jamás sería destruido.

El peón de la hacienda cargó el puma hasta la puerta de la cabaña y luego de taparlo con hojas se alejó por la larga alameda de eucaliptos.

Después sobrevino la acumulación de gestos: Alfonso sale de la cabaña sin decir a dónde va. Vuelve unos minutos después trayendo una cámara fotográfica. No necesitó ni siquiera proponerlo: Patricia abandonó su marasmo y empezó a peinarse y yo me encargué de anudar con una pita las perdices que habíamos cazado. Nos colocamos los tres delante de la cabaña, cargando yo en mi mano una sarta pájaros atados de las patas. Patricia se reía y en la fotografía yo aparecía sonriendo, en cambio Alfonso lucía muy altivo, con la suela de la bota encima del lomo del animal muerto. Fue así como quedó al final esa fotografía.

La belleza se impone sobre la inteligencia, decía siempre Alfonso cuando años después de esa aventura en la Sierra, ya convertido en un artista famoso, pintó un cuadro en el que se veía a un anaranjado puma persiguiendo a una ninfa desnuda, en un cuadro de estilo naif, influido por el aduanero Rousseau. Patricia le había contado que se sentía constantemente perseguida. Mientras Alfonso la pintaba recordaba el momento en que tres cazadores se tomaron una fotografía. La noche caía encima del cadáver del animal que fue retirado por otro peón luego de que tomamos la fotografía.

En la casa hacienda había un gran comedor de nogal, retratos de ancestros de Alfonso en las paredes, cuadros de vírgenes de la escuela cusqueña y patios de laja; y los fantasmas de tus parientes, le había dicho Patricia a Alfonso. Los fantasmas de los Bernal ambulando por la casa hacienda. Todo debería estar en el cuadro que pintaba Alfonso, un cuadro donde la figura tenía contornos indefinidos. Si hubiera pintado un rostro lo habría hecho casi traslúcido, pero había pintado un puma, un puma multiplicado, un puma que reproduce otros pumas, y detrás de ese puma los círculos concéntricos entre cuyos espacios y juntas Alfonso había estampado un color rojo que debía ser el centro de la visión cuya consistencia dependería de la organización de los otros elementos del cuadro, ya que cada fragmento en ese lienzo se encontraba reflexivamente junto al otro para configurar un gesto, un estado de ánimo. Mientras Alfonso pintaba el puma, como me lo confesó después, había sentido un ligero temblor en la mejilla. Supo que pintando esa tela buscaba algo que no había sido dicho en el viaje a la hacienda. Un silencio de gestos que se entrecruzan y entrechocan, que se resisten: un abismo, una costra, eslabones, fases, con la configuración de las capas geológicas sobre el desorden inicial y también la reagrupación, la lucha, la lucha despiadada. Alfonso supo que cada pincelada que daba era como un truco intercambiable. Patricia, en el tiempo que fue la modelo de ese cuadro sin saberlo, después de bañarse, se había vestido abochornada. Alfonso en su taller tomaba una taza de café imaginando ideas para variaciones del mismo cuadro: la bella y el puma. Era consciente que esa era una segunda cacería.

### III

La noche del día que matamos al puma también habíamos tomado un café delante de una pared plagada de las cornamentas de los que alguna vez habían sido altivos ciervos. En la sala había una chimenea de piedra, más allá un armario con piezas de cerámica huaqueadas de un cementerio ubicado en los predios de la hacienda. Afuera ladraban los perros, en la noche fría, terrible, oscura.

Alfonso había sacado una botella de aguardiente de una vitrina. Cuántos cazadores anteriores habían estado en esa sala; eso lo preguntó Patricia. Muchos habían rastreado y

liquidado venados en lomas y cañadas, pero nadie había cazado un puma, como nos comentó Alfonso, ni siquiera aquellos diestros cazadores de otro tiempo, los amigos del padre de Alfonso. Patricia hizo una mueca al beber la copa de aguardiente. Patricia nos había sorprendido pidiéndonos que al regreso a Lima no le contásemos a nadie que ella había matado un puma. Fue extraño ese pedido, no cualquiera mataba un puma, eso habría aumentado su fama de chica excepcional.

—No les hablo nunca más, si ustedes le dicen a alguien que he matado un puma —dijo Patricia con el ceño fruncido.

Desde esa aventura en el carácter de Patricia se fueron multiplicando los pruritos, las manías y la que se convirtió en ella en una tendencia casi obsesiva: el querer pasar desapercibida. Era como si una extraña ambigüedad hiciera que ya no coincidiesen sus sentimientos con sus actos.

—Mi padre es el que pena en esta casa —había dicho Alfonso luego de la segunda copa de aguardiente—, fue un gran cazador.

—¿Es ese que está en la foto? —pregunté señalando el retrato al óleo de un hombre rubio, fuerte y cuya expresión era de una gran soberbia.

—Sí, él. Puedes ir al rincón más lejano de mi hacienda, a treinta leguas a caballo de acá y por donde vayas vas a encontrar indios de ojos azules y pelos rubios. Todos son mis hermanos, había dicho Alfonso.

Alfonso contó que cuando salía a recorrer a caballo la hacienda que no tenía fin, lo hacía acompañado de un ejército de caporales, de Mandones indios casi rubios y aguileños, con sus hermanos de leche, como los llamaba Alfonso.

—Son los mejores capataces de la hacienda, los que representan la autoridad de mi familia allí donde nosotros casi nunca llegamos. Son hijos de mi padre.

Todo eso volvió a mi mente, con cierta claridad, en París, años después cuando siendo ambos artistas en diferentes campos, Alfonso me mostró un cuadro suyo. Ambos habíamos viajado a Europa en busca de aquel sublime camino que creímos había sido destinado para nosotros. Él era pintor y yo pretendía escribir novelas. Se había hecho famoso. Su estilo de trabajo estaba muy representado por ese lienzo en el que aparecía Patricia y un puma. Asediada ella, expuesta al puma agazapado, entrevisto.

—¿Qué intentas decir? —pregunté.

Alfonso me miró decepcionado. El mensaje estaba claro, en la superficie, si yo no lo veía era porque me negaba a verlo. La suya era la mirada con la que se mira a alguien que con una pregunta impertinente destruye el trabajo de años.

—Tienes razón, novelista, nunca más voy a pintarla. Patricia es impresentable.

Alfonso disimulaba. El cuadro no representaba a Patricia en sentido estricto, expresaba algo ambiguo, como una sombra detrás de las imágenes que se percibían en los primeros planos. El secreto de ese cuadro, de la pintura de Alfonso, estaba en la perspectiva.

Cada instante de esa noche yo lo recuperaba con nitidez, y todo lo que ocurrió después de esa noche, a nuestro regreso a Lima, también me era devuelto por los trazos ambiguos

de ese cuadro. Alfonso regresó a su tierra, volvió cansado de ser medianamente conocido en París y buscando lo que siempre buscó: lo que no se puede decir. Y mientras terminábamos de beber una botella de aguardiente en su *atelier* limeño, continuó comentando sobre el cazador fantasma, sobre su padre. Me lo había descrito, en París, viviendo sus últimos años, y ahora volvía a hacerla, en Lima, pero esta vez su relato tenía algo sutil que se me escapaba: su padre solo en la casa hacienda, ya sin la hacienda que le había sido expropiada por la Reforma Agraria, sentado en la cabecera de la mesa del comedor, atendido por silenciosos sirvientes, rebajado por la soledad de ese lugar remoto, sumergido en las penalidades de un alcohólico consuetudinario que se pasa horas enteras recorriendo uno a uno los sillones de su sala cargando con su copa de aguardiente; la cara hinchada, una cirrosis lo había ido minando; la responsabilidad del cuidado de su hacienda en manos de sus hijos los mandones, ellos habían terminado siendo los propietarios de Los Eucaliptos luego de la dictadura de esos “milicos mal nacidos”, como los llamaba Alfonso mientras vivía su aventura de pintor en París. Le enviaban plata de su hacienda, los caporales, los indios casi rubios, convertidos en los legítimos dueños de la heredad de la familia de Alfonso hasta que un día dejaron de mandarle las usuales remesas de dinero a París, y fue de esa manera que Alfonso supo que su padre había muerto y que sus hermanos indios finalmente habían conseguido ocupar el último bastión, la casa hacienda. Alfonso lo comentaba con expresión ida, que su padre, el cazador fantasma, había fallecido sin enterarse que desde hacía ya un buen tiempo no era el dueño de nada.

Alfonso, que me había contado la mitad de esa historia en París dejándola inconclusa, como dije había terminado de contármela en Lima, en su taller miraflorentino. Había vuelto porque según su propia versión había llegado a la conclusión que sólo en su país podía pintar lo que siempre había querido pintar.

Yo recordaba que lo primero que hice a mi regreso de París fue ir a buscar a Alfonso. Lo había llamado por teléfono y él para sorpresa mía se había hecho negar. Entonces fue que yo había echado mano a un recurso infalible: le envié una nota en clave.

Lo cité para encontramos en el café Haití de Miraflores. En Europa yo le había hecho la misma jugarreta, le había enviado un *pneumatique* que sólo contenía una frase: «Yo sé lo que verdaderamente pasó en la hacienda Los Eucaliptos», y esta vez volví a hacerlo. Después de conversar unos minutos en una mesa en la terraza del Haití, Alfonso me preguntó qué había querido yo decir con mi mensaje. Le contesté que estaba escribiendo un relato donde intentaba descifrar un enigma indecible. Él me quedó mirando fijamente y me invitó a ir a su taller. Y mientras nos desplazábamos en su auto por un fantasma vivo de grandes edificios distinto al Miraflores de nuestra infancia, Alfonso dijo que en el taller me iba a mostrar lo que estaba pintando, que por fin había hallado lo que buscaba, y que estaba seguro que era un cuadro que podía ilustrar el libro de relatos que yo estaba escribiendo si es que algún día me animaba a publicarlo.

—Sigo pintando lo mismo que pintaba en París, pero ahora trabajo habiendo encontrado

lo que buscaba —dijo cuando abrió la puerta de una especie de hangar en un último piso.

Alfonso había condicionado su taller de pintor en su vieja casa de Miraflores, y esa fue la primera sorpresa. Había otras, muchas artesanías andinas, cerámicas, tejidos. El hangar había sido levantado con estructuras ligeras en la azotea donde antes había estado el cuarto de la sirvienta, y desde allí mientras Alfonso trabajaba veía el mar. Alfonso era ahora alguien que manejaba y controlaba sus recuerdos, que podía evocar cada momento de su vida fragmentándola, abstrayendo elementos que formaron parte de la riqueza de un instante, evitando lo accesorio y si lo deseaba escondiendo lo importante.

Ya en su taller, es decir, como dije, en ese barracón en la azotea, mientras yo contemplaba desde un enorme ventanal los malecones, la bahía que encendía su collar de luces en medio de un luminoso y rojizo atardecer, Alfonso descorrió el paño que cubría el lienzo que estaba pintando.

Al acercarme al cuadro fui poseído por un estremecimiento. Una serie de mecanismos al interior de mí se desencadenaron con la misma celeridad y confusión como había sucedido años atrás en el instante en que matamos a un puma.

El puma continuaba siendo una obsesión en la obra de Alfonso, obsesión con la que había luchado inútilmente y que aparecía por donde él fuese, revivificado, reafirmado.

Al ver ese cuadro reconstruí los últimos momentos en la casa hacienda. Los momentos continuaban existiendo vívidos dentro de mí. Recordé que después de terminar de beber la botella de aguardiente en la casa hacienda Patricia y yo habíamos subido por unas escaleras anchas a la segunda planta. Cargábamos nuestras escopetas; Alfonso se había quedado bebiendo en la sala una segunda botella de aguardiente, y Patricia y yo entramos a un gran dormitorio donde había una gran cama de dos plazas con cuja de metal dorado, era el cuarto del cazador fantasma. Patricia se tiró con botas y todo sobre el edredón. Miraba el techo con los ojos perdidos, con una expresión de total desamparo. Yo le quité el bluyín y la cafarena; la dejé media desnuda. Yo había visto sus piernas en la playa pero ahora esas piernas parecían más largas y más blancas. Esa noche descubrí lo que nunca había imaginado, que Patricia tenía el inmenso y abultado monte de Venus cubierto de una coposa mata de enroscados vellos negros, de un color distinto al de sus cabellos castaños.

Todos esos movimientos, que yo llamo actos, habían sido como topetazos en la sombra. Tuve que voltear para no ver la desnudez tan perfectamente reproducida por Alfonso en su tela, con tal realismo que yo no pude evitar pensar que esa noche Alfonso nos había estado curioseando desde algún mirador secreto.

#### IV

En el cuadro el puma apoyaba las patas sobre una roca, el cielo, como en los cuadros de los románticos alemanes, parecía encimarlo. Había llegado la noche y el cuadro estaba ilu-

minado por una bombilla de luz estratégicamente ubicada como para brindarle iluminación al caballete de un pintor que trabaja sobre todo, de noche. Era una gran habitación, casi vacía. En paredes desnudas pintadas de blanco yeso resaltaban innumerables cuadros con la misma bestia pintada en color naranja. A un lado estaba el vaso lleno de lápices y pinceles. Yo me sentía herido por la manera cómo Alfonso había logrado recordar detalles del cuerpo de Patricia.

Alfonso tenía en el taller el viejo Winchester colgado de la pared. Acostumbraba pasar horas enteras mirando la calle a través de la mirilla del fusil, una moderna mirilla telescópica que le había acondicionado recientemente. Otro cuadro, que supuse reproducía el mismo tema, yacía en un rincón tapado con una cretona. En un momento en que Alfonso fue a buscar una botella del mismo aguardiente que habíamos bebido en ese paseo a su hacienda. Yo destapé la cretona que cubría el misterioso lienzo. Patricia lucía deforme en ese cuadro, y también el puma, sin ningún sentido de las proporciones y la simetría, como en los otros cuadros el animal sobre una roca, pero este puma parecía estar construyendo con sus patas el impulso necesario para arrojarse en el vacío. Alfonso había perseguido la imagen de esa fiera, recomponiendo y corrigiendo las imperfecciones de la que habían sido primeras versiones. Pude recién darme cuenta que en los rincones habían otras telas enrolladas, cartulinas con bosquejos, deshechos, innumerables croquis. La imagen perfecta, fidedigna del cuerpo de Patricia representaba el obsesivo trabajo de un pintor, el final de un largo y arduo camino.

En ese momento ocurrió algo que jamás imaginé que podía ocurrir: Alfonso giró sobre sus talones y levantando el viejo Winchester apuntó al cuadro. Miraba a través de la mirilla telescópica, a Patricia, al puma, cambiando la dirección del cañón del fusil. Luego del estruendo me di cuenta que Alfonso había disparado sobre el lienzo.

El que cuelga el fusil aún caliente en la pared es un hombre mal afeitado, ojeroso, lleva muchos días de mal comer encima; hecho al ambiente del viejo Miraflores, hijo de ese barrio, pero siempre con la idea de irse a Chaclacayo, a Buenos Aires, a la hacienda, y de repente no parar hasta París, imaginando viajes que no se cumplen; yendo y viniendo del mundo a Lima, y de Lima a ninguna parte, en un ir y venir sin fin. Alfonso hablaba sobre sus proyectos, pensaba exponer en la bienal de Sao Paulo sus pumas abaleados, como si la vida fuese algo que él observaba en su mente todos los días de su vida. Vestía una casaca de hule gastada y un pantalón ancho como los que usaba el viejo Braque, con mirada de loco alucinado.

Y yo era alguien que recorría librerías con un apetito voraz, con los dedos llenos de nicotina, un tipo extraño y solitario, flaco, de anteojos redondos que escribe historias confusas y triste.



## *Suicidio de amor (·)*

Por ejemplo, despertar de pronto en medio de una selva, rodeada Graciela de fieras hambrientas que se arrojarían sobre su presa mordiéndole la cara, arrancándole grandes tronchas del pecho y ella que se escapa y se mete al edificio. El cable del ascensor se rompe, cae varios pisos. Pero el ascensor no se estrella porque ésa había sido sólo una manera de escapar. El ascensor se detuvo en el décimo; una puerta metálica y eléctrica se abrió hacia un mirador de cemento: se veían los techos sucios de la ciudad. Era un sitio hecho a la medida para que Graciela corra y se aviente desde un décimo piso cayendo de nuevo como un huevo frito para que después sobre el cadáver tirado en el pavimento vuelen los zopilotes y para que de entre los árboles salgan las hienas cuando ya los leones relamiéndose se habían alejado de ese lugar hecho al pelo para el suicidio.

Habían muchas formas de intentarlo: una, la primera, el sueño violeta porque otro color no podía tener el sueño. La muerte al ingerir una píldora. La primera forma para de ese modo hacerse la ilusión que sólo se quiere dormir. Después uno se embroca todo el pomo y es cuando se entra en ese largo sueño, en un humillo. La sensación de estar flotando, una sensación parecida a la de estar en un recinto con todas las ventanas clausuradas con gutapercha; hay periódicos en la ranura de la puerta y luego de tomar posición en una silla, se prende el gas de la cocina y se deja que el gas escape lentamente. El gas entra por las narices y es cuando se nos viene el sueño violeta, el enorme sueño en el que tú ves a una mujer que se eleva por el aire. Graciela ahogada por el gas, envenenada por una sobredosis de píldoras y en un claro de aquella selva, los restos quedan a la vista y paciencia de cristianos, son carne para las fieras y velocidad de caída para los curiosos que se amontonan al pie del edificio cuando una mujer está por arrojarse de un décimo piso.

Para Graciela todos esos intentos qué se iban a comparar con el andar lentamente por la arena, descalza, recibiendo el vientito del amanecer en las mejillas mientras la espuma vuela con el aire por la orilla. Aquel momento macanudo cuando todo el cuerpo se va metiendo vestido al agua; paulatinamente el agua va tapando a la mujer hasta que el mar empieza a desvestir a la suicida: abiertos los brazos de la blusa; revolviéndose el traje dentro de una ola mientras los pulmones de Graciela revientan con el agua salada que va ingresando a raudales hasta que ella siente que la cara se le infla como un globo. Y el globo revienta como un balazo. Luego vino, no podía faltar, la típica imagen del suicidio clásico: despacio el que se va a matar levanta la pistola hasta la altura de la sien, y aprieta el gatillo aún más despacito. Ella oye el último clic, rapidísimo el clic, y ese sonido parece derramar pólvora imperceptible en sus dedos justo en el momento en que ya no se siente

nada.

Porque yo estaba seguro de que tú Graciela te querías suicidar. Pero ahora sé que estás viva porque escucho el clic de la llave que has introducido en el ojo de la cerradura.

Puedo adivinar que aprietas el papel en el que hay digamos una carta que me sé de memoria.

*Nos vimos pero no me reconociste; todos estos días me he cruzado delante tuyo con la esperanza de que me reconozcas, pero parece que por desgracia ya no te acuerdas de mí. No puedo seguir sin verte. Si no de estos días me armo de coraje para ir a tocar a tu puerta, espero que me recibas como si no hubiese pasado un solo día en estos diez años,*  
firmado: Norberto.

Ese mensaje te lo envió el que fue antiguo, enamorado tuyo. Y el enamorado se ha cruzado en la calle con Graciela sabiendo lo que a ella se le revuelve en el pecho. Porque en circunstancias así, Graciela, para recuperar la tranquilidad se va a pasear. Luego de andar unas cuantas cuadras se asomó sobre el mar. Después volvió por el malecón de regreso a su casa. Graciela vivía muy cerca al parque, en el edificio nuevo construido altísimo en la mitad de la calle. En la esquina se sobre para al ver a su antiguo enamorado. Él la ha visto desde lejos. De cerca la nota desencajada. De repente fue la timidez, el hecho es que no se le acercó. La siguió cuatro cuadras desde la avenida de los tranvías hasta el parque. Ella volteó, lo reconoció. Él supo lo que ella sentía. Nadie se equivoca cuando una mujer tuerce el cuello como lo hizo Graciela. El antiguo enamorado a pesar de mirarla directamente a la cara, no había podido impedir que Graciela siguiese caminando.

El viejo enamorado fue dando enormes saltos de calle en calle hasta cruzarse con ella que iba siendo empujada como cuando a un animal "lo empuja el fuego hacia afuera de la selva, como cuando alguien se lanza desde el último piso de un edificio. Eso pasó en aquella cuadra, como si cosas así fuesen el pasatiempo normal de una mujer que regresa a su casa, el ponerse a imaginar las diferentes modalidades para quedarse bien muerta. Desear el suicidio después de haber visto a Norberto, luego de que no pudo hablarle; tirarse del malecón al mar, como si matándose fuese a decir: ya no pienso más, ya no me acuerdo más de él; él no ha cambiado, y si ha cambiado entonces yo muero bajo las ruedas de un camión. Es cuando todo adquiere un color violeta, cuando una mujer como Graciela se para delante de una vitrina; esa es una tienda de artefactos eléctricos y es completamente lógico que ella imagine que está en una habitación como dentro de una burbuja de gas, ahogándose, llorando, cayendo al piso, morada y sin aire. Muriendo lentamente hasta que el ruido de la llave en la cerradura la despierta. La saca de ese limbo. La vuelve a la realidad que no es otra que la de vivir diez años con un hombre que no es Norberto, con ese hombre que en el departamento se pasea con un periódico bajo el brazo de una pieza a la otra. Ese hombre raro que Graciela no conoce, que no hace otra cosa que repetir el mismo discurso de siempre: hablarle a Graciela de su sexo, de sus impotencias, de sus incapacidades, de sus miedos; lo suficientemente fuertes estos miedos como para botar de la casa a la calle a una mujer con tanta cháchara. Ella huyendo, escapando Graciela hacia

la selva, hacia el mar, sufriendo esa mujer en cada salida mil muertes imaginarias, para después, como los asesinos, volver testaruda al lugar de su propio crimen. Graciela regresó de nuevo al departamento. Ella introduce de nuevo la llave en la cerradura, y se queda con la llave en la mano sin terminar de darle vuelta.

Porque yo sé que está allí. Sé Graciela que estás dudando, que no abres porque me ves, como en el cine o en una fotografía; prendiendo la lámpara de la pantalla color canela; abriendo el periódico y dejándolo sobre el sillón; comiendo una de las dos peras que dejaste en la cesta sobre la mesa del comedor, para después de finiquitar la pera abrir el refrigerador y sacar la botella con agua helada. Me ves sorbiendo un trago del pico de la botella. Debes de creer que estoy echado en la cama sin tender, pero te equivocas en redondo porque no estoy allí.

Estoy en el sillón de la sala.

Y Graciela duda en entrar, quieta como una estatua tras la puerta de calle adivinando que yo estoy refundido en ese sillón. Yo estaba por hacer lo que en las tiendas se llama un balance. Empecé diciéndome: sí, aquella noche, claro que sí, diez años atrás, esa bendita noche. Los dos, Graciela y yo, en una fiesta en un departamento lleno de globos y mascarones de papel, una fiesta de empleados de banco, solteros todos, borrachos. La pierna de Graciela cruzada para que yo le viera la pantorrilla; porque Graciela, -con medias panty color carne- era distinta en ese tiempo, con su vestido a la moda en la época de la minifalda. Suenan los cubitos de hielo en el vaso. Ella acababa de alquilar, hace un mes nomás, un departamento muy lindo. No bailamos ni ella ni yo. Nos la pasamos dándole a la conversación en un rincón repleto de almohadones. No pude hacer otra cosa que decirle: no te preocupes por la hora Graciela. Yo la iba a acompañar a su casa. Tomamos un taxi en la esquina porque el Volkswagen todavía yo no me lo había comprado, y cuando paró el auto, de un salto me bajé detrás de ella. Pagué el precio de la carrera mientras ella abría la puerta principal del edificio; en el ascensor ninguno de los dos se hablaba, porque lo mejor es quedarse callado en esos momentos a ver qué dice la otra persona. El departamentito, el suyo, Graciela lo había arreglado con muchas flores; había el retrato al óleo de un payaso y ella que me dice hasta acá nomás. Como si de pronto me hubiese dado un baldazo de agua en la cara, como si despertase yo luego de una larga borrachera de varios días; porque en cierta medida la fiesta había sido la coronación del clásico acecho del cazador a la presa. Ella como el venadito y yo como el león listo a comerme aquella carne. Habíamos salido con Graciela varios días en una semana que coincidió, por una de esas casualidades de la vida, con comunes vacaciones pedidas en abril para aprovechar todavía del sol, de la playa, y no desperdiciar el horario de verano pidiendo vacaciones en marzo. El primer lunes de las vacaciones nos fuimos a una playa al sur y yo que era aficionado a la lectura no sé por qué pero me puse a perorar sobre el suicidio de Alfonsina Storni; tal vez lo hice porque Graciela me dijo: no te vayas a reír Norberto pero a mí me gusta escribir poemas, y que si me portaba bien ella me los iba a leer. En realidad, en lo que nos metimos fue en una especie de juego. Graciela habló de una canción cantada por Mercedes Sosa que ella había

escuchado en la que se hablaba de ese suicidio. Y rápidamente repliqué yo diciéndole: conozco el disco, claro que lo conozco. Es que no me había imaginado calentando a una hembra con canciones de Mercedes Sosa como música de fondo. Yo metiéndole el caballo a Graciela mientras la chola tucumana le canta a la maestra argentina. Veo que se me están confundiendo las cosas. Graciela y yo estamos de vacaciones y nos hemos ido un lunes a la playa y nos besamos la tarde entera echados en la arena. Detrás de nosotros sólo se escuchaba el ruido de las olas; y en ese día playero, ella, no sé si decepcionada o púdica, ya casi al atardecer, cuando yo pensaba que pasaría lo mejor del paseo, Graciela me dijo que tenía que irse, ya era hora de regresar. Y cuando le pregunté por qué no nos quedábamos un rato más, me respondió que su tía Eulalia venía de visita a su casa ese día, *y tengo que estar allí*, entonces caí en cuenta que no podía hacer otra cosa que volver a la ciudad, sin que importe si la tía Eulalia existía o no.

Nos vimos al día siguiente. Un martes en que ella ya no quiso nuevamente ir a la playa. Le dije: vamos a Barranco, y ella aceptó. Subió al colectivo hablando de la poesía de Eguren, pero yo no pensaba en Eguren sino en matorrales bien tupidos, en los mil lugares ocultos que habían en los parques y malecones de Barranco. Ella no quiso ir al malecón y nos paseábamos por el parque cerca a la quebrada de Armendáriz al que en ese tiempo le decían La Laguna cuando de sopetón nos dimos de cara con la entrada a un zoológico que había allí también en esa época. Graciela nunca había estado en un zoológico y por eso entramos. Al principio todo fue risa y divertirse mucho con cualquier cosa, cada uno con una nube rosada de azúcar y ella copiándole las muecas a los monos y yo filosofando de que no había que burlarse de nuestros ancestros y riéndonos mucho porque abundaban los parecidos de los monos con personajes de la historia, con políticos, con artistas de televisión. Nos reíamos a gusto cuando de pronto ella se quedó muda. En una jaula grande estaba el rey de la selva tragando una tremenda troncha de carne, los colmillos eran filudos e impresionantes y la manera de comer también. Y en ese momento fue que metí la pata, porque por mi mala costumbre de filosofar a cada rato, dije que sería terrible encontrarse con un león como ese en medio de la selva, que por qué no imaginábamos lo que podía sentir alguien al ser comido con zapatos y todo. Enseguida Graciela se vio a sí misma destripada en medio del bosque; se impresionó tanto y fue tan real su experiencia imaginada que ahí nomás se acabó la excursión al zoológico. Perdió momentáneamente el habla porque no habló en el parque y tampoco dijo una sola palabra mientras viajábamos en el colectivo de regreso. Después, en un café de Miraflores, al lado del cine Colina, mientras ella iba haciendo desaparecer un helado dentro de su boca, ya recuperada de la terrible impresión, yo me decía: «No me llamo Norberto si a ésta no me le meto entre las piernas». Le miré con intención las pantorrillas mientras le decía: por qué no te vienes a conocer mi casa, podrás escuchar todos los discos de Mercedes Sosa que quieras. Ella me contestó diciendo que la tía Eulalia se iba de viaje y que a la tía le daban un *party* de despedida. El jueves siguiente la llamé por teléfono. Lo curioso es que aceptó ir un día de estos a mi departamento a escuchar cualquier tipo de música menos a Mercedes Sosa, por-

que la gorda la ponía triste y porque ella no quería estar triste cuando salía conmigo. El timbre de la puerta de mi departamento era una campanita y yo que me había bañado, oloroso bajo la seda de mi bata japonesa, el disco de Mantovani bien bajito, la cama lista, las sábanas limpias y el espejo estratégicamente colocado; las campanitas que suenan y yo que corro a la puerta. Yo gritaba en silencio: entra, entra culito lindo, que ahora sí no te me escapas. No sé si fue la bata, o mis pies bien lavados, o las pantuflas; desde la puerta del departamento se veía el dormitorio como una selva y la cama como la boca de un león. Algo así debió haber sido. Porque ella no quiso entrar. Y allí fue que cometí el primer error: quise forzarla. La jalaba para que entre y ella lloraba y yo me sentía ridículo en mi bata, talqueado, en pantuflas. Tanto gritó que a mí se me quitaron las ganas. Ella salió corriendo a tal velocidad que casi se cae del décimo piso y digo casi se cae porque a mí me dieron ganas de cargarla en peso y arrojarla a la calle.

El ascensor se la llevaba, y yo confiado la dejaba ir: Ándate nomás, le dije en mis adentros, porque el sábado no te me escapas. Y el sábado llegó. El día de la fiesta. Como siguiendo con la tradición, también el sábado seguí cometiendo errores, y el del sábado fue un error más grande que el de los días anteriores. Era una fiesta de empleados de la oficina, de empleados solteros y cuando estuvieron borrachos, vi que Graciela estaba en la cocina preparándose una café. Yo en la sala me quité los zapatos, y, en puntillas, me fui hacia ella. Cuando estuve a tiro me abalancé sobre Graciela. La arrastré al dormitorio y cuando llegamos a la cama sonaron las trompetas de los arcángeles, porque siempre he pensado que esa es la música apropiada para violar a una mujer. Eso hice. Sí. El comportamiento de un bruto se explica cuando uno ha salido con una, y no pasa nada, y después se sale con otra y con otra, y todas te dicen No justo en el momento en que uno ya está loco de las tantas ganas; toda la vida lo mismo: el No como un disco rayado, hasta el momento en que uno ya no se aguanta más. A esa altura del partido uno está solo con Graciela, la agarras como a un animal muerto y la arrastras hasta el dormitorio, y allí, el enloquecido, lucha contra cierres que no se ven, con imperdibles que punzan y con broches que parecen remachados con soldadura. Y es cuando ella grita y llora.

Me levanté de encima de Graciela y un olor a quemado, picante, llenaba todo el departamento. Eso porque ella había estado preparando el café, y porque mientras yo la violaba había estado saliéndose el gas de la cocina, al punto que cuando salí amarrándome los pantalones, el día de la fiesta del sábado que deriva al pretendiente que acompaña a la pretendida a su casa y consigue entrar, se había convertido en el sitio justo que dos amantes frustrados habían escogido para suicidarse.

Diez años pasaron desde ese día, ni yo ni Graciela ya no éramos los mismos. Yo, sentado en el sillón de la sala, ella, caminando por el malecón. Mejor dicho yo sentado en la sala con el periódico abierto y comiéndome una pera mientras Graciela dudaba en abrir la puerta de la casa.

Lo primero que hizo cuando entró fue hacerme aquella pregunta, trayendo un papel

bien sujeto en su mano: Esta nota es tuya o de Norberto, dijo ella muy seria. Mía no es, respondió con la misma seriedad.

Entre el hombre que Graciela recordaba y yo, el verdadero bolondrón no había comenzado todavía. Ella volvió de nuevo a la carga: No mientas, dime, esta nota es tuya o de Norberto. Ya te he dicho que no es mía. Lo increíble del asunto era que para Graciela yo era dos al mismo tiempo: el que fui y el que era. Pero ella no se dio por vencida. Siguió fregando. Por favor dime, esta nota es tuya o de Norberto. No seas cargosa.

No debí de haberle dicho nada, cuando yo le decía cargosa ella perdía los papeles. No debí contestarle porque el Norberto con el que Graciela vivió la semanita romántica de playas y una visita al jardín zoológico se había quedado en el recuerdo de ella y el tal Norberto, tan diferente así mismo. Y ella, allí, con cara de gata resentida, y el departamento oscuro, apenas si entraba luz por los resquicios, y la persiana lucía llena de polvo. Yo, apoltronado en el sillón, el cuerpo tieso, los nervios en punta y a propósito no había corrido la cortina ni tampoco había prendido la luz de la lámpara. Y cuando Graciela decidió ir a darse una vuelta por el malecón a ponerse a mirar el mar, yo, en cambio, me quedé a gusto solo, en la oscuridad, dándole vueltas a lo de Norberto, pensando en mí mismo, recordándome cómo fui.

—¿Cómo está Norberto?—preguntó Graciela.

—Igual —contesté—. Hace rato que no sale del baño.

—¿Dijo sí?

—Creo que sí. No soy yo el que se lo va a preguntar.

Graciela fue la que interrumpió ese diálogo. El pícaro chispeo en sus ojos era porque yo tenía que sacar a Norberto de ese sitio, hacerla volar de la vida de Graciela.

Mi Graciela jaló la cortina y la luz del sol entró en la sala. Era parte de la sutileza de ese juego, sacarme de la oscuridad, que se vea a plena luz que yo no era Norberto.

—¿Qué está haciendo? —preguntó ella.

—Ya te lo he dicho, está en el baño.

—Quiero verlo.

—Déjalo tranquilo.

—No, quiero verlo, quiero verlo —insistió Graciela disfrutando.

Cómo decirle no a la mujer testaruda que quiere ver al que fue su marido, en el baño, eso era algo imposible de refrenar.

En el baño había una ventana lateral con los vidrios nublados, pavonados. Graciela empujó la ventana y la dejó entreabierta.

Norberto, increíblemente nervioso, sus pasos eran medrosos en las losetas frías. Sentí un temblor de pies a cabeza como si lo estuviesen llevando al matadero cuando en realidad lo que hacía era acercarse al espejo. El espejo de Norberto. La verdad. Lo que no había hecho en esos últimos diez años para que Graciela lo mirase como a un bicho raro. Norberto nunca completamente desnudo, escondiéndose en playas y piscinas, con miedo a ser descubierto.

Pero a Norberto lo miraban desde una ventana, desde el espejo del botiquín, mejor dicho él había puesto el botiquín asentado sobre la tapa del *water*, allí, a la altura exacta. Lo has hecho mil veces en tu vida Norberto y de qué te ha servido. Como si cualquier mañana, después de una noche de insomnio, fueses a despertarte, a levantarte de la cama, diferente, otro, acercándote distinto al espejo. Mirándote esta vez Norberto con un último hálito de esperanza, con el último entusiasmo; encontrándose Norberto de nuevo con la misma decepción y en la mitad del espejo los vellos enroscados, y el sexo bien muerto y una parte del muslo y del ombligo. Norberto recordando circunstancias iguales a esa, buscando en su niñez, en su juventud, en sus años de casado; soñando con tener una querida. Y Norberto lo que hacía era ir a fiestas a ver si encontraba la que habría de salvarlo. Si en una fiesta la encontraba, esa mujer otorgada por el azar le iba a proporcionar lo que le faltaba para ser feliz. Pero eso no pasaba nunca Norberto y por eso ibas al burdel, amigo de las putas. Lo hacías y era cuando te sentías un animal, alguien que se suicida, que toma píldoras, que se duerme para no despertar, que se quiere morir. Norberto, un pobre hombre que sólo piensa en morirse. Porque en ese Norberto había alguien que no dejaba de mirarse diciendo: Este no soy yo, yo no fui así, debajo de mi cuello ahora hay otro que no soy yo; y qué soy, un impotente, un medio maricón, un incapaz, un monstruo de la naturaleza. Hasta los perros Norberto, menos tú, porque si quieres puedes ir al zoológico y constátalo, que toda la naturaleza funciona correctamente menos tú Norberto. Esa es la otra cara de Norberto. Es el del espejo y no tú, resistiéndose al suicidio. El que desea cortarse las venas, ahogarse en la bañera, dejar que la sangre chorree en el lavatorio hasta desangrarse, hasta desaparecer; porque ese espejo es un mar blanco, un mar quieto, extendido, Norberto. El resto de la vida mirándose. A cualquiera le podías mentir menos el espejo. Y ya Norberto no podía salir del baño. En cierta manera su muerte poseía la música necesaria, es decir él escuchaba las trompetas de los arcángeles. En ese momento cuando pensabas todo eso, Graciela cerró despacito la ventana del baño. Luego se impuso el silencio. El solemne silencio.

—¿Quieres café? —preguntó ella.

—Sí, pero no muy cargado.

El agua hervía en la cafetera y la cafetera silbaba en la hornilla. Yo lo noté enseguida, ella estaba muy tranquila, moviéndose suave como después de un baño con agua tibia o un masaje. El nervioso era yo. Todo había sido como continuar por la misma cuerda durante diez años y en los siguientes minutos se acababa el largo de esa cuerda para empezar otro rollo, otra película, otro cuento, vaya a saber qué.

—¿No crees que te olvidas de algo...? —¿De qué?

—Has hablado gratuitamente muchas cosas sobre mí...

—Y quieres que te compense.

—Sí.

—Bueno.

Pero no es fácil liquidar a Norberto. Graciela planeó la muerte más sangrienta, la más

inimaginable. Norberto desnudo en medio de la selva. Después, sin que ella diga nada, un enorme león melencólico aparece de entre los árboles y de una sola y primera dentellada le saca una tremenda troncha a Norberto. La fiera se atraganta mientras los zopilotes y las hienas esperan a que el león moviendo la cola se aleje nuevamente hacia la selva. Es cuando una escena sangrienta de ese tipo necesita de un complemento, que en lugar de un león aparezca un tremendo vehículo. Se aproxima por la calle como si un camión también fuese una fiera, pero no es una fiera y aplasta a Norberto que ha salido corriendo del departamento, casi desnudo. Había salido del baño como si ese baño fuese una selva, dejando el gas prendido, ahogándose Norberto que había conseguido romper los vidrios pavonados y salir a la calle en busca de aire puro, de la misma forma como alguien que ha comprado un arma asesina en un establecimiento de artefactos eléctricos, regresa al lugar del crimen para quedarse contemplando la vitrina, el sangriento instrumento. Norberto perseguido por un león, por un camión y por una letal cocina a gas, entró corriendo al edificio, subió al ascensor; cargando el ascensor con el tremendo peso: un león, un camión y una cocina. Norberto se desplomó abriéndose como una flor al estrellarse pero librándose de la muerte el viejo Norberto, porque el nuevo Norberto tenía que haberse quedado suspendido en el aire, como en el limbo, colgado de un fierro, alzando las patas para conseguir trepar después de muchos esfuerzos nuevamente al piso décimo con la cabeza que le da vueltas, con una especie de sueño que no tiene otro color que uno violeta; muy violeta, como es el color de la muerte, cuando Norberto que se ha salvado del león, del camión y la cocina, no le queda otra cosa que arrojarse de ese décimo piso hacia la calle para que la gente disfrute del espectáculo, de la velocidad de la caída, de un muerto tendido en el pavimento, de la misma manera como un cadáver queda en el claro de la selva expuesto como un pobre y desprovisto cristiano a ser carroña de los animales bajos.

—¿Contenta?

—No, te has olvidado de algo.

—Espérate, déjame recordar... Sí, ya sé, me olvidé del ahogamiento en el mar.

—No, deja eso, no sigas profanando la memoria de la pobre Alfonsina.

—No dije nada.

Luego, se escuchó el balazo desde dentro del baño, el die rapidísimo y el olor a pólvora en toda la casa. Ese sonido nunca existió, pero fue como si hubiese sonado trepidante porque en la mente de Graciela y la mía, Norberto ya no era nada y flotaba en un limbo sin regreso.

Graciela sirvió el café, estaba que me lo servía, y yo sentí aquel calor de hembra que ha comido algo raro porque era como si Graciela hubiese rejuvenecido. Nos habíamos librado de Norberto para siempre. Graciela tenía aquel rubor de mujer que ha botado al hombre que no la hacía feliz. Ahora tenía otro hombre y empezaba de cero. Tenía los ojos distintos, como si despertase después de haber estado durmiendo un montón de tiempo. Es muy saludable imaginar la muerte de la persona que se ama, primero imagina uno al primer hombre y después al otro; de los dos el que consigue que la imaginación se haga realidad

gana. Este también es un juego parecido al que pestañea muere.

—¿Ya te cansaste de pensar en Norberto?

—Sí ya me cansé —contesté titubeando.

—¿Ya te cansaste de creer que eres él?

—Sí, también de eso ya me cansé.

—Entonces si de ha verdad te has cansado, chiquito zonzo, ven aquí, pero por favor esta vez apaga el gas, ¿quieres? —dijo Graciela.

(·) Premio “Hispanamerica” de cuento. Universidad de Maryland (Jurado: Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Augusto Roa Bastos)

*El hombre que mira el mar*  
(1988)



## *La multiplicación de las tórtolas*

Siempre he recordado a la primera. Los años no borran su huella. Ahí esta aquella tórtola parada sobre un adobe, mirándome con sus ojos negros y fijos. Le apunté con mi honda y de un certero dispara le asesté en la cabeza. Fue un tiro de suerte. Era un animalito muy pequeño. Quedó de espaldas sobre la tierra, su cuerpo pardo, sus pequeñas patitas temblando. Yo nunca antes había matado nada. Esa fue la primera vez.

Al pasar, unos días después, por aquellos baldíos a la vuelta de mi casa, vi, paradas sobre los adobes, a varias pequeñas tortolitas mirándome. Las maté a todas. Entre las tórtolas muertas me pareció ver a la primera que había matado.

Un tiempo después, al volver nuevamente a aquel sitio, me di con la extraordinaria sorpresa: ya no eran unas cuantas, sino decenas de tórtolas las que caminaban con su paso menudo, hundiendo sus piquitos amarillos de punta negra en la tierra, y entre ellas estaba la primera que yo había matado y las que había matado en la segunda oportunidad.

Corrí a mi casa en busca de la escopeta de perdigones que mi padre me había regalado el día que cumplí los quince años de edad.

Regresé con mi carabina al baldío, y la cacería, la matanza, fue incalculable, indescriptible. Los terrales del baldío quedaron cubiertos de tortolitas muertas.

Sin embargo, cuantas mas tortolitas yo mataba más se reproducían, como si la muerte fuese un incentivo para que se multiplicasen.

Con los años se reprodujeron tanto las tórtolas pardas que ya ni siquiera armado pude acercarme. Pasaba por el lugar, pero lo hacía a una distancia prudencial, sin poder evitar la sensación de que podía ser sepultado bajo el avance de las miles de tórtolas. Y siempre que yo pasaba por allí, ahí estaba, viva, la primera que maté, parada sobre un adobe, mirándome con sus ojos negros.



## *Las tres prendas*

En la cumbre de un cerro pedregoso, tres niños conversaban sentados sobre un pequeño médano.

Decidieron hacer una apuesta. Escupieron sobre la arena.

"Que cada uno se consiga la cosa mas bonita que encuentre y después la trae al cerro", esa fue la apuesta.

Lucas, Gabriel y América, descendieron por la cuesta y se embarcaron en un vehículo; luego, cada uno se encamino a su lugar habitual en la ciudad.

América era vendedora ambulante de golosinas. Lucas trabajaba de ayudante en la bodega de Mario Zunino. Gabriel cantaba melancólicas baladas en los minibuses. Cada uno tenía que traer al cerro una prenda, la más hermosa.

Por ejemplo: un par de guantes de mujer: De fieltro agamuzado con palma de badana, con arabescos labrados en el dorso; de lejos sugerían la forma de una salamandra, y, de cerca, un mosaico de entreveradas figuras geométricas asidas a la muñeca por un broche. Esa fue la prenda que trajo América. Alguna vez esos guantes estuvieron en otras manos, en un esquivo y caprichoso espíritu, y aunque les hubiese parecido absolutamente inverosímil a las personas que tuvieron que ver algo con esos guantes, su destino ultimo fue un par de manos pequeñas que vivían en los arenales circundantes, en las afueras de la ciudad, donde nubarrones de polvo confunden la tarde con la noche. América vestía una chompa con zurcidos, desteñida por el sol, la falda ploma de colegio sucia de tierra y zapatillas blancas caladas. Ella fue la destinataria final de los guantes negros.

Luego de subir al cerro con los guantes escondidos dentro de su ropa, América se los puso y se quedó dormida.

Eran un par de guantes largos y estilizados, de ellos emanaban perfumes muertos, aromas que se habían perpetuado, que terminarían enterrados bajo un manto de arenilla grisácea casi azulada.

Luego que América mostró su prenda, contó cómo la había obtenido. Describió el aspecto de catástrofe que lucía un señorón con cara de conejo en un terno azul a rayas; flor marchita en el ojal y corbata de seda tan mantecosa como el saco. Estaba sentado en una banca del Olivar de San Isidro. América portando una caja con *golosinas y cigarrillos se había acercado al anciano tratando de venderle algo.*

El viejo la miró con los ojos colorados, llorones tras las lunas de sus anteojos. Finalmente, el anciano melifluido y rosado, extrajo de su bolsillo un par de delicados guantes negros: *¿Te gustan?* -le pregunto a América- *Son flamencos, a mi esposa se los regaló su padre cuando mi suegro era cónsul del Perú en Amberes.*

América extendió sus guantes sobre la arena. Eran como dos pájaros negros tendidos sobre un cerro de harinoso talco, y parecía como si la mujer que los había usado estuviera echada sobre la arena, durmiendo. Aquella prenda fue como un reto para Lucas.

El hallazgo de Lucas, no fue menos fructífero: consiguió una prenda exquisita. En el lugar donde trabajaba Lucas, en una bodega donde se vendía no solo licores sino abarrotes, comerciantes minoristas jugaban al pocker en silencio. Lucas, -como aturdido por un aroma que le devolvía bosques casi olvidados- que dormitaba en la trastienda donde en el suelo resplandecían las vetas blancas de harina derramada, había escuchado un ruido casi imperceptible, el de una gallina, algo parecido al gañido de un ave. Los tenderos jugaban sentados alrededor de una pequeña mesa, los iluminaba un foco de luz feble. Y solo se oía el engrane de las cartas al ser barajadas, y casi imperceptible ese piar: el trino quedito de un pájaro. Mientras Lucas se ovillaba para dormir, algo se movió entre los costales de harina. Los ojos de Lucas, acostumbrados a la falta de luz, vieron el inconfundible contorno de un pavo real. El ave estaba oculta, cautiva, atada de una pata. Sin dejar de presionar cuidadosamente el grácil pico, con la pericia del que ha sido campesino, con la otra mano desató al animal. Cargando en vilo al pavo real, Lucas se abrió paso deslizándose entre las hileras de sacos de harina. Con agilidad ganó al pasadizo que recorrió en punta de pies. Ya en la tienda fue consciente de lo que llevaba entre sus brazos. No iba a poder ser superado: mejor prenda nadie podía encontrar. Salió a la calle cerrando suavemente la puerta metálica. Antes de salir, Lucas, oyó que el tendero Zunino dijo: "apuesto lo ultimo que tengo: un pavo real importado de China".

Era una noche fría. En el jirón aledaño, Lucas continuó cargando con el pavo real. Lo llevaba en vilo. Lo cargó a través de la ciudad. Rendido por el esfuerzo llegó exhausto al arenal. En el camino miles de ojos se maravillaron viendo el magnifico cargamento de ese niño que para mas curiosidad tenía la cara cubierta de harina.

Cuando Lucas mostró su prenda a América y a Gabriel, ellos exclamaron asombrados ante la belleza del animal. El pavo real, al principio adormilado, un poco como que se tambaleó, pero luego el aire fresco del cerro hizo que se recuperara. Dio unos cuantos pasos. De pronto, se quedó quieto sobre un médano cuya arenilla parecía aun más azul bajo una inmensa luna llena, muy amarilla. El pavo real desplegó su inmensa cola de ojivas purpuradas. América lloró derrotada, sus guantes negros se empequeñecieron casi hasta desaparecer.

A su turno, Gabriel, no quiso dar detalles sobre lo que había hallado; no quiso decir que era, de dónde lo había traído ni como lo había conseguido. Tenía su tesoro en un costal de yute. Cuando por fin tuvo que mostrar su prenda, abrió la boca del costal y ante el

asombro de Lucas y América apareció un niño. Un hermoso niño rubio, de rulos bermejos y despiertos ojos verdes, vestido íntegramente de amarillo, como un fragante limón. Tendría tres años, no más. Era rollizo, risueño. Y ante esa prenda ninguna otra podía exhibir mayor magnificencia, nada se le comparaba.

Los guantes negros tuvieron un fin poco glorioso. América, luego de usarlos en un par de inviernos particularmente neblinosos, los arrojó al arenal. Allí, los guantes, ya algo viejos por el uso que le había dado América, se secaron, los calcinó el sol, los blanqueó, se fueron deshaciendo hasta que se convirtieron en polvo, polvo transportado por el ventarrón de los desiertos.

El pavo real fue conservado por los muchachos todo el tiempo que pudieron mantenerlo en vida y el esplendor de su cola desplegada fue la mejor alegría en la vida accidentada de esos tres niños.

Sobre el destino de la tercera prenda aun no se puede decir nada de manera tajante. Ha crecido, vaga por los arenales. Crece mezclándose entre la gente. Su destino último todavía no se ha decidido.

## *Aves del limbo*

Nuestros padres eran como nuestras casas: se cruzaban en un pasadizo, cientos de veces, con mucha malicia.

El padre de Bertha volvía de su trabajo y se sentaba en la mesa, en la pequeñísima sala-comedor. Abría el periódico. Lo hojeaba suavemente. Bertha tenía once años de edad. La voz de su padre, un rumor lejano, ininteligible, llegaba a mí deslizándose entre los resquicios de la madera. Estábamos metidos dentro de un ropero. Con Bertha mirábamos por un huequito de la madera. Al atardecer, un pájaro voluminoso entraba a la casa y picoteaba la cara del padre de Bertha. Tétrica ave de canto estridente. En la cama, en el dormitorio contiguo a la sala-comedor, continuaba picoteando el cuerpo del padre de Bertha produciendo un extraño ruido, como un siseo.

Luego de un rato Bertha me dijo: "Escucha, escucha". A lo lejos se propagaba un murmullo parecido a un gorjeo.

Yo, niño, imaginé el vuelo de aquellas aves invisibles. Entraron en mi cerebro, siguieron volando allí como en un cielo repleto de neblina. Era un vuelo que sentí infinito, que supuse jamás podría describir: un vuelo indecible.

El ave inmensa se irguió. Empezó a batir sus alas. Yo vi cuando las desplegaba. Suave se desprendía de su cuerpo la pelusa.

De repente, mi madre se quedó quieta. Ya se iba, se detuvo. Se acercó al ropero y puso su ojo en la pequeña hendedura. Yo tampoco me moví. Su tremendo ojo y el mío quedaron uno frente al otro.

Después que mi madre salió volando por la ventana. El padre de Bertha se durmió. Bertha y yo salimos de nuestro escondite y nos fuimos corriendo a la calle.

## *La huaca*

Junto a la casa, que mi padre adquirió pagando durante años un préstamo a una mutual, se posaba silenciosa una huaca. Un templo de adobe en un baldío entre postes de luz y veredas pavimentadas, junto a terrenos demarcados por zanjas divisorias no muy profundas.

La nueva casa quedaba a media hora en ómnibus de nuestra antigua casa. Durante una año entero estuvimos yendo los fines de semana a ver como avanzaba la construcción. Finalmente llegó el día que terminaron de erigir el casco de ladrillos, se habilitaron los acabados. Y ahora lo comprendo: mudarse a los diez años de edad impregna de una marca indeleble de agitación e inquietud. Para el traslado definitivo mi padre alquiló los servicios de un camión viejo; luego de atravesar barrios laberínticos que olían a cera y baldíos ventosos, llegamos al atardecer.

Ya instalados definitivamente en la casa nueva, supe que la huaca era diferente de día a luego de oscurecer: un cumulo desigual de tapias de adobe erosionadas por el viento cobraba vida de noche.

De día el edificio tenía la forma de un cerro montículo; entre el polvo asomaban los filos de los terraplenes; los muros discontinuados rodeaban un terregal fofo que con el paso del tiempo había sumergido habitaciones y pasadizos, poyos y balaustres. Pero de noche, adentro, se escuchaba un silbido apenas perceptible.

Mi casa y la huaca eran ajenas una a la otra. La huaca aún de cerca, de bastante cerca, parecía un pequeño cerro de greda. A su pie, clavado al suelo había un letrero descascarado.

### **PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO**

#### **Prohibida la entrada**

En cambio, mi casa olía a pintura fresca. Arrumadas en la parte posterior continuaban los andamios de los tarrajeadores; también había viruta regada sobre el parquet de la sala y en el comedor. Mi madre revisó la terracita donde tomaríamos desayuno en el verano. Mi padre se veía a si mismo frente al jardín leyendo el periódico en una perezosa. Yo corrí hacia los altos y subiendo las escaleras de dos trancos llegué a un cuarto que intuí como mío. Era una habitación bien iluminada. La ventana ocupaba media pared. Desde allí se veía entera la huaca.

Como ya dije, de día era solo una loma de tierra pulvurulenta, pero de noche, tal vez para que el viento hacía girar el polvo en diminutos remolinos, el edificio de adobe parecía moverse.

Para entrar esperé un par de días, largos días de suspenso, de noches blancas. A media mañana, del tercer día, luego de trasponer el umbral de entrada de la huaca, descubrí un caminillo terroso alguna vez recubierto por lajas. Al doblar la primera esquina continuaba la vía, se ensanchaba un par de metros. Al llegar a la segunda esquina, donde era lógico encontrar un aposento, había un tercer pasillo. Al fondo de ese pasadizo bastante ancho, se asentaba una choza fabricada con esteras quemadas por el sol, sostenida sobre cañas de Guayaquil. En el techo las calaminas rajadas, casi tapada por el viento arenado. Un perro manchado dormía en la puerta de la choza. Al verme se paró de un brinco: era puro hueso y pellejo, pero no por eso menos bravo. Habría clavado sus filudas fauces en mi cuello sino hubiera sido por la intervención veloz de un niño. Descalzo, casi semidesnudo, salió corriendo de la choza y contuvo al perro cogiéndolo con ambos brazos del cuello.

Se llamaba Ampelio. Tendría aproximadamente ocho años de edad. Al responder a mis primeras preguntas Ampelio no supo o no quiso decirme donde trabajaba su padre: "Se va bien de madrugada y ya vuelve cuando es bien de noche".

A mi me habían prohibido entrar a la huaca. A Ampelio, su padre no tenía madre le había prohibido salir. Él jamás asomaba fuera de la huaca durante el día. Su padre tenía temor a que fueran descubiertos. Ya que, como inquilinos precarios, secretos invasores, habitantes clandestinos de una zona arqueológica, eso les podía costar ser arrojados del único sitio que habían encontrado para vivir. El riesgo aumentó con la aparición de los nuevos vecinos, con nuestra llegada. Podíamos delatarlos. A mi padre le había parecido ver gente que entraba allí adentro, y por esa, y otras razones, que lindaban con la superstición, mis padres me prohibieron terminantemente entrar a la huaca.

A altas horas de la madrugada, mi padre se levantaba de la cama y sacaba de una caja acolchada su acordeón Scandalli y se sentaba en la mesa del comedor. A oscuras tocaba melodías en su acordeón hasta que amanecía. Aun hoy, cuando escucho canciones como Ojos Negros, Domino, Candilejas, o La Paloma, recuerdo a mi padre tocando su acordeón con fuelles mientras mi madre y yo sin poder dormir manteníamos nuestros ojos abiertos a lo largo de la noche.

Mi padre tenía el acordeón apenas sostenido de un brazo por el grueso correaje negro, ambas manos caídas a los lados, su pelo gris en desorden, sus dos ojos abiertos como los ojos vidriados de un toro sin vida.

Viendo desde mi ventana el cúmulo de tierra que el viento hacía girar en casi imperceptibles remolinos, comprendí que algo prodigioso ocurría entre las dos casas.

Era muy de noche, Ampelio estaba subido sobre el muro de la huaca. Allí estuvo hora tras hora mirando hacia mi casa con la misma fascinación con la que yo observaba la suya.

Yo volví a entrar a la huaca sólo una vez más, un par de meses después. Dos meses esperé parado ante el umbral de la huaca mientras oía la música de acordeón que parecía prolongarse con el viento por encima de los arenales -al entrar comprobé que ya no existía la casucha ni las personas que la habían habitado. El lugar donde estuvo la casa era un espacio lisa, como si el lugar hubiese sido barrido con una escoba.

Con el tiempo, el baldío se pobló de las casas previstas: edificaciones de cemento y ladrillo envolvieron completamente el lugar. A la huaca la rodearon con una malla de alambre.

## *El hombre que mira el mar (\*)*

Una cruz blanca al pie de la carretera indica el lugar. Antes de internarme por el desvío de arena apisonada, me detengo a contemplar aquella cruz y la guirnalda reseca de papel crepé espolvoreada por el asperjón del desierto. ¿Quién soy a esta altura de la vida? ¿Vale la pena mi existencia? ¿Cuánto rescato de cada día que vivo? Eso es lo que me lleva con frecuencia a una playa desierta al sur de la ciudad. A veces voy a caminar por la arena. Todo se acomoda a esa obsesión mía: cada detalle y también lo añadido al paisaje árido, me pertenece. Me pertenece con toda su minuciosidad. La peña sobre la que se posa la espuma, el patillo que se zambulle en el océano, la más ínfima de los granos de arena: un grano de arena gris sobre el que sopla el viento del sur. La luz del sol parece vidriar la verdosa superficie brumosa del océano. Soy el hombre que mira el mar.

Así hubiera querido ser llamado. En el fondo del mar vive la gran medusa; es inconmensurable, majestuoso su movimiento lento en el agua, la tranquilidad gelatinosa con que se desplaza, su antigüedad, su perseverancia, y el reflejo del sol en el hongo cristalino que es su cabeza.

Debajo del acantilado está la pequeña franja de playa desierta. En verano se cubre de coloreadas sombrillas. En invierno es una línea de arena cubierta de manchas negruscas de lantano. Y mientras desciendo por el acantilado siento el silbar del viento y veo los remolinos de arenilla que aquella brisa yodada revuelve sobre los médanos.

Es una tarde cualquiera de media semana de un día de mayo. En verano la gran medusa migra hacia lugares remotos. Vuelve con el agua fría. Ese día, luego de caminar un rato por el filo del acantilado, bajé a la playa como siempre lo hacía y me senté en la arena. Miré hacia el agua, con paciencia. Media hora después alcancé a ver una silueta: un perfil apenas delineado.

Desapareció rápidamente entre las ondulaciones del agua. Unos minutos después, inmensa, blancuzca, emergió ligeramente al levantarse una ola.

El mar estaba picado y miles de medusas, de todos los colores nadaban a la deriva en la corriente.

Me paré y corriendo por la arena húmeda de la orilla me introduje en el mar embravecido. Me zambullí debajo de una ola. Cuando emergí flotaba, ya sin piso. Sucede siempre de la misma manera: me arrastra una potente correntada y el empuje de olas de

grandes crestas. Y cuando ya me he internado lo suficiente como para sentirme en medio del mar, mi insignificante existencia siente que es parte de un todo.

Suelo nadar sin dirección fija. Nado internándome cada vez más en lugar de salir hacia la orilla. Soy parte de la corriente que me jala. No me resisto. Floto a la deriva.

Voy hacia la medusa. Siempre ocurre igual: estoy por hundirme, al borde del agotamiento total, cuando, muy cerca a mí, la veo. La percibo. La siento. Empiezo a experimentarla. Destaca en la coloración verduzca, a veces azulada del agua. Yo diría que es como un gelatinoso cristal que despide tenues destellos. Está allí, como contenida, como agolpada, como un ave sumergida de excepcional tamaño, como un banco de arena.

Se hunde un poco en el agua justo como para permitir que me encaramo sobre ella. Cuando estoy encima percibo su constitución porosa: su cuerpo contiene miles de esporas, innumerables ventosas. Siento que transmite a mi cuerpo su ondulante movimiento. Y mis ojos se nublan, se vidrian por el reflejo de su cristalina superficie. Sus largos cabellos los concibo como estriados tentáculos que flotan como mecidos por los vientos submarinos. Lo más significativo de mi vida parece expresado por el pausado navegar montado sobre ese pólipo opalescente.

Mientras emprendo el regreso, mientras navego lentamente hacia la orilla, transportado por ese sentimiento de indescriptible tranquilidad y sosiego, siento el vuelo de las aves que en triangulo vuelan hacia las islas al sur. La medusa es el sol incandescente. Y el regreso, después de haber estado con ella, tiene la plenitud y la calma de la noche azulada y el sobrecogimiento ante las estrellas.

La medusa me acompaña, a veces hasta la puerta de la vida en tierra, para luego internarse nuevamente en el mar. A veces se queda flotando como mirándome. Volteo a verla mientras camino por la arena, y la dejo allí, como echada sobre el agua, como durmiendo tranquila, como si en sus labios quedase una sonrisa de satisfacción, con sus largas extremidades extendidas sobre el inmenso lecho, a la deriva en el océano.

(\* )Incluido en la antología “17 fantásticos cuentos peruanos. Vol I” Gabriel Rimachi y Carlos Sotomayor. Editorial Casa Tomada, Lima, 2008.

## *Dos cuentistas*

A1 volver del colegio, enseguida me dirigía a la cocina. Jonás estaba aguardando. Jugábamos hasta quedar exhaustos. Luego, al caer la tarde, nos sentábamos en los peldaños de la escalera que conducía a la azotea. En ese momento empezaba la guerra de las historias.

Una tarde, Jonás, le tocó el primer turno y contó sobre un guerrero valiente que escalaba una montaña altísima para conversar en la cima con un espíritu más poderoso que el cielo. Fue la última tarde, la tarde que nos contamos todos los cuentos que cada uno llevaba dentro. Cuando me tocó a mi, dejé boquiabierto a Jonás. Respondí a su cuento del guerrero que conseguía su fuerza de conversar con el espíritu de un cerro con una historia que acostumbraba contar mi padre: la del pintor ruso Washinkenko. Era un ruso errante que visitó el Perú a principios de siglo, ese pintor rubio y greñudo había participado en la guerra ruso-japonesa y mientras pintaba entretenía a sus modelos contando, en un español pésimamente mal pronunciado sus aventuras en esa sangrienta guerra en la que los rusos se batieron contra feroces japoneses que asediaban las trincheras como hordas de malignas moscas. Washinkenko pintó al óleo a toda mi familia. Jonás continuaba con la boca abierta mientras yo contaba. Creí difícil que él pudiese inventar una historia mejor. No podía ganarme. Fue entonces que Jonás relató la para mi extrañísima historia de un hombre que se transformaba en puma al surcar una estrella fugaz por el cielo. Se trataba del padre de todos los pumas, el que no había podido reconvertirse en hombre, y como lo mismo le pasaba a los pumas, ese puma era el padre de todos los hombres: el hombre que no había podido reconvertirse en puma. Era una historia demasiado complicada para el entendimiento de un niño.

Yo no sé si Jonás inventaba sus relatos. Decía que se los habían contado sus mayores. No le creía pero tampoco confesé mi verdad: que yo repetía las historias que en casa contaba mi padre.

Todas las tardes, Jonás y yo, en la escalera que conducía a la azotea -donde se encontraba su cuarto- no parábamos de alternar historias sumidos en una ardua competencia que no tenía cuando acabar. Así hasta que llegó la última tarde, la tarde de todos los cuentos. Esa vez, luego de la historia de los pumas que se convertían en hombres, me tocó nuevamente mi oportunidad y conté una de mis preferidas: la hazaña del más grandioso de los toreros: El Gallo. El Gallo había decidido encerrarse solo con seis toros en la arena de Acho y todo Lima había ido a la plaza el domingo para apreciar con sus propios ojos al portento de la tauromaquia. En el momento del paseíllo un gallinazo, negro como

un cuervo se había parado en el centro del redondel y convencido el Gallo que se trataba de un ave siniestra, del ángel de la muerte, no había querido salir a torear. En los tendidos su actitud había armado el escándalo, y por orden de la autoridad el matador había ido preso, conducido por dos policías bajo una lluvia de almohadillas. Mi historia no fue del agrado de Jonás. Molesto, formando un rictus en sus labios carnosos, contó otra historia que a mi tampoco me causó ninguna gracia: El cuento de un animalito que tenía un hocico pequeño y puntudo y una lengua muy larga y delgada como una aguja; era un animal del tamaño de un conejo, como una vizcacha y buscaba a los hombres dormidos y sus patas eran como de seda. Se acercaba despacito a los que tenían la costumbre de dormirse en los campos. El animalito encontraba al inocente durmiente en el pajonal y luego de introducirle su pico puntudo, su lengua como larga aguja por la oreja, le chupaba todo el cerebro a su víctima. "Así es como se loquean los hombres en la sierra" dijo Jonás.

Cómo competir con una fantasía como esa. No es que no me gustaran sus historias, me parecían formidables. Creo que las mías también impactaban en Jonás. No aceptábamos que nos gustaban porque había que superarles contando una historia mejor. La última de Jonás, la del animalito come-cerebros, era extraordinaria y me había puesto en un serio aprieto. Yo iba a contar sobre el día que el primer automóvil que hubo en Lima dio varias vueltas por la Plaza de Armas, de como se arrodillaron y se santiguaron las matronas ante el anticristo que había adquirido la forma de maquina que rueda, pero guardé ese relato para otra oportunidad. La vizcacha come cerebros requería un cuento de su calidad. Tuve que recurrir a lo más selecto de mi repertorio. En realidad, era una historia que contaba mi madre en secreto y con alborozo, una aventura que vivió mi padre, cuando, con mi madre, fueron de jóvenes a una fiesta en el teatro Segura, a un baile de carnaval.

Mi padre, en la fiesta, se había quedado prendado de una colombina, que, por supuesto no era mi madre. Durante horas, el fogoso galán, mi padre, había asediado a una jovencita sin importarle que su mujer estuviese presente. El desenlace era lo mejor, tragicómico. Casi al final de la noche, luego que mi padre bailó muchos los boleros románticos con la colombina, ella, con el maquillaje corrido por tantos besos y mordiscos que le había dado el asediador, abandonó de improviso el ring de baile. Mi padre excitado la había seguido, probablemente para besarla en algún discreto rincón. Corría tras ella, cuando, ante la estupefacción del conquistador, la coqueta colombina, ingresó muy campante al baño de caballeros: levantándose la falda, los brocados y encajes, la colombina orinó de pie en el urinario de varones.

Luego que terminé mi historia, Jonás me miraba con estupor. Casi tartamudeando protestó airadamente diciendo que mi cuento no era una historia sino una cochinada.

"Todo vale" grité.

Me miró furioso, comenzó a contar. Empezó mi derrota. Era el cuento de una señora que había traicionado a su marido. El romance de una vieja con un muchacho. Se encontraban en una cueva. En la cueva se escuchaban los gritos de placer de la mujer y el

eco se oía en todo el valle. En un giro inesperado Jonás describió con detalle la manera como el marido burlado había descuartizado a la mujer adúltera fragmentándola con un enorme machete y como había repartido los trozos por diferentes cerros. El desenlace era fulminante. Al burlador, el burlado le había enviado los senos de recuerdo en un costal y luego de una búsqueda en la que participó mucha gente, no habían encontrado la cabeza. La cabeza de la mujer decapitada se le aparecía flotando en el aire a las mujeres infieles y les mordía los senos. El terminó de contar. Yo lo miré aterrado.

No podía con la vida. Jonás era de una imaginación sin límites; no se amilanaba ante los desafíos y sus recursos eran al parecer inagotables. Nunca le iban a faltar historias y siempre mejores que las mías. Me había derrotado. Me iba a superar siempre. Él mostraba una sonrisa de triunfo como un cuchillo en los labios.

Me paré de esas escaleras para nunca más volver. Jonás se quedó en esa cocina, atrapado en la barriga de una ballena.

## *El pianista negro (\*)*

Además de los trabajos a los que estaba obligado para cumplir con mi tesis de postgrado (sobre Husserl) no me interesaba en la vida otra cosa que estar en mi cuarto, sentado en un sillón, imaginando. Y por supuesto, edificaba historias, relatos que surgían en mí, presurosos, a partir de nimios detalles que desenrollaban un cuento dormido en mi cerebro. Esa era mi forma de vivir, pasarme el día imaginando unicornios, sirenas y centauros y por supuesto seres humanos: una serie incontable de seres vivientes; cabezas misteriosas, rostros ambiguos flotaban en mi particular delirio, personajes que adquirirían vida en mis historias. Una pregunta me asediaba: ¿Era yo capaz de imaginar el rostro de alguien que no había existido nunca? Este preámbulo lo he creído necesario para ambientar lo que voy a relatar inmediatamente. Se trata de una historia sobre un pianista negro que no sé si realmente conocí o si fue alguien que mi imaginación inventó.

### I

El viaje entre Bruselas y Amberes que yo realizaba a diario, acicateaba mi fantasía. Ahora sé que lo imaginario puro no existe. La historia que voy a contar relata un hecho que prueba su vinculación con lo real. Un día de octubre de 1976, yo era un sudamericano solitario, viviendo en un mundo al que pertenecía y al que sin embargo era completamente extraño. Miré por la ventanilla del tren: el barrio judío de Amberes corre paralelo a la estación del tren y hombres de largas barbas y sombreros altos y negros caminaban bajo letreros de firmas comercializadoras de diamantes. Se me había acabado la beca, y no había terminado mi tesis y por tanto tenía que ganarme la vida haciendo lo que sea. Me merecía aquellos ratos largos de evasión de la realidad. Gastaba energía en sobrevivir. Muchos de los latinoamericanos en Europa para subsistir nos veíamos obligados a ejercer oficios raros: había bolivianos que se ganaban el pan y el vino reemplazando focos malogrados en los postes a lo largo de centenares de kilómetros de autopistas alemanas. Conocí un uruguayo profesor de filosofía que trabajaba de campanero en la Iglesia de Saint Nicolás de Chardonnet, en el barrio Latino de Paris, perdió el empleo expulsado por las hordas de Monseñor Levfebre, que con los miembros de la reaccionaria Acción Francesa tomaron aquella Iglesia para reclamar en favor de las misas oficiadas en latín. Muchos argentinos vendían su sangre en los hospitales luxemburgueses; y pálidos hondureños servían de cobayos en Bruselas para probar medicamentos en fase de experimentación; chilenos exilados laboraban tras las cunetas de las autopistas, al pie de los prados, pintando de blanco la mitad de los tallos de abetos y alerces para que no se trepen los insectos hambrientos a devorar las espléndidas hojas. Venezolanos para ganar el dinero suficiente

que les permitiese comer trabajaban cronometrando el paso de los automóviles alrededor de las plazas suecas; costarricenses surtían agua y papel higiénico a despampanantes rubias flamencas que ejercían la prostitución exhibiéndose en escaparates. Y, sin embargo, a pesar de este recuento estrambótico de oficios, no creo que haya habido uno más descorazonador que el que yo desempeñaba en Flandes. No era la primera vez que yo ejercía un quehacer estrafalario. Fui siempre un penoso coleccionista de oficios raros: en París paseé perros falderos, rotulé sobres, hice de mandadero de solitarios inválidos, les hacía las compras y me daban una propina. Hasta fui acompañante con maracas de trashumantes cantantes de boleros tropicales en aquellos laberintos que son los túneles del Metro de París. Luego, ya establecido en Bélgica, continúe incrementando mi currículum con más empleos raros: fui vendedor de papas fritas en Leuven, lazarillo de ancianos ciegos en Bruselas, vigilante de supermercados en Lieja, ayudante de cocina en los comedores universitarios de Lovaina la Nueva. De cachuelo en cachuelo, en un viaje inacabable, y todo ese interminable esfuerzo destinado a un solo objetivo: obtener un título de post-grado, para así poder ostentar a mi regreso el membrete académico de doctor; pero con tanto trabajo y tanta energía malgastada en sobrevivir que podía decir de nuevo sobre la obra de Husserl. Allí estaba mi tesis, durmiendo. Inacabable era la palabra clave. Así hasta el día que llegué a ejercer el oficio que considero fue el más denigrante de mi colección: el de desinfectador de cuartos de hospital. En eso trabajaba yo en el hospital de Malowe.

Malowe es un villorio pequeño y amable dedicado casi exclusivamente a su no poco famoso hospital; enclavado en un bosque de coníferas. A Malowe se llega desde Bruselas en tren itinerario luego de media hora de viaje. El trayecto entre la estación y el sanatorio demora 15 minutos en condiciones normales en un pequeño tranvía rojo. Pero uno puede llegar, de otra manera: moribundo, a la sección emergencia del hospital, transportado en una ambulancia.

## II

No basta describir con un par de palabras como llegué a Malowe, debo contarle con más detalle. Viajaba yo de Amberes a Bruselas en tren, confortablemente instalado en un vagón para fumadores, imaginando animales fantásticos, seres de toda laya y trenzando historias, cuando, en una estación intermedia, entró a mi cabina un negro muy delgado; no traía mas equipaje que un bolsón de mano.

Aquel negro, ojón y algo jorobado se sentó frente a mí, junto a la ventanilla. Le miré las manos, tenía los dedos muy largos y curvados hacia arriba. Supuse por deducción que era pianista. Un músico americano. Comprobé su nacionalidad cuando a requerimiento del controlador sacó su boleto que tenía metido dentro del impermeable azul norteamericano, inconfundible. Americano, pianista, negro. Era lógico suponer que se trataba de uno de

esos *Jazzman*, de los que como búfalos errantes, año a año, viajan a Europa desde las tundras americanas, tumbas de soledad y racismo, en busca de solaz en el viejo mundo siguiendo la huella otrora dejada por aquel bisonte negro que fue Sidney Bechet. Su abrigo de gabardina era de un azul reluciente, muy bien moldeado a su cuerpo como suelen ser los sobretodos americanos. Cada detalle era un dato para mi afiebrada imaginación.

El tren disminuyó la velocidad al ingresar a los arrabales de la ciudad de Malinas. El pianista extrajo su maletín del enrejado sobre el asiento y descendió del tren. Tenía que ser pianista, sólo alguien con un oficio así podía tener los dedos de las manos tan largos y tan volteados hacia arriba. Pero, ¿que podía hacer un negro americano pianista en un pueblito como Malinas?

El tren volvió a partir. Volví a quedar solo en la cabina. Encontré, luego de pensar un buen rato, una respuesta paliativa al enigma de la presencia de un negro pianista en ese lugar. En alguna parte yo había leído que Malinas era el pueblo oriundo del tronco familiar de Beethoven, que era de origen flamenco y no alemán: *van* Beethoven, y no *von*. El negro pianista estaba en peregrinaje musical. Los campos de Bélgica habían sido cubiertos de una nieve azul añil. Eso es lo último que recuerdo: la nieve que se va tornando cada vez más azulina. Luego, la nieve, es un océano que se nubla. Perdí el conocimiento.

Fue de esa manera, algo singular, como llegué a Malowe. Cuando desperté me transportaban en una camilla rodante. Me habían bajado del tren y me llevaban de urgencia al hospital más cercano. En el hospital de ese pequeño pueblecito flamenco fui conducido por un túnel subterráneo tapizado de gruesos cables y luces de neón. Al día siguiente de mi internamiento me ubicaron en una habitación bastante iluminada y ventilada. El aire entraba por un gran ventanal que daba a un bosque que parecía ondular al viento. Los médicos de Malowe no solo diagnosticaron acertadamente mi enfermedad y la curaron, sino que descubrieron mi indigencia y trataron de ponerle remedio. Fue así como conseguí ese trabajo de desinfectador de habitaciones en el sanatorio de Malowe.

### III

Ha llegado el momento que hable del pianista negro. Preparaba yo los instrumentos que me son necesarios para mi trabajo, cuando, de pronto, escuché, a lo lejos, el inconfundible sonido de un piano. Meses atrás, el músico de jazz, Taylor Dublín había sido internado grave, en estado calamitoso, en el hospital de Malowe.

Debió de tener el pianista una colección de dolencias de índole orgánica, pero, para mí, la enfermedad real consistía en dar respuesta a esa melodía disonante que resonaba en su interior, esquiva, y que Dullin no podía trasladar al piano. A su manera me lo dijo, luego de aceptar mi amistad. Fue esa la razón por la que dejó de tocar en público, ese fue el verdadero motivo por el que había abandonado los Estados Unidos. No tenía deseos de comer, por esa razón bebía y se drogaba. Yo logré inspirarle confianza y fue la única

persona en Marlowe en quien confi6. Esa melodía inarmónica que resonaba en su espíritu lo fue carcomiendo hasta que ya casi hecho una piltrafa humana fue internado en el hospital de Malowe. Solía permanecer en silencio horas enteras, con sus ojos abultados y tristes mirando la nieve. Y yo no solo me gané su confianza sino que logré lo que parecía imposible: que Taylor Dullin volviese a tocar. Lo convencí para que lo intentara una vez más, y así lo hizo en un viejo piano que había en la sala de billar del sanatorio. En aquel pequeño saloncito de paredes con ventanas de vidrio, en aquella habitación, que era como una pecera iluminada por un foco de neón, Taylor Dullin tocó la misma melodía durante algunos días, variantes y más variantes, sumido en una improvisación farragosa que acompañaba con un canturreo, con un murmullo que brotaba áspero de entre sus dientes amarillos.

Paraba sentado en una silla de ruedas, en la terraza, en el solarío contiguo a las habitaciones de los pacientes, mirando hacia la noche, hacia el cielo estrellado con sus pupilas acuosas. Yo entraba a verlo luego de la hora de reposo obligatorio, al atardecer. Era poco locuaz. Y a veces se ponía eufórico, otras veces, con repentinos cambios de humor, muy triste, sin que nadie adivinase la melodía inarmónica oculta que lo carcomía.

Tenía salidas inesperadas, sorprendentes diría yo. Un día muy exaltado, con euforia me dijo:

*Amigo, peruvian, peruvian like you*, y después de decir eso empezó a dar de saltos remedando una curiosa danza; al parecer para Dullin se trataba de una danza incaica. Era una danza grotesca y ese bailoteo no me causaba ninguna gracia.

*Amigo, africano, africano*, dije y comencé a bailar imitando a un Zulú enardecido. *Amigo africano, amigo blackman of África*, decía yo mientras bailaba.

El no me hizo caso. Siguió bailando con frenesí hasta que cayó de bruces al suelo. Echado en el suelo no dejaba de decir: *Amigo, peruvian, peruvian*.

Desde ese día una amistad cómplice se intensificó entre nosotros. Le dije que *peruvian* en español era peruano y en broma empecé a llamarlo "peruano".

*Hola peruano. Cómo estas peruano*, y eso le causaba a Dullin una satisfacción que le hacía sonreír con los ojos. Comprendí que cuando miraba al cielo miraba hacia la libertad inalcanzable.

Una noche, Taylor Dullin y yo saltamos el muro de ladrillo que rodeaba el sanatorio. Atravesamos el bosque de alerces adyacentes y no paramos de caminar en silencio hasta llegar al pueblo de Malowe, hasta encontrar las luces de un bar.

Taylor Dullin y yo bebimos en la penumbra hasta que tambaleantes salimos del bar cargando con una botella sin abrir, continuamos nuestra imparable borrachera sentados con nuestra botella sobre la nieve.

Los dos terminamos tumbados en el suelo, inconscientes: nuestras caras oscuras se recostaron sobre la nieve que refulgía blanquecina bajo el sol. Cuando se percataron en el hospital de nuestra ausencia ya fue tarde. A mi pudieron salvarme, pero no a Taylor Dullin.

Al entierro del pianista negro solo fueron su médico tratante y un par de enfermeras.

Como corolario puedo decir que tuve la suerte de ser dispensado de la tarea de desinfectar la habitación de Taylor Dullin. Con la muerte de mi amigo pianista comprendí que mi trabajo solo me había proporcionado pesadumbre y confusión. Tampoco mis investigaciones sobre la filosofía de Husserl no había sido un consuelo. No había sido nada importante, solo me habían servido para aumentar mi confusión y mi soledad. Comprendí que el verdadero conocimiento era el que originaba la experiencia inmediata, una imagen intensa: como, por ejemplo, el pianista negro muerto y tendido sobre la nieve. Las manos de dedos largos y curvos, yaciendo muertas sobre aquella nieve que refulgía bajo la luz amarillenta del invierno. Taylor Dullin de bruceas sobre ese manto frígido: pálido, su cara con protuberancias y nódulos, sus párpados hinchados, su boca entreabierta. Aquel cuerpo negro, agonizando en la nieve blanca era un reflejo de mi mismo, como una metáfora de lo que yo había sido en la vida: un ser de rostro oscuro, tirado sobre la nieve estéril.

Muerto el artista sin poder reencontrarse con la melodía perdida, lejos de una patria que para el no fue nunca verdaderamente patria. Algo que vivió para no dejar de morir. Al reflexionar sobre esa experiencia intensa comprendí, al fin, quién era yo.

El resultado de esa experiencia se hizo patente en mi vida. Pareció concentrarse en un instante: en algo que ocurrió en fracción de segundos en el tiempo escaso que demora un tren en cambiar de una vía a otra.

#### IV

Eso fue lo que ocurrió. Debí de haber vivido durante un larguísimo minuto en el centro de un territorio indefinible. Eso fue lo que pasó. Me desmayé y mi imaginación continuó trabajando en mi inconsciencia.

Cuando volví a abrir los ojos, el tren acababa de salir de la estación de Amberes. Todavía alcancé a ver los letreros de los talladores de diamantes en las paredes de adobón de los inmuebles vecinos a la estación, en el barrio judío.

Descendí en la estación de *Midi* en Bruselas. Luego hice lo que hago cada vez que llevo a Bruselas antes de irme a mi casa: pasear por la avenida principal de la ciudad, por la Anspach Straat, viendo vitrinas. Allí estaba nuevamente el pianista negro en un afiche pegado al escaparate de una tienda. El mismo hombre del tren, con sus largas manos extendidas sobre el teclado de un piano. Taylor Dullin daba un recital esa noche en Bruselas.

(\*) (Traducido al alemán) Publicado en la antología: "Eine Blume auf dem platz des schönen todes" Haus der Kulturen der Welt, Berlin, Sao Paulo 1994

***Historias de verdugos***  
**(2006)**

## *La mano izquierda de Dios*

Andrés Montero cerró el periódico. De su mente no se borraba el cuadro que acababa de ver en una fotografía en un periódico, y se preguntaba si no era una estupidez haber gastado tanto dinero al volver a París.

¿Tenía sentido regresar a lo inexplicable que vivió sumergido?

Una tal Anouk, pícara ladrona, misteriosa como la que sirvió de modelo al retrato, se lo atribuía como autora. ¿Qué ocurrió en su ausencia para que el latrocinio se produjese? Esto se preguntaba Montero cuando aceptándose definitivamente viejo sintió el irrefrenable deseo de volver a ver París por última vez. ¿Pero cuánto en el pasado se había deslizado delante de su nariz sin que él se diese cuenta? ¿Podía saberse la verdad ahora que el zambo Tan estaba muerto?

Desde la ventanilla del avión Montero contempló el desperdicio de la existencia en la inmensidad del cielo, aunque su mente vagaba por otra época. El cuadro cuya fotografía aparecía en el periódico le era muy familiar. Era el cuadro que pintaba el zambo Tan. Montero lo había visto demasiadas veces como para equivocarse.

París nunca es el mismo, ningún cambio mella su misterio. Es igual al enigma de por qué un artista peruano fue autor de un único lienzo. No pintó otra cosa durante los largos años que vivió Tancredo Luna en París; el zambo Tan, así lo llamaban los amigos. Un solo cuadro retocado y vuelto a retocar infinidad de veces.

Una mujer triste era la del retrato al óleo. Según la breve apostilla periodística que acompañaba a la fotografía, el cuadro acababa de ser exhibido en una colectiva de arte latinoamericano, en una galería de la Rue Dragon, delante la cual alguna vez el zambo Tan había deambulado como un paria, con sus pantalones anchos y su cabeza crespa, sin adivinar el futuro del único lienzo que pintó en su vida. Porque el zambo Tan, aunque fue pintor toda su vida, nunca llegó a colgar cuadros en una galería de París. Cómo iba a poder hacerlo si sólo pintó uno.

Montero trató de recordar la cara de la mujer del retrato, como buscando una identidad. No era nadie. ¿Era ése el propósito del artista? Habían sido tantas las mujeres idolatradas por el zambo Tancredo, amante desdichado, bebedor insaciable, nocturno y enclaustrado. El pintor creía acumular existencias superponiendo retratos; uno quedaba debajo de otro. Trabajaba de madrugada; no pintaba jamás de día, sino a aquella hora que según su opinión le permitía atrapar en la luz mortecina y naciente el tono preciso para pintar la expresión de la mujer idealizada por el quebranto. ¿Era ésa la explicación?

El avión en el que viajaba Montero hizo escala en la Martinica, para abastecerse de combustible. Luego la nave, un jumbo, había atravesado el Atlántico. La situación se presentaba de forma curiosa en la memoria de Andrés Montero, porque en su último día en París, horas antes de su fiesta de despedida, había visto en un bistró frente al Pont Neuf a la

artista de cine francés Anouk Aimée, con sus grandes ojos negros, y con ese abrigo elegante que la artista llevaba siempre con las solapas levantadas.

En la cena de despedida, en casa del poeta Elqui Burgos, Andrés Montero había comentado entusiasmado el encuentro con la artista francesa. Era frecuente cruzarse, ante luminarias del cine en el Barrio Latino, con Jean Paul Belmondo o Alain Delon. Caminaban con ropa sencilla entre la gente, como un parisino más; Belmondo siempre andaba en jeans y camisa manga corta, pero Anouk Aimée, que usaba bellos abrigos y siempre un pañuelo en el cuello, era especial. Montero no recordaba el chiste del siempre recurrente Tancredo. Ese día, Andrés Montero había reído a carcajadas sin imaginar que nunca más vería a su amigo. ¿Pero de qué se había reído? Por más esfuerzos que hacía, le era imposible recordar ese chiste. Cómo iba a imaginarse Montero que el zambo Tan había buscado eludir la conversación sobre Anouk Aimée. Elqui y su compañera colombiana Mélida criaban en una pecera peces rojos de esplendidas colas y ojos saltones. En cambio, la mascota del zambo Tan era una enigmática iguana verde.

La triste noticia le llegaría a Andrés años más tarde, estando ya reinstalado en Lima de manera definitiva: “Se murió el zambo Tan” —decía Elqui, en su carta—. Y, muchos años después, cuando Andrés Montero cruzaba el cielo de vuelta a París, como una pluma que cae en el vacío, intuía que lo esperaba un mundo irreconocible. Temía Andrés enfrentar lo que repetían con insistencia en sus cartas aquellos que decidieron quedarse en París. “El mundo que tú conociste ha muerto”, le decían. En el avión, Montero intentó revivir un trozo de música, un gesto, la palabra dicha por alguien; un atisbo desde esa sombra que se iba apagando; la punta de un hilo de donde jalar, hasta dar con la verdadera identidad de la mujer cuyo rostro había obsesionado a Tancredo Luna, a punto de pintarlo mil veces. Recordó la buhardilla de Elqui, en el séptimo piso de un inmueble cenizo, en la Avenida Georges Mandel, y unos metros allá la puerta verde del cubículo donde vivían dos fieras: un par de sirvientas portuguesas provenientes de una minúscula aldea cerca a Coimbra. Recordó, además, el taller de Tancredo, una puerta de las tantas en ese laberinto aéreo. Pero sobre todo recordó los peces rojos y la iguana verde.

Recordó el día de su despedida de Francia. Andrés Montero, el que se iba de París, ya estaba ligeramente ebrio cuando empezaron a llegar los invitados. Armando, quien no bebía, se apareció temprano trayendo una botella de beaujolais. Armando Rojas en esa época se encontraba empeñadísimo en conseguir sonoras resonancias en castellano de versos —considerados como parte de una obra secreta— de Benjamín Peret. Armando se había especializado en la poesía surrealista francesa, y traducía los poemas de César Moro al español.

Luego de cenar, como siempre, el zambo Tan alzó la gran envergadura de sus noventa kilos, y llamó insinuante, con el dedo índice, a sus amigos Armando y Andrés, para invitarlos a visitar su taller.

—Quiero mostrarles mi último cuadro— les dijo.

Montero intercambió una mirada sonriente y cómplice con Armando. ¿El último

cuadro? Siempre era un acontecimiento muy especial echarle un vistazo a la última obra de Tancredo. A un mismo cuadro insistentemente renovado, retocado infinidad de veces. Tancredo añadía, en cada oportunidad, un nuevo detalle. Inacabable el número de enmendaduras. De alguna manera tenía razón Tancredo Luna: un cuadro con una pincelada adicional encima era ya otro cuadro.

El lienzo, en el que el artista había volcado toda una vida, dormía en su caballete tapado con una camisa, y eso lo recordaba perfectamente Andrés. Debajo del cuadro estaba inmóvil, muy quieta, la iguana verde.

Muchas veces esa obra única había sido motivo de comentarios, en broma y en serio, por parte de los amigos, sobre todo de los que se consideraban artistas perpetuos viviendo en París. Elqui trabajaba, cual orfebre precavido, en un mismo poemario: día a día, año a año; hacía demasiado tiempo que no publicaba. El poemario llevaba el título provisional de *Los Cristos de Elqui*. Armando, sucesivas veces les había confesado a sus amigos su aspiración de no escribir otra cosa que no sea un mismo poema, hasta que escribir se convirtiera en el esfuerzo de los que jamás concluye. (Armando sabía lo que le iba a pasar, debido a una maligna dolencia que se cuidó en ocultar) Recordando ese momento en el taller del zambo Tancredo, Andrés Montero comprendió lo que el pintor pretendió comunicar: la vida puede justificarse repitiendo, en el acto constante y obsesivo de pulir. El secreto de cualquier actividad humana estaba en el retoque.

Ya en su taller, es decir, en aquella buhardilla tapiada y de escasa luz, con muros porosos donde estamparon sus versos los amigos furtivos, los retenidos en el destierro, Tancredo mostró su colección de fotos en blanco y negro de deslumbrantes artistas de cine, aquellos rostros de ojos tentadores, de los cuales el pintor extraía la sombra y el matiz. En el centro de la buhardilla, una mesa sobrecargada de cartulinas, chisguetes de pintura, resinas y tintas; allí, Tancredo desnudaba la legendaria tela: la sonrisa aviesa de una mujer de pequeña estatura, de mediana edad, engullida en un tono rosa muy tenue, casi blanco. En su regazo, cargaba con ambas manos una iguana. ¿Era el mismo cuadro que una tal Anouk firmaba como suyo, años después? Montero dudó, sin comprender por qué.

Cuando Tancredo, obsecuente, pintaba ese lienzo, el zambo Tan no había muerto; encarnaba la existencia vivida con toda la pasión posible en un ser humano. No había abandonado este mundo como tampoco Armando ni Julio Ramón. Ninguna ilusión había fenecido todavía. Lo único vivo en los recuerdos de Montero era aquella iguana verde, arrastrándose entre las telas pintadas por Tan y en los brazos de la mujer del retrato.

Por fin el avión en el que Andrés Montero cruzó los cielos, rumbo a ese mundo irrecuperable. Se posó con suavidad sobre la pista del recientemente abierto aeropuerto Charles de Gaulle. Montero se hospedó en el viejo hotel Excelsior, en la rue Cujas, a una cuadra del boul Mich. Se sentó en el lobby. Encendió un cigarrillo y paseó su mirada por el vestíbulo. Las alfombras gastadas eran las mismas, con dibujos orientales. Entre los huéspedes no había franceses, más bien árabes y vietnamitas. Las cortinas de tafetán tapaban una ventana cuyos batientes daban hacia un cabaret frecuentado por asiáticos.

Salió a la acera. De inmediato se percató de la presencia de una especie de luz desconocida que se posaba sobre las cosas. Era un día de principios de junio. Casi a las seis de la tarde, el aire aún recorría cálido y esa luz oblicua estaba allí brillante. ¿Qué había pasado exactamente un día como ése, casi treinta años atrás? A Montero se le ocurrió que hubo otro tipo de luz. Tancredo le había enseñado en esa época a beber un aperitivo de noche. Compró el diario *Le Monde* en un quiosco. Fue un gesto mecánico. Dobló el periódico y lo colocó bajo su brazo. No le interesaba leerlo; sin embargo, se sentó en la terraza de un café. Pidió un Pernod y se puso a leer el diario. Le parecía más angosto el *quais*, más oscura una librería que le era familiar: la Shakespeare & Co. Alguien en una mesa cercana a la suya leía un libro de Paul Nizan. “Estoy de vuelta —se dijo Montero—, acá de nuevo. Conseguí volver. Aún estoy vivo”.

Le daba cierto resquemor hablar en francés, como si fuera a equivocarse al escoger las palabras correctas.

Por la rue Saint Jacques pasaban muchos norteamericanos en zapatillas y japoneses con gorra de tela. Siempre habían frecuentado esa zona de París, pero esos turistas parecían distintos, distraídos, aburridos. Montero pidió un segundo Pernod. Continuó hojeando el periódico. No era un turista, sino alguien que había llegado a esa ciudad con una consigna.

Fue anocheciendo poco a poco. Años atrás, al prenderse las luces en las farolas, Andrés se habría parado de esa mesa y pleno de ilusión se habría dirigido a Montparnasse. Pero ahora, con más de sesenta años encima, era consciente que no tenía mucho tiempo. Había perdido mucho pelo. La mala circulación le ocasionaba cierta pesantez en las piernas. Claro que seguía midiendo un metro ochenta, pero ahora se movía con lentitud. Seguía siendo un hombre de espaldas anchas, aunque se sabía muy vulnerable y se había tornado medroso. Le temía a la noche. Dejó el periódico sobre la mesa. Sólo deseaba regresar al hotel y meterse en la cama. Echado, curioseó los nuevos programas de la televisión francesa y otros canales europeos por cable.

—Te has vuelto un cobarde —dijo Tancredo, con ese timbre de voz que Montero reconoció de inmediato. Ésa fue la primera vez que el fantasma de Tancredo se le aproximó indeciso, como parte de esa incomprensible luz que Montero creyó ver impregnando las superficies.

Antes de acostarse, luego de ubicar su maleta en un placard, se comunicó por teléfono con Elqui.

Al día siguiente, después de desayunar en un Mac Donald's de la Rue Monsieur Le Prince, tras quedarse un minuto contemplando la fachada del hotel donde había vivido César Vallejo, se dispuso a caminar por París. Después de deambular sin rumbo durante toda la mañana, por calles que redescubría, terminó almorzando en un antiguo restaurante del bulevar de Gobelinos, cuyas mesas estaban cubiertas con manteles a cuadros. Montero se sorprendía de no desear verlo todo como si fuese la última vez.

En un segundo día en París, sintió que tenía que realizar una serie de actos aparentemente gratuitos; concatenados actos que debían enlazarse.

Elqui Burgos había quedado en verse con Montero al final de la tarde de ese día.

Después de almorzar, se sentó en un bistró que hacía esquina en una calle de marginales miserables. Los taburetes eran desvencijados y sucios. En un ángulo atenebrado, un hombre estaba allí para decir que se parecía a Tancredo; probablemente, un somalí viejo, con el pelo bastante crecido, una barbita gris y babuchas orientales en los largos pies resecos. Montero pensó si Tan estuviese aún vivo sería como ese viejo africano.

Andrés Montero percibió el rostro de ese hombre bajo un reflejo amarillento. Cómo evitar esa sonrisa bellaca, terrible. Terminó su cerveza y salió disimulando su inquietud, lentamente buscando la luz. A sus espaldas, Montero intuyó la inconfundible y burlona risa de Tancredo.

Volvió a llamar por teléfono.

Elqui y Mélida, con el tiempo, habían mejorado sus condiciones de vida en París. Vivían en un ventilado y bastante confortable departamento, en un barrio obrero de los suburbios.

“En la plaza del Odeon” —había dicho Elqui por teléfono y no hubo necesidad de decir más palabras. En el café La Bonbonniere, en esa mesa de la terraza, tras una mampara humedecida intermitentemente por la lluvia se avistaba la estatua de Danton picada por el verdín de la herrumbre. Elqui asomó sonriente. Eran muchos los años que Montero no lo veía y ni una sola cana asomaba en la cabellera negra y ondulada del amigo tierno. Pequeño de estatura, con cara de argelino, su manera de hablar no había variado como cuando era un silencioso niño en un colegio de Pacasmayo, con modulación pausada, como suspendiendo las palabras.

—Mélida nos espera para almorzar —dijo.

Camino a su ahora nueva casa, Elqui le fue informando a Montero, sin dramatizar, sobre los que consideraba contundentes cambios producidos en la ciudad. Como siempre, en París nada había cambiado y, sin embargo, la vida era otra. Había una pirámide de vidrio frente al Louvre. Pero también había fallecido de un síncope, en plena ejecución de instrumento durante la noche, el viejo arpista venezolano del bar Mónaco. Elqui se explayaba sobre diversos temas y Montero reparó que eludía referirse a Tancredo Luna.

Mélida había cuidado su antigua inocencia. Con el pelo suspendido en forma de rodete tras la nuca, se mantenía fiel a los pantalones blue jean y a la chompa en rollada en el cuello. Sólo sus manos de dedos cortos y delgados lucían algo cuarteadas.

Ya en su casa, mientras consumían la botella de pisco que había volado con Montero desde el Perú, recordaron sabrosas anécdotas vividas años atrás.

De pronto, llamaron a la puerta.

—¡Anouk! —exclamó Elqui. La pintora ingresó en la casa de los Burgos con el desparpajo de un saltamontes en verano. Montero, perplejo, notó que esa mujer, aún joven le recordaba a la Anouk Aimée que había visto el día de su despedida con un abrigo de cuero de camello y con botas altas; francesa, erguida como una zacuara ondulante. Llamó la atención de Montero la piel de Anouk de un tono bastante oscuro y sus cejas pobladas.

Elqui y Mélida la trataban con cariñosa intimidad, con confianza. Montero reparó que la miraban con ternura. En cambio, él no podía disimular su desconcierto. Esa mujer inesperada, la mujer del cuadro de Tancredo, despedía una espléndida frescura y, por ello, observaba con suspicacia, como en el cuadro.

El almuerzo se desarrolló en una atmósfera de intimidad.

En la primera oportunidad en que Anouk y Andrés Montero se quedaron solos, él le dijo en tono imprecatorio:

—Un cuadro que usted dice que es suyo pertenece al pintor Tancredo Luna.

—Tancredo Luna es mi padre —respondió imperturbable Anouk.

Fue cierto matiz en la voz o quizás una inocultable inquietud en la mirada o, posiblemente, la súbita revelación de saber de quién era hija. La verdad es que, en ese momento Andrés Montero se sintió perturbado por la presencia de un ser que alguna vez había existido inadvertido, cerca, a su alrededor, y que pertenecía a la vida secreta de Tancredo Luna.

Montero continuó buscando detalles en el rostro de Anouk durante el almuerzo. No le hallaba parecido físico con su padre; aunque Montero tuvo que reconocer que había heredado el corrosivo humor de aquél.

—Te has dado cuenta de quién es —preguntó misteriosa Mélida a la hora del postre, señalando a Anouk.

—No, no sé —respondió Montero, ruborizándose, mintiendo.

—Es Anouk Luna, hija del zambo Tan —terció Elqui, con ese tono de suspenso que reutiliza al proporcionar una revelación.

Montero sintió que el doble fondo del mundo surgía ante él. Sin embargo, disimuló su sorpresa.

Luego de una conversación de sobremesa, que se prolongó durante casi toda la tarde, Anouk se ofreció a llevar a Montero, en su auto, de regreso a París. Ya en el auto, cuando Montero le pidió que le explicara por qué firmaba el cuadro de su padre, ella respondió:

—Que yo lo exhiba como mío tiene que ver con el secreto oculto en la pintura de Tancredo Luna.

Sin consultarle su opinión, en lugar de llevar a Montero al hotel donde él se había alojado, Anouk condujo su auto rumbo a la plaza de Trocadero.

En la avenida Georges Mandel, bajaron del auto en silencio. Mientras subían los —ahora para Montero—interminables ocho pisos de un edificio que, alguna vez, había trepado con pasos ágiles, éste le confió a Anouk que no había podido conciliar el sueño desde que había llegado a París. Se sentía muy emocionado, pero no deseaba delatar sus sentimientos. Se dirigían a antiguo taller de Tancredo. Andrés reconoció la puerta pintada de verde en el octavo piso.

Allí aparentemente nada había cambiado, aunque fuesen otras personas viviendo temporalmente en esas buhardillas. Ya no vivía ni un solo poeta peruano en ese laberinto de buhardillas, ni tampoco las dos inquietas portuguesas parlanchinas. Anouk había

heredado el taller de su padre.

—No puedo pintar en otro sitio —dijo.

Sacó las llaves de su cartera; abrió la puerta.

Montero se sintió invadido por las reminiscencias al sentir el olor a pintura fresca y a disolvente. El cuarto se conservaba exactamente como lo había dejado Tancredo. Anouk había heredado la utilería completa: maquetas, atriles, pinceles e, incluso, el desorden. Y allí estaba la iguana verde, ese animal latinoamericano que había sido llevado a París. ¿Era la iguana de Tancredo o una nueva? ¿Cuántos años puede vivir una iguana? El animal se escurrió por entre las telas y desapareció. A Montero inmediatamente le llamó la atención una serie de cartulinas, de bosquejos que colgaban adosados de una pita, secando; configuraban una serie. Anouk, con más dominio técnico que Tancredo, había conseguido profundizar en el famoso cuadro de su padre hasta descomponerlo en sus más insignificantes detalles. Los bosquejos representaban Madonnas incompletas e inquietas. ¡Cómo no se me había ocurrido antes! —pensó Montero: ¡La mujer que pintaba una y mil veces Tancredo era una Madonna! Por supuesto que él no las llamaba así. Su fama de zambo travieso no se lo permitía. Las que pintaba no eran mujeres de carne y hueso, sino vírgenes imaginadas.

—¡Las Madonnas de Tancredo! —exclamó Montero.

Anouk se sonrió. Asintió.

—He pintado toda la serie y la voy a exhibir este año en varias capitales europeas. Mi exposición la voy a llamar como tú las llamaste, porque no pueden tener otro nombre: “Las Madonnas de Tancredo Luna”. Yo continúo las búsquedas de mi padre.

—¿Qué búsquedas? —preguntó Andrés, desconcentrado.

—El cuadro que pintaba mi padre quedó inconcluso y yo tengo la obligación de concluirlo. No el cuadro, sino la idea que está contenida en él.

—¿Por qué pintaba siempre el mismo cuadro? —preguntó Montero y esperó que la hija le conteste lo que no quiso responder el padre.

—No era el mismo. Cuando alguien conoce y ama a una persona, ve en ella todas sus expresiones, que son muchas. Es difícil escoger una. Mi padre decidió pintarlas todas.

Un rato después, Anouk dio a entender a Montero que el secreto de la pintura de Tancredo Luna era como el mecanismo de las cajas chinas: constaba de varios compartimientos; un enigma con intercomunicadas cavidades ocultas. Anouk le preguntó a Montero si quería llegar hasta el final, si le interesaba conocer toda la verdad. Montero sonrió. Se imaginó que Anouk le iba a confesar que ella era hija de Anouk Aimée, la actriz. ¿Un romance entre el zambo Tan y Anouk Aimée? En París todo es posible. Anouk lo cogió del brazo y, sacándolo del taller, prácticamente lo arrastró como quien manipula a un tío bueno por las escaleras hasta su auto.

Unos minutos después, Anouk manejaba con pericia su carrito citröen a gran velocidad por uno de los grandes bulevares de París. Montero tuvo la ocasión de observarla de cerca. Ya no le cupo la meno duda: la madre de Anouk había sido la modelo de un pintor

enamorado.

Llegaron casi de noche a la plaza Maubert Mutualité. Anouk se cuidó de no decirle con exactitud por qué lo había llevado a ese lugar, hasta la puerta de una iglesia en la rue Monge.

—Mañana temprano te espero aquí —dijo ella.

Esa noche, Montero tampoco pudo dormir. Le zumbaban los oídos, el zambo Tan se paseaba desesperado en su memoria. Lo recordó peleando en la place Clichy con un árabe que al verse perdido sacó un cuchillo. Lo vio pintando una pared amarilla, ganándose la vida como pintor de brocha gorda. Tancredo se cayó del andamio. Se le astilló un vidrio en sus anteojos. La luna astillada de uno de los vidrios de sus lentes parecía una telaraña adherida. Con esos anteojos, Tancredo asistía a los *vernissages* y a sus bares preferidos. Apareció, espectral, con ese terrible anteojo astillado en el cuarto de hotel. Se paró delante de Montero y le pidió que no faltara a la cita con su hija.

Montero tomó el hecho como una alucinación producto de la nostalgia. Esta vez, tomó desayuno en la plaza Maubert. Cerca al lugar donde debía encontrarse con Anouk, ocupó una mesa con vista a la calle, en un bistró con aspecto de snack americano. Verduleros vietnamitas, largos y flacos, en camisetas blancas caladas, abrían las puertas metálicas de sus tiendas. Montero se puso a observar a uno de esos asiáticos famélicos, de hombros salientes; un cigarrillo colgaba tempranero de un oriental labio azul. Alguien llegó a la tienda, un zambo encorvado. Montero creyó ver nuevamente a Tancredo, esta vez husmeando madrugador en esas pulperías. Cada instante que transcurría, era para Montero como si lo que le estaba por ocurrir sobrevendría para satisfacer la curiosidad de conocer el final de esa experiencia, lo que en la cima de su vida era una sucesión de apariciones. Al margen del tiempo, Montero contemplaba las cosas vistas desde el reverso del mundo. Oyó la voz de Tancredo: un rumor leve, un suspiro en su oreja, hablándole desde cenizas dormidas. Montero sentía, por haber sobrevivido, como si hubiera profanando ese París que existía con apariencia de eternidad, al otro lado de un espacio insalvable desde donde era observado con misericordia.

Se sintió enfermo. Los oídos le zumbaban cada vez más. Todo lo que le había acaecido desde que bajó del avión, se vinculaba en realidad con esa misma debilidad. El abandono, el agobio, la mortificación del sobreviviente; una especie de disgusto sin piedad por sí mismo, una luz diferenciada. Montero comprendió la verdad de esa luz —para él siempre negada, huidiza—. Entendió que nunca accedería a lo que existe delante y que no es permitido ver. Sintió miedo. Siempre había deseado, antes de morir, ver París por última vez.

El resto de la mañana, Montero caminó por las orillas del Sena sin alejarse mucho del lugar de su cita. Y, convencido de que todo obedecía a un propósito, sentía sin embargo como si París se fuese apagando. El asombro de Montero se había ido debilitando. Era consciente que la verdad le sería finalmente negada, que algo imprevisto le ocultaría el fondo de lo que no se volverá a repetir.

Al mediodía, calzada con botas altas, y apoyada en su auto, Anouk lo esperaba en la puerta de la iglesia de Saint Nicolás.

Anouk parecía ser lo único real, aquello que une todas las partes. En otros tiempos, su padre, el zambo Tancredo, solía esfumarse como un diablo alucinado, por lo general de madrugada. Abandonaba los bares del barrio del Marais, diciendo que se iba a pintar. A veces se ausentaba por largas temporadas y, al volver, decía que había estado pintando en Amiens. Recién, después de tantos años, Andrés Montero creía saber qué llenaba aquellos huecos negros, esos espacios vacíos a los que nunca Tancredo permitió acceder a nadie.

Anouk lo invitó a entrar en el templo.

El asombro se había tornado en fastidio. A Montero le dolía la cabeza. No entendía de qué manera el secreto de la pintura del zambo Tan pudiese ser develado dentro de una iglesia. “La modelo es una Madonna que está allí”, era lo único lógico que se le ocurría.

Empezaron a caminar por la penumbra de una de las alas del templo. Montero levantaba la cabeza contemplando los arbotantes en el techo.

—¿No notas nada extraño? —preguntó de pronto Anouk, parada, delante del altar.

—Mira bien —dijo, señalando a uno de los santos. Los santos franceses son incoloros. Si recuerdas a los santos en las iglesias de tu país, los recordarás coloreados.

El corazón de Montero empezó a latir fuertemente. Se le erizaba la piel por el sorpresivo giro que tomaba el secreto de la pintura de Tancredo Luna.

—Quiero mostrarte algo más —añadió Anouk.

Siguieron caminando por la iglesia. Anouk se detuvo.

—Mira ahora hacia allá en esa pared —pidió, con una señal dirigida en un espacio alto.

Montero dirigió su vista hacia el lugar. Allí colgaba un cuadro, desteñido a simple vista.

—Es un Corot —dijo Anouk—. Y en seguida añadió: —No es cierto que un pintor sin color sea un pintor falso. Un pintor que lo dice todo con un color, que casi no lo es, es un artista extraordinario. El misterio de la pintura aparentemente sin colores fue lo que retuvo a mi padre tantos años en París. Se pasó muchos observando muchos cuadros donde no hay casi color —terminó, sentenciosa, Anouk.

—¿Y la iguana?

—Ésa es otra clave. Es el color verde, el único color posible, en medio del resto de la tela pintada de blanco. La iguana era el mismo Tancredo, mi padre, su tierra nunca olvidada. Mi padre era piurano. ¿Lo sabías?

Mientras salía de la iglesia dentro de Montero bullía una pregunta:

“¿Sólo eso lo retuvo?” Una iguana verde sobre el lienzo en el que prima el blanco. Una Madonna casi incolora, cuya vida se centra en el animal que tiene en sus manos junto al regazo. Montero quiso preguntar, pero se contuvo. Era como insistir sobre algo innecesario.

—¿Ése es el secreto? —preguntó al final por preguntar.

—¿Tú sabes con qué mano creó Dios la noche, la luna, el mar y la mujer? —repreguntó Anouk. Sonreía. Caminó hacia el templo. Al acercarse a la puerta, se acentuaba el

luminoso brillo que provenía del exterior.

—Con la mano izquierda —dijo Anouk, y salió de la iglesia.

## *Gyula*

¿Con qué cuento? Con el color del río Danubio, famoso por azul cuando no es azul, y también dispongo de mi amistad contraída con Gyula.

Hablar de Gyula me expone al reto de asumir la tarea de explicar un caso de malhadada y concupiscente corrupción de la pureza.

Cuando la conocí, vivía alojado en la casa de la baronesa Von Korvin, en Viena, cerca al Ring, en una mansión de ventanales anchos y con muchos cuartos vacíos que se alquilaban sin muebles. La única habitación amoblada era el dormitorio de la viejísima baronesa. Descendiente de la nobleza austro—húngara, la señora Von Korvin andaba, la mayor parte del tiempo, echada en una gran cama de edredones de seda, que compartía con una jauría de perros salchicha. La baronesa cubría sus gastos alquilando habitaciones vacías a personas solas. El inquilino estaba obligado a agenciarse su propio colchón y las curiosas frazadas vienesas rellenas de plumas de ganso. En un cuarto vecino al mío, se alejaba Volver Kästner, un joven escultor alemán, de Dortmund, que estudiaba en Viena adscrito al taller del maestro Wotruba. La habitación frente a la mía era la de Gyula.

Los primeros días en esa casa algo fantasmal, supuse que ese cuarto estaba desocupado. Hasta que un día la puerta se abrió. Me pareció ver a una joven de tez excesivamente blanca, que contrastaba con su pelo negro, parada en el marco de la puerta. Fue una visión que duró apenas un segundo.

Cada vez que yo abría la puerta de mi cuarto, ella, esa aparición fugaz, aparecía en la puerta del suyo, pero luego se esfumaba.

Cuando Gyula me invitó a pasar a su cuarto, pude percatarme de que ella vivía en la habitación que alguna vez había pertenecido a un niño. Simplemente entré como si a Gyula la conociera de toda la vida. Me senté en el borde de la cama. Ella estaba tapada con el colchón relleno de plumas que le llegaba hasta el cuello.

Parecía obligada a permanecer acostada. Por delicadeza, no le pregunte de qué dolencia sufría. Empecé a visitarla diariamente.

Gyula hablaba con un extraño acento difícil de identificar, dados mis escasos conocimientos del alemán. Supuse que era checa. Demoré en enterarse que era húngara, porque ella no me lo dijo, como quien juega con el misterio de su país de origen. A pesar de nuestras obvias incompatibilidades idiomáticas —como ya mencioné—, conversábamos mucho. Gyula, cubierta ahora por la frazada hasta la cintura, y luciendo con cierto desenfado en ropa interior de color negro, con blondas.

No recuerdo en qué momento ni cómo terminé metido en la cama de Gyula.

Un día sábado, mientras afuera nevaba, la despojé de su negligé. Salieron a reducir dos hermosísimos senos blancos, suaves como dos nutrias, con bordes rosados por su enfermedad — según me explicó ella—, no podíamos llegar más lejos que eso. Su salud le

impedía hacer el amor.

Concluí que a Gyula no le interesaba otro tipo de disfrute que verme echado junto a ella.

Me inquietaba que cerrase su cuarto a piedra y lodo a partir de las seis de la tarde. Nunca la vi de noche.

De regreso a mi cuarto, me masturbaba imaginando a Gyula fuera de esa cama, desnuda en alguna playa, bella a la luz del sol.

Atrincherado en la pensión de la baronesa Von Korvin, así vivía yo en Viena. Para qué salir a la calle a recibir los escasos rayos solares, si existía para visitar, varias veces al día, el cuarto de Gyula. Abandonaba esa casa sólo para ir a almorzar.

Cada día que pasaba, perdía peso. En cambio, Gyula florecía. Ni de mi parte ni de la suya había preguntas. Ningún comentario. Ningún reclamo ni exigencia alguna. Me había convertido en el que se introducía en la cama de Gyula. Eso era más que suficiente.

Un día perdí el conocimiento en su habitación. Cuando volví en mí, estaba en mi cama. Tenía la sensación de haber muerto y de haber renacido.

Repuesto y, tras ir al baño, me encontré con mi compañero de cuarto, Volker, en el pasadizo. Él, de un solo golpe de vista, divisó en mi rostro el estigma, que un hijo de la guerra como él reconocía con facilidad.

—Oye, se te ve mal. ¿Estás enfermo? -preguntó.

—Debe ser ese invierno que es más frío que otros. No termina nunca —me quejé.

Volker me miró suspicaz.

—Espero que no te estés metiendo en ese dormitorio —dijo señalando la habitación de Gyula.

—Y si así fuera, ¿qué tiene que ver eso?

—Que esa mujer es un vampiro.

—¿Un vampiro? ¿Una vampiresa con colmillos? —contesté con cierto tono burlón siguiéndole la corriente.

—¿Quién te ha dicho que los vampiros humanos tienen colmillos? Eso es para los cuentos. Adoran Viena, la ciudad rebalsa de ellos. Llegan aquí de todos los rincones del mundo. Pero, sobre todo, abundan los que han huido de Europa del este. Habitan las pensiones lúgubres, pero, más aún, pululan los vampiros húngaros. Algunos están aquí desde la época del Imperio Austrohúngaro. No han dejado nunca de atravesar la frontera, sobre todo, desde que se implantó el comunismo.

Aunque la carencia de Gyula, su ausencia, me causaba los sufrimientos que atormentan a un adicto, evitaba verla. Caminaba como un fantasma atolondrado por las sombrías calles invernales de Viena. Pasaba muchas horas apoltronado en una butaca de un cine de función continuada en la calle Graben. En la noche, recalaba en un café de la Kärtner Strasse. Más tarde me daba una vuelta por el Art Center, un lugar donde se escuchaba jazz. A veces tocaba allí el pianista de música clásica Friedrich Gulda a Thelenius Monk, apenas unas horas después de haber ejecutado las sonatas de Beethoven en el Konzert Haus. Allí solía

yo permanecer hasta después de la medianoche. Después caminaba siempre hacia el este. Sabía que siguiendo las mismas calles llegaba al Danubio. Cada día, un trayecto igual y distinto. La noche que decidí matarme, el gran río lucía algo verdoso. En esas correrías nocturnas rumbo al río, me enteré de que en Viena existía un escuadrón de bomberos — fundado en época de Freud y Wittgenstein—, cuya misión específica era extraer suicidas del fondo del río. A veces, trabajaban toda la noche; y recién al amanecer salía a la superficie ese cuerpo pálido, blancuzco, con la consistencia de los peces muertos. Un sentimiento de horrible carencia me agobiaba. Y, en ese sentimiento de privación, alguna misteriosa relación tenía con el Danubio: el lugar donde había escogido para morir ahogado. Fue cuando decidí resolver el misterio que ocultaba Gyula.

Entré en la habitación sin tocar —de un tirón—, con la violencia de un desesperado. La encontré sentada en el alféizar de la ventana, como una flor agónica que busca con desesperación un rayo de sol. Era una luz famélica la que entraba de la calle, un sol de fin de invierno. Por primera vez, veía a Gyula fuera de su cama. Era extremadamente delgada. Casi transparente. No podía comprender cómo así yo me la había imaginado más llenita. Sus hombros en punta sobresalían, sus rodillas un par de rótulas redondas en las que terminaban sus flaquísimas piernas; pero lo que más llamó la atención fue la blancura de su piel: era casi del color del papel. Ella me sonrió.

—Tenemos que salir de aquí —le dije, casi implorando.

Ella se encogió de hombros, como dándose cuenta de que yo había descubierto un secreto celosamente guardado.

—Necesito tocar el piano —dijo, casi entre sollozos.

—Claro que vas a tocar el piano —retruqué aprovechando esa extraña solicitud—. Pero, para poder hacerlo, tenemos que irnos de esa casa. Faltan unos pocos días para la primavera.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

No me imaginé que casi no tuviera equipaje, apenas un maletín de mano, una chalina de seda en la que se envolvió como una mujer hindú.

En la calle, parecía resentir la luz. Las piernas se le doblaban.

A través de un servicio social de la universidad que procuraba habitaciones a estudiantes extranjeros en casas de familias austriacas, conseguimos dos habitaciones en la vivienda de Frau Kraus, en la Rottertum Strasse, cerca a la estación Shotentor. Desde allí podía irme a pie a la universidad.

Ya instalados en al pensión de Frau Kraus, a pesar del conservadurismo católico de esa señora vienesa, nos permitió un solo cuarto para los dos. Quince días después, había recuperado mi peso y los colores en la cara. Gyula había logrado librarse de la cama que la aprisionaba.

Como quien se apodera de la nueva casa, aprovechamos que Frau Kraus había ido a escuchar una opereta en el Volkstheater, para compartir la ducha con Gyula. Olía a talco perfumado. Nos reímos cuando ella me contó que al principio había pensado que yo era

árabe. Acababa de bañarse, cabellos negros, lacios y húmedos caían sobre sus hombros. Estaba envuelta en una batita de tela toalla. Sus muslos habían engrosado ligeramente, lucían contorneados a pesar de la delgadez. Gyula se sonrojó. Con un gesto mecánico y cerró la bata.

Pero fueron momentos de felicidad pasajera. Apesadumbrada, Gyula no hablaba de otra cosa que la de mudarse a una casa que contara con piano. Los instrumentos de teclado abundaban en las pensiones de Viena, pero en la capital de la música había más estudiantes de piano que casas con dicho instrumento. Gyula pensaba mudarse ni bien consiguiera uno. Era importante, para ella, poseer un piano en casa, necesitaba ejercitarse mucho.

Ella corrió a nuestra habitación. Regresó con otra ropa, trayendo un pedazo de torta que acababa de comprar en la pastelería de la equina, un *Indianer mit schlag*, un pastel de chocolate con una corona de crema de chantilly. Nos preparamos un té, en la cocina, para acompañar el pastel. Frau Kraus, quien tenía un novio adiposo y raro, un hombre muy voluntarioso, de lentes ahumados, asomó en la cocina y sonrió muy complacido. Allí me di cuenta de que Gyula había cambiado en su manera de hablar el alemán. “Habla con acento vienés”, pensé. Pero emocionado de haber rescatado de su reclusión a una mujer tan bella, no le di mucha importancia a las variaciones de su alemán. Gyula era una mujer de carácter dulce y apacible, siempre sonriente y gentil.

Después de mis clases en la universidad, nos encontramos para almorzar en el restaurante universitario, cerca a la Votiv Kirche.

Saltábamos juntos dentro de un ascensor sin puertas en movimiento constante y, luego de pasar con nuestras por el self—service, ocupábamos una mesa del lado de los ventanales desde donde se divisaba la extraña cúpula votiva de la iglesia. Gyula, muy alegre y parlanchina, se justificaba diciendo que hablaba tanto debido a que había vivido demasiado tiempo encerrada. En realidad, era otra la encamada mujer que yo había conocido en la casa de Frau von Korvin.

Conversaba con mucha gracia. Nos divertimos. Nos acompañábamos. Nos consolábamos el uno al otro. Sin embargo, algo nuevo (algo que escapaba a mi comprensión, intuido por un detalle al principio no imprevisto por mí claramente) me decía, por adelantado, que su desaparición sería repentina. Yo supe, desde el principio, que Gyula se esfumaría de mi vida como llegó. Como se desvanece y evapora una ilusión.

—Si Freud no hubiese sido vienés, no habría existido el psicoanálisis —dije en ese primer almuerzo nuestro, o quizá se lo dije a Gyula en otra ocasión—. Viena se parece mucho a Lima, mi ciudad, vive en el pasado y huele a trapo viejo —eso también le dije a Gyula, que al parecer vivía encantada de andar acompañada por un hombre que venía de un país tan exótico como el Perú.

Pero no sólo almorzábamos juntos. Ella me iba a esperar al finalizar mi última clase. La introduje en mis costumbres. Gyula me enseñó a disfrutar de la Viena musical. Por ella, me aficioné a la ópera. Escuchamos todo el ciclo de *El Oro del Rhin* de Wagner. En reciprocidad, le enseñé a jugar ajedrez, y a frecuentar un café de ajedrecistas que Lenin

solía frecuentar durante su exilio vienés. Los fines de semana nos íbamos de paseo a los bosques de Viena o, simplemente, agarrábamos un tren y no parábamos hasta el lago de Neusiedler, en la frontera con Hungría, porque allí se practicaban muchas costumbres húngaras, comenzando por la comida. Gyula sentía la emoción de estar cerca de su hogar. Pero lo más excepcional era que vivíamos juntos, en la misma casa.

Cuando le pedí que tocara el piano para mí, ella se turbó. Primero se disculpó diciendo que no contaba con un piano. Cuando su excusa no se sostuvo, dijo que podría yo escucharla cuando ella estuviese suficientemente preparada. No insistí.

Convertida ya en indispensable para mi vida, yo continuaba, no obstante, sin lograr hacer el amor con Gyula. Reprimía mis verdaderos sentimientos por ella, pero era incapaz ni siquiera de sugerir ese algo que se esfumaba. Una noche, escuchábamos *La flauta mágica* en la Ópera de Viena, bajo la dirección de Herbert von Karajan, cuando intenté cogerle la mano. Ella, muy abochornada, retiró su pequeña mano suave. Luego, de pie, cenamos silenciosamente, en el restaurante Oscar frente a la ópera. Después, a modo de sobremesa, fuimos al Hawelka, un auténtico café vienés que yo frecuentaba desde la época en que vivía en la casa de la Baronesa Von Korvin. Allí hablamos de casi todo menos de lo que importaba. Aquella noche que no olvidaré en la que la sentí tan cerca y a la vez tan lejos, fue para mí un terrible suplicio. ¿Qué hubiese pasado si, luego de mudarnos, me hubiese atrevido a tocar su puerta? La agonía aumentó cuando supuse que Gyula, de noche, me dejaba la puerta abierta. Entonces, mi cobardía y mi frustración se juntaron. Era una noche más que no sentía una dolorosa presión, tal vez porque el espíritu de *La flauta mágica* poseía mi alma. Cuando el silencio copó la casa, me quedé mirándola. Ella estaba completamente dormida o, quizá, aparentaba que dormía. La luz penetraba matizada por la ventana. Sentir el olor de Gyula dormida, su sudor, era inexplicable, pero me devolvió una ilusión que creí perdida. Esa noche dormí de corrido hasta que una voz, en sordina, me dijo, por medio de un sueño, que tenía que levantarme y partir. Eso hice. Alumbraban las primeras luces del alba. Gyula continuó durmiendo.

Y ahora vuelvo a lo que dije al principio: ¿Cómo expresar la pureza, cómo relatar sobre lo inmaculado sin tratarse de algo puro? —me pregunto.

Viena no es cualquier ciudad. Produce una sensación de desgaste. Sus vetustas farolas la tornan constantemente fantasmal, sugieren —en medio de una cortesía exagerada— un suave y permanente desquiciamiento. Sus historias de espías son como turbios argumentos de novelas de Graham Green o de John Le Carré. Recuerdo a Gyula desosegada por el invierno. La temperatura baja a diez grados cero. Ella, cerca de la estufa, revisa sus zapatos húmedos, maltratados por la nieve: los coloca delante del fuego para que se sequen. La recuerdo en una tienda de ropa usada en una de las calles que desembocaban en la Kärtner Strasse: viejos sacones de cuero que se los prueban seres flacos, muy rubios y blancuzcos. Se miden pantalones de cuero y chalecos decorados con incrustaciones de metal. Tras una cortina gris, Gyula ha escogido un abrigo azul con cabezal y botones de cuero. Esa noche pude distinguir, en la penumbra, el mismo abrigo azul viejo y gastado que había comprado

esa tarde. Sentí que si la tocaba ella podía morir. Desaparecer.

Nos encontrábamos al final de cada tarde en el café Hawelka, lugar que lleva el apellido de su propietario. Hawelka, con un saco a cuadros y siempre con corbata michi, había vivido refugiado en América Latina, en el Brasil, durante la Segunda Guerra Mundial, y frecuentábamos su café. Era un típico café vienés. En apartados protegidos por cortinillas de tela se podía escribir en papel membretado con el sello de café. Había periódicos en diferentes idiomas europeos que colgaban de unos sostenedores de madera. Allí, Gyula y yo conocimos a Fernando Gabilondo.

Nunca olvidaré el día que lo vi por primera vez. Estaba sentado en una mesa cercana a la nuestra. Leía un periódico inglés. Alto y fornido, de rostro sanguinolento, de nariz grande y curvada, cabellos ralos y castaños, de ojos azules oscuros, aquel hombre mayor me conocía por una reunión de Fiestas Patrias en la Embajada del Perú. Apenas me vio, se acercó sonriente.

—Ella no es peruana— dijo señalando a Gyula con el dedo índice—. Yo también soy peruano, soy limeño —dijo, suponiendo que eso era lo que llamaba el interés de Gyula. Las manos de Gabilondo eran enormes, rosadas; sus dedos gruesos y repletos de anillos. Puso las manos sobre el mantel y mostró en el dedo anular de la mano derecha una sortija grande que destacaba de las otras, de oro con un rubí. Sus ojos oceánicos, enrojecidos, eran típicos de un bebedor. Miró lúbricamente a Gyula. No disimulaba.

Media hora después sabía lo suficiente de él como para formarme una idea mejor sobre su calaña. Nos dijo lo que él quería que le creyésemos. Daba vueltas por Europa desde hacia treinta años. Unos años en Viena, otros en París, en Roma, varios años en Londres. Le gustaba habitar en una ciudad hasta agotar todo lo que podía sacar de ella. Vivía de sus rentas, aunque se cuidó de añadir que escribía artículos, colaboraciones para varios diarios latinoamericanos. Poseía propiedades inmuebles repartidas por toda Lima y no tenía familiares cercanos. Era un solterón solitario y errante. Regresaba por cortos periodos al Perú, sobre todo obligado por asuntos de negocios. Fue así como se presentó ante nosotros.

No tuvimos porque no creerle todo lo que nos dijo. Era un hombre ocurrente. Un típico limeño de esos que no dejan hablar a los demás, que encantan con sus charlas engoladas, con sus ocurrencias, con sus chistes, con sus referencias culturales. A Fernando Gabilondo, un sibarita en todo el sentido de la palabra, le encantaba hablar de comida. Residía en Viena hacia un par de años. Repitió varias veces que era escritor. Nos habló de sus cuentos y novelas. Nos dijo que estaba preparando sus memorias. Si no hubiera ojeado con tanta lubricidad a Gyula, yo habría pensado que era un viejo homosexual. Usaba un abrigo negro, largo y de paño muy fino, un terno oscuro de casimir inglés, una bufanda de seda italiana, una corbata de color carmesí (también confeccionada en Milán) y un sombrero de paño verde, austriaco, con una cinta negra.

Vivía en el hotel Sacher, uno de los hoteles más tradicionales de Europa. Al día siguiente de conocerlo, cuando lo fuimos a buscar a su hotel, nos invitó a tomar el lonche

con él. Era el famoso hotel donde se servía una de las tortas más deliciosas del mundo: “La torta Sacher”. Los comensales del hotel miraban extrañados el viejo abrigo de Gyula y mi cara de árabe taciturno, pero junto a Gabilondo, quien había cambiado de terno y de corbata, parecía que nada podía agredirnos, hacernos daño.

Gabilondo contó nuevos chistes extraídos de un repertorio que —nos percatamos— podía ser interminable. A pesar de que vivía un cuarto de siglo fuera de Lima, manejaba una nutridísima información sobre la vida de mucha gente peruana, de quienes conocía hasta sus sabrosas aventuras sexuales clandestinas. Gyula lo escuchaba fascinada. Cuando hablaba de marcas de vinos, de tipos de porcelana y de castillos medievales lo hacía con extraordinaria erudición, lo lógico era que Gyula y yo nos aburriéramos. Sin embargo, eso no sucedía en el caso de ella. El vino más caro podía llegar a nuestra mesa, la porcelana ser un regalo intempestivo, y cuentos sobre aventuras en un castillo gótico del siglo XII se ajustaban perfectamente a un hombre como Gabilondo. Nos describió su árbol genealógico. Era un hombre encantador —dijo Gyula, y no le faltaba razón—. No obstante, causaba en mí una aprensión de frialdad que yo reparaba escondida debajo del personaje el cual indubitablemente se ocultaba detrás de una máscara. Una noche me percaté de que había encandilado a Gyula definitivamente con su cháchara. Nada de lo que yo dijese o hiciese me podía servir para enfrentar a los recursos que había utilizado Gabilondo. Gyula había sido embrujada.

Al principio, salimos de tres: a la ópera, a los conciertos, a comer. Pagaba el viejo. Así le llamaba yo. Ella le decía “Fernando”.

Hasta que un día, sorpresivamente, sin avisarme, Gyula se mudó de la pensión de Frau Kraus, y se fue a vivir a un departamento en la Porzellan gasse. Ella tenía que estar viviendo con alguien —me dije. Era obvio que no contaba con dinero para pagar esa casa. Fernando Gabilondo había alquilado un departamento para ella. De eso, no tuve la menor duda.

Cuando la volví a ver, ella dijo con simplicidad:

—Me he mudado a una casa con piano. Por fin voy a poder practicar a mi gusto.

Ellos estaban en Viena, pero el viejo Gabilondo y Gyula habían prescindido de mí. Cuando me encontraba con Gyula en la calle, me decía que se iba con Fernando a Salzburgo para escuchar música de Mozart o que viajaban en viaje relámpago a Venecia. Me encerraba en mi cuarto de la Rottertum strasse y, luego de escuchar la voz de Frau Kraus, mientras hablaba con su novio, cuando sobre el patio empedrado del “parterre” caía el gélido frío, — arrinconado por la soledad comprobada que me había robado la felicidad—. Por supuesto que ya ambos no iban al café Hawelka. Alguien me había dicho que Gyula y Gabilondo frecuentaban el café Museum, el mismo lugar donde, durante un lustro, Elías Canetti y Hermann Broch se habían reunido a conversar en interminables tertulias.

En una de esas tardes, mi imaginación buscó por todas partes hasta tocar un lugar de donde partían mil caminos. ¿Que ocultaba Fernando Gabilondo? Nunca me había

convencido su erudición. Nunca sucumbí a su encanto. “Es mentira que sea escritor. Nunca he escrito nada” —me dije— “Entonces, ¿Qué es?”, Le endilgue todos los oficios posibles. Era un peruano ricachón viviendo de sus rentas en Europa. Allí terminaban todos los caminos.

“Es el diablo” —pensé en una oportunidad— “¿Por qué no? El diablo habla todos los idiomas; posee todas las nacionalidades. Es escritor, gourmet, le gusta hablar de la arquitectura gótica, de marcas de vinos y de tipos de porcelana. Es el demonio y ha venido por el alma de Gyula”.

“Puede ser un espía”. Lo pensé y, de repente, esa suposición se convirtió en una contundente certeza. Viena era la capital de los espías. Punto neurálgico entre a Europa del oeste y la del este; país tapón, impedido por los rusos de cualquier determinación de independencia. Sí. Fernando Gabilondo no podía ser otra cosa que un agente secreto. ¿Pero, de cual de los bandos?

Que fuera espía calzaba perfectamente con un aspecto. De allí en adelante, empecé a atar cabos. Le encontré sentido a muchas de sus capciosas palabras, incluso al doble sentido de sus insípidos chistes. Se aclararon, para mí, sus desapariciones repentinas. Recordé el aspecto de las personas con las que solía encontrarse en el Hawelka, y con las que conversaba furtivamente en un apartado. “¿Espía de quién y para qué? ¿Espía soviético o americano?” Esas preguntas las formulaba el diablo dentro de mí. Gabilondo desaparecía periódicamente. Dicho de otro modo era probable que atravesase la cortina de hierro. Un inusitado desenlace tejía su tela invisible. Un tapiz hecho de oscuridad donde lo innumerable se me colaba cada instante al lado de otras suposiciones más plausibles.

En las pocas veces que pude ver a solas a Gyula, evité comentarle mis suposiciones. Se habría reído de mí. Ella se tornaba cada vez más delgada. Sus ojos, cada vez más hundidos, me impresionaban: cada vez estaba más pálida.

—¿Qué te pasa, Gyula, estás enferma? — le pregunté.

Gyula se ofuscaba, confrontada ese tipo de preguntas. Cómo justificándolo, hablaba de la amplísima cultura de Fernando Gabilondo. Había viajado fuera de Austria a liquidar unos negocios. Regresaba en una semana. ¿Qué te pasa, Gyula, estás enferma? —le pregunté.

Se ofuscaba, confrontándola ese tipo de preguntas. Como justificándolo, hablaba de la amplísima cultura de Fernando Gabilondo. Había viajado fuera de Austria a liquidar unos negocios. Regresaba en una semana. ¿Qué negocios?, me preguntaba yo.

Era innegable la extraordinaria evolución de Gyula. No sólo cada día más anémica, sino en todos los sentidos cada día más refinada. Se me iba. Sus referencias culturales evolucionaban. Sus ideas se tornaban cada vez más complicadas y me rebasaban. Filosofía, literatura, pintura, música, ópera, sobre todo referidas a la Viena de la Segunda Guerra. Gyula se desenvolvía con soltura sobre diversidad de temas. Hablaba del fin de la filosofía. Citaba pensamientos de Nietzsche. Recordaba su idea sobre “la muerte de Dios”. El suyo era un soliloquio mientras nos paseábamos por el Shoenbrung. La última vez que la vi, ella

se había convertido en una marioneta pálida. Se explayó con sorprendente lujo de detalles sobre un acontecimiento que había ocurrido en Viena hacía muchos años. El día de la anexión de Austria al Tercer Reich, Gyula, con voz hueca, como una especie de cinta magnetofónica, describía los rostros fanatizados de la gente, las exclamaciones enardecidas. El paso marcial de los soldados nazis. No hablaba. Era la voz de Fernando Gabilondo, testigo de esos hechos, utilizaba el cuerpo de Gyula para referir su peculiar experiencia.

Acompañé a Gyula a su casa en la Porzellan gasse. No me atrevía a entrar. Tenía la sensación de que esa casa, que ella no pagaba, era como el pórtico de entrada a una vida anterior escabrosa y perversa. Me era duro admitir que toda esta bella historia de mi vida había tenido como desenlace la historia de una joven húngara seducida en Viena por un viejo rentista peruano.

Esa misa noche corrí a buscar a mi amigo y paisano Claudio Solari, hijo del dramaturgo Enrique Solari Swayne, a decirle que estaba dispuesto a rescatar a Gyula de las garras de Fernando Gabilondo.

—¿Qué piensa hacer? —me preguntó Claudio.

—Enfrentar al viejo Gabilondo. Decirle en su cara lo que pienso.

—Cuidado con el *Ehren Beleidigung* —sentenció Claudio.

—¿Qué es eso?

Claudio, mientras nos tomábamos un *grog* en su casa, me explicó cómo en la legislación austriaca existía la llamada “afrenta al honor”. Uno no podía insultar fácilmente a alguien, imputarle algo que no había hecho porque podía incurrir en “Ehren Beleidigung”. La afrenta al honor era castigada duramente. En mi caso, lo mínimo que me podría pasar era que me expulsaran de Austria.

Finalmente, armándose de un coraje que no poseía, decidí llamar por teléfono a Gabilondo. En el Sacher no me pudieron dar razón de una primera oportunidad, pero pidieron mi nombre, lo que me hizo pensar que era comunicarse con Gabilondo había que llamarlo dos veces. Él tomaba ciertas precauciones. Cuando lo volví a llamar, me contestó cortante, invitándome, sin embargo, a tomar un trago en la terraza del hotel. Nos citamos a las seis de la tarde del día siguiente. Llegué primero y esperé casi media hora, tomándome un capuchino con crema. Al llegar, Gabilondo pidió dos martines que llegaron con sus aceitunas verdes cuando el sol teñía de un rojo óxido los muros traseros de la Ópera de Viena.

Gabilondo sabía que yo venía a hablar con él sobre Gyula.

Se me adelantó. Vestía un saco sport a cuadros y llevaba un pañuelo de seda en el cuello.

—Acabo de llegar de viaje. He estado en Gyula —dijo y, luego, se llevó la copa a los labios.

Lo miré desconcertado.

Como si a Gabilondo no le importase en absoluto la forma en que lo miré siguió

hablando:

—Estoy escribiendo una historia. Pensé que sería una crónica histórica novelada pero estoy derivándola, de manera natural, a la novela. Mi agente literario quiere que sea una novela, y quiere que aparezca simultáneamente en español y en francés. Posiblemente salga en octubre, en la *rentrée* parisina.

Continuaba sin recuperarme de la sorpresa que me había causado escuchar el nombre Gyula, relacionado con un lugar en un mapa más que con el nombre de una mujer.

—Una novela sobre Gyula —dije casi sin pensar.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque dijiste que había estado en Gyula.

—Gyula es un pequeño pueblito en la frontera entre Hungría y Rumania, en la Pustza en la llanura, al este del Danubio, en el camino de Transilvania. Pero no es sobre el pueblito de Gyula sobre lo que estoy escribiendo, sino sobre la princesa Gyula, hija del rey de Alföld, que así se llama esa región. La entregó en matrimonio al príncipe Dracul de Transilvania. Gyula, al enterarse de que pertenecía al más sanguinario de los hombres, que empalaba a sus enemigos, decidió quedarse dormida y no despertar más. Nada pudieron hacer —nada— ni médicos ni astrólogos, a fin de que lograra despertar.

—¿Es una novela fantástica?

—No. Estuve en Gyula para documentarme y allí conocí a la princesa. Estoy seguro de que era ella, una mujer que dormía sin que se supiese desde cuánto tiempo no despertaba. Los comunistas húngaros habían ocultado su historia por razones obvias, de Estado.

Luego, Gabilondo siguió contando, pero ya no lo escuchaba, Ya no podía salir de un estado de sopor que obnubila mi mente. Me despedí de Gabilondo cuando éste pidió otro martini.

Caminé como dos horas sin rumbo por Viena. En mi mente, imaginaba el cuerpo de Gabilondo, arrastrado por el Danubio, así como su piel rojiza, erosionada por la acción del agua, y su cara azulada. Al mismo tiempo escuchaba música de piano. Tenía que ser Gyula la que tocaba en algún lugar escondido dentro de mi mismo. Las notas caían suaves desde mi interior como gotas de agua. Llegué al Danubio, a la altura de la zona del barrio de Ucrania. Viendo el río, me supe muerto. Todo lo que yo era había muerto o se moría.

## *Año nuevo, vida nueva*

¿Por qué no hacemos una fiesta de fin de Año Nuevo para juntar a todos nuestros tristes amigos separados, aunque sea por una noche? — así lo dijo Inés. Ella se refería a que esos pobres divorciados que se encontraban en una situación tan calamitosa, en una soledad cuyo orgullo les impedía confesar.

Ramiro se negó al pedido. Él sabía lo duro que era propiciar el reencuentro de los que se odian tanto, después de haberse, quizá amado demasiado.

—No te metas en la desgracia ajena —sentenció Inés-Anda, no seas malo, hazlo en memoria de los viejos tiempos — insistió.

Ramiro encendió su pipa. Leyó su periódico. Después se fue a correr. Regresó muy sudado y acezante. Se bañó. Y a la hora de comer se siguió negando. Fue entonces cuando Inés sacó a reducir su arma más poderosa:

—Hazlo por los enanos, por los críos. No seas malo.

Esta vez, Ramiro ya no dijo nada. Se sentó en la sala y puso un disco, el *Concierto N° 23 para Piano de Mozart*. Inés, quien lo conocía y sabía qué tipo de música coincidía con el estado de ánimo de su marido, se percató — sin que Ramiro lo dijera— que, por fin, había dado su anuencia.

De inmediato, Inés llamó a Amelia a su casa. Ella sabía que tenía que convencer a la hija y pidió hablar con Jimena. Y en eso —como ella supuso—, puesto que Inés era de una extraña sabiduría, Jimena convenció a su madre. Amelia le devolvió la llamada a Inés.

—¿Qué pretendes? — dijo Amelia, con franqueza desde la primera frase.

—Que veas la cara de desastre que tiene tu ex marido —contestó Inés.

Lo que le estaba diciendo era algo así como: “Mira, amiga, tienes que ver en la cara de ese hombre lo que significa el desamor, Anda, ven, contempla su triunfo”.

Yo era el ex marido de Amelia. Ramiro me llamó por teléfono. Lo noté serio.

Ramiro era un amigo de toda mi vida, pero a nadie se le invita a una fiesta de Año Nuevo como quien invita a un velorio.

—¿Va a estar Amelia, no es cierto? —pregunté también con franqueza, desde el inicio.

— Fue idea de Inés, ya sabes como es ella de loca. Ven, que no piense tu mujer que la tienes miedo.

—¿Miedo, miedo yo? Yo no le tengo miedo a nadie y menos a mi ex mujer. ¿Cómo es?

— ¿Cómo es qué?

—¿Qué hay que poner para la fiesta?

—Las mujeres ponen la comida y nosotros el trago.

La invitación fue hecha antes de Navidad, justo un par de días antes de que mis padres me preguntaran por qué ya no venía con Amelia a casa para pasar las Pascuas,

como si quisieran ignorar, a propósito, nuestro divorcio. Y en Navidad, y después de Navidad, ya no pude pensar otra cosa que cómo iba a sentirme al volver Amelia, después de tanto tiempo (¿Cómo estará? —me decía—, ¿gorda, vieja o, de repente, no ha cambiado?). Me llegaban intermitentes, momentos pasados con ella. Me los devolvía mi memoria sin que yo se lo pidiera. Todos eran placenteros recuerdos. Sobre todo aquellos días cuando viajábamos fuera de Lima. Recordaba esas escapadas como si los desastrosos momentos de la contienda hubiesen sido enterrados o no hubiesen ocurrido.

Compré el mejor vino que encontré. Por fin llegó ese último día del año. No pude conciliar el sueño desde el penúltimo día. Durante algún tiempo, mi hija Jimena había intentado contarme sobre cómo le iba a su mamá, y yo, aunque prohibiéndole que lo hiciera, la había dejado hablar ocultando mi curiosidad. Al parecer, no había vuelto a aparejarse con nadie después de nuestro divorcio. Veía a mi hija los fines de semana, pero era en Navidad donde. Amelia jalaba de un brazo a Jimena, y yo del otro.

—¿Qué vas a hacer la noche de Año Nuevo? — le pregunté a mi hija.

—Lo mismo que tú, me voy a una fiesta — en la voz de Jimena había complicidad y alegría. No seguí insistiendo.

En verdad, nunca antes había vivido los últimos días de un año con tanta ansiedad. Por supuesto, ya no amaba a Mela —como llamaba a Amelia cuando aún nos queríamos—. Tampoco consideraba, ni remotamente, la posibilidad de reconciliarme con ella. Lo nuestro estaba muerto. Simplemente, volver a verla me removía por completo. Era como abolir el tiempo. ¿Qué habría pasado si no nos hubiésemos divorciado? ¿Cómo habría sido todos esos años que no pasamos juntos? ¿Habría sido yo más o menos feliz? No nos habíamos visto las caras en mucho tiempo; nos comunicábamos a través de nuestra hija. Depositaba en la cuenta de un banco, sin tardanza alguna, lo que me correspondía pasarle a Jimena por orden del juez. En diez años, haber hablado con Amelia un par de veces por teléfono fue para mí bastante.

La casa de Inés y Ramiro quedaba en Barranco, cerca del Parque Municipal. Durante todo el día no supe si debía llegar temprano o tarde. La hora de aparecer por la fiesta podía modificarlo todo. Llamé a Ramiro.

—A qué hora han pensado reunirse.

—Bueno, a las nueve o diez. Si quieres ven más temprano. Pero, por favor, antes de las doce.

No era mala idea aparecerme a las dos de la mañana cuando Amelia, a lo mejor, ya se habría ido. Consideré esa opción con seriedad.

—Mira, Ramiro, tengo un compromiso: otra fiesta, pero voy a tratar de llegar lo más temprano que pueda.

Ramiro colgó sin contestarme. Él no sabía cómo ocultar el engorro que le causaba la situación creada por su mujer. Al parecer, no éramos Amelia y yo los únicos divorciados en ser convocados, Inés era diabólica: terminar el año en una fiesta en la que todos eran

divorciados, pero divorciados que se reencontraban. Era inimaginable lo que podía resultar con un experimento tan peligroso.

Llegué a la fiesta a las once. Amelia había llegado temprano, según me enteré. Una fiesta de Año Nuevo empieza realmente, después de las doce. Antes, todos son solo preparativos. Amelia estaba ayudando en la cocina cuando llegué. Oí su voz. Me senté en el comedor, fingiendo que me moría de hambre. Inés sonrió al servirme un plato de causa, porque ella sabía que me había colocado en ese lugar para, desde allí, divisar a mi ex mujer.

Inés, tras poner el plato de causa sobre la mesa, me susurró al oído:

—Este plato lo preparó Amelia. Me imagino que te acordarás de la sazón. Anda, salúdala. No seas malcriado.

Amelia estaba preparando los aliños para el pavo. Las risotadas de los bebedores de vino, whisky y otros tragos provenían de la sala, porque cada uno llegó con una botella diferente. Estuve un instante inmovilizado. Finalmente, me paré y me acerque a la cocina. Con una mano apoyada en el marco de la puerta, dije:

—¿Cómo esta la niña?

Amelia no me respondió. Siguió embebida en un trajín de introducir guindas en las entrañas del pavo.

—¿Tú, cómo estas? —ésa fue mi segunda pregunta, de la que tampoco obtuve respuesta. No sabía cómo mirarla, sin o con dureza, sin o con ternura. Sentí que la miraba con resentimiento, reclamándole y temeroso de que ella fuera a darse cuenta. Me encogí de hombros y en lugar de volver a mi asiento, en el comedor, seguí de frente hacia la sala. El espectáculo era increíble. En un lado estaban los divorciados; y en el otro, las divorciadas. Inés, en medio de todos como una especie de director de orquesta de fino oído, dirigía ese coro de corazones rotos, de almas que no volverían a juntarse, a los que la loca de Inés les había dado la oportunidad de estar en una fiesta juntos. Era gracioso: años atrás todos habíamos estado en una Fiesta de Año Nuevo, pero casados y jóvenes. Todos lo estábamos recordando. ¿Qué se puede hacer en una situación así si no es disimular? Se suponía que éramos cultos; civilizados. Además, todos habíamos sido amigos alguna vez, pare de una misma tribu que se disgregó. Porque todos, con excepción de Ramiro y Mela, terminamos divorciados.

Los festejantes conversaban y bebían, como si no hubiese pasado nada, como si el tiempo no hubiese transcurrido. Pero el tiempo estaba allí, en las huellas indelebles, en las que se veían y en las que no. Nadie había olvidado nada.

Amelia se plegó al grupo en la sala. Sentí que la miraban y que ella me observaba, que comparábamos quién había envejecido más. Yo estaba más viejo, ciertamente. Pero en Amelia los años casi no habían pasado y menos por sus piernas, que no pude evitar observar: como un marino que se reencuentra con el mar después de haber vivido muchos años en un país mediterráneo.

¿Cuántas veces había hecho yo el amor con esa mujer? ¿Dos mil veces, diez mil veces?

Si eso yo no lo olvidaba, y ella por supuesto que tampoco. No olvidábamos; era el día que hicimos el amor por primera vez. Fuimos a pasar el fin de semana a Lunahuaná. No nos habíamos casado todavía. Éramos casi dos extraños cuando se lo propuse. Y, en esa época, tres meses después de ese paseo, un día miércoles, en el lugar menos aparente, en una oficina de nuestro trabajo, me informó que estaba embarazada. Mela era mi secretaria. Tenía tres meses de gestación. Mientras ella hablaba con excesiva formalidad sobre las pruebas ginecológicas a la que se había sometido, yo la recordaba sentada en cuclillas sobre una palangana de porcelana, aseándose, lavándose la vagina después de hacer el amor en un hostel de Lunahuaná.

El embarazo de Amelia comprometió mi vida entera, mis principios y los escrúpulos que se desprendían de esos principios. Yo era un tipo de hombre para quien casarse con una mujer de rasgos notoriamente mestizos representaba, en esa época, un serio dilema. Sin embargo, superando mil atavismos, nos casamos, pero sólo por matrimonio civil y con un par de amigos de testigos, sin familiares presentes. Luego de una corta luna de miel, en un hotel de Paracas que brindaba ofertas en invierno, alquilamos un departamentito en Jesús María. No voy a relatar las tribulaciones del parto, que representaron para mí una gran molestia.

Un año después, mi hija dormía en su cunita y yo, postrado en un sillón, observaba los rasgos fisonómicos de mi hija con mucha curiosidad. Se parecía a su madre y no a mí.

Un paso tan importante como el matrimonio fue para mí llevarla a mi círculo. En realidad, el racista era yo, no mis amigos. Ellos recibieron a Amelia con normalidad y ella no tuvo dificultad alguna para departir con gente que no era de su ambiente. Pero yo tenía muy metidas ciertas cosas en la cabeza y estaba seguro de que mis amigos, mis hipócritas amigos, criticaban mi elección. Yo los conocía bien. Tenía que estar comentando el hecho de que yo me hubiese casado con alguien como Amelia, es decir, con una cholita.

Desde que nació Jimena, no dejamos de pelearnos un solo día. Hasta que ese día, un terrible día que recuerdo con extraordinaria claridad, la boté a empujones a la calle y cerré la puerta con cerrojo, después de una pelea en las que nos dijimos de todo. Seguidamente, ella golpeó la puerta con desesperación, mientras yo, muy tranquilo, observaba los rasgos de mi hija. Ella dormía en su cuna. Viéndola, recordaba a Amelía en ese hostel de Lunahuaná. Por asociación, tal vez, recordaba el día en que esa niña había sido engendrada: los abundantes cabellos negros de Amelia colgaban, como una cortina, sobre su rostro, mientras ella se lavaba el sexo, en cuclillas, sobre una palangana. Con su cerquillo sobre la frente, parecía una india campa en medio de la selva. De nada sirvió esos levantamientos vaginales; ese día engendramos a Jimena.

Todas esas imágenes superpuestas, entremezcladas, regresaron a mi mente con su letal soledad. Las evoqué mientras, desde el comedor, vi a Amelia frente a mí; sentada en un sillón, con las piernas cruzadas, en la sala de la casa de Inés.

Nunca había asistido a una fiesta de Año Nuevo más terrible. A medida que fueron pasando las horas, el ambiente se fue cargando de los malos humores de divorciados que se

lanzaban pullas —entendidas sólo por ellos— y miradas que sólo eran para que las entienda otra persona y nadie más. No voy a dar nombres ni ninguna señal. Mis amigos siguen allí y serían fácilmente identificables.

Hasta que por fin llegó la medianoche. Sonó la sirena de la Compañía de Bomberos de Barranco. Además del ruido del loquerío, los gritos y los fuegos artificiales, los divorciados corrieron hacia donde estaban las divorciadas y se abrazaron. Algunos lloraban, otros se besaban en la boca, luego se produjo el abrazo generalizado de unos con otros.

Busqué a Amelia porque, minutos antes, se había levantado de su asiento. Vi que salía a la calle. No era extraño que hubiese salido. La gente lo hacía para tirar monedas en la acera o para dar la vuelta a la manzana con una maleta. Varios divorciados, agarrados unos de otros, comían uvas. Era el milagro de esa noche.

Recuerdo que demoré en reaccionar, corrí tras de Amelia. Desde la puerta, vi cuando ella cruzaba la avenida, sorteando automóviles que hacían sonar sus bocinas. Ramiro e Inés vivían muy cerca del Parque Municipal de Barranco. Yo también corrí en la misma dirección.

Cuando llegué al parque, sobre las losetas color rojo salomón, reventaban los petardos; algunos explosionaban en el cielo, desparramando escarchas de colores. Divisé a Amelia abriéndose paso entre la gente que corría alborozada. En el cielo, seguía reventando los cohetes, cada vez en menor número.

—¡Feliz año! —le dije al alcanzarla—. No se movió me dijo nada. Dejó que la abrazara.

A Amelia le bastó una fracción de segundo para que, una vez pegada a mi cuerpo, pudiese adivinar la magnitud de lo que yo sentía.

Primero susurré, luego hablé y finalmente imprequé. Le reclamaba a Amelia en voz alta por haberme quitado a mi hija, por haberla predispuesto en contra mío. Jimena había crecido lejos de mí odiándome, por su culpa.

—Estoy cansada. Tengo ganas de irme a mi casa —dijo Amelia—. Amiguito, me voy. Chau. Pasa un día pasa que veas a la niña.

La noche de la fiesta de Año Nuevo empezó, en segundos, a languidecer. La gente caminaba sin rumbo por la calle, borrachos.

Amelia estiró el brazo, tratando de solicitar un taxi.

Hice un gran esfuerzo y, ubicado casi dentro de la pista, hice parar un auto.

Mela, sin voltear a mirarme, subió al taxi que se perdió en la oscuridad de la noche.

## *Historias de verdugos*

Duermo junto a ella, simulo que duermo. Siento los ojos de Patricia que me observan en la penumbra del dormitorio. La siento tan cerca que diría que me toca, como si quisiera asegurarse de que existo. Simulo que despierto. Le hago creer que la miro sorprendido. Ella me jala hacia su cuerpo. Hacemos el amor sin ofuscamiento alguno, con tierna suavidad. Después, me quedo dormido.

Todo esto ocurrió cuando estaba por terminar la última escena de mi pieza dramática compuesta por un introito y diez escenas: *Historias de verdugos*.

En esos años, usaba pesados borcegués y solía escribir en calzoncillos. Patricia y yo vivíamos exilados en París, en un pequeño departamento de un alto edificio, cuyo atractivo lo constituía una terraza, desde la que se veía la ciudad. La vista nocturna era más hermosa que durante el día, pues se apreciaba un mar de luces. Yo escribía, mientras Patricia cernía el café a través de un papel filtrante. Ese tipo de escenas no las olvido.

Patricia era una actriz bellísima.

Escribía pensando en ella. Recuerdo una noche de verano, Patricia y yo nos habíamos echado desnudos en la cama, mientras las dos tazas de café humeaban sobre el velador.

Nuestra hija, Alejandra, se había ido de vacaciones a la casa de una tía, en Miami. Así que Patricia y yo éramos como entusiastas recién casados que estrenan casa.

De la misma manera como Róger Caillois alguna vez escribió *La sociología del verdugo*, yo escribía *Historias de verdugos*. Cuando murió Anatole Deibler, el verdugo de París en 1939, toda la sociedad francesa se vio conminada —tal vez por un sentimiento de culpabilidad— a comentar y analizar los pormenores de su vida y de su muerte. Hablaban de sus turbios instintos, pero le asignaban un carácter casi divino. Los intelectuales franceses debieron recordar la escalofriante novela de Balzac: *El verdugo* (que yo utilicé como fuente de inspiración para mi pieza de teatro). Deibler fue un héroe trágico. Murió a los ochenta años en la estación del metro, alguien lo empujó. La gente transformó su muerte en un hecho de materia simbólica. Los parisinos llegaron a la conclusión de que lo empujó la energía sutil de sus víctimas. Esa misma palabra fue utilizada para calificar a lo que yo intentaba dramatizar. Evidentemente, la muerte de Deibler, el verdugo de París, era el tema en la primera escena de mi obra teatral, la quinta pieza de mis obras teatrales, porque no pienso escribir más. Me fue fácil tratar de imaginar el diálogo que debía anteceder a la situación, donde Anatole Diebler, maestro de la guillotina, es empujado a las líneas del metro.

El meollo de la pieza estaba en los dos actos siguientes, pero yo, en ese momento, sólo los intuía.

Sucedían en algún país de América Latina: era la historia de un filósofo que escribía un ensayo sobre los más famosos verdugos de la historia del mundo. Deibler era el primero.

—Sabías que, hasta antes de mediados del siglo XX, en India los verdugos eran muy respetados. Dependían de la autoridad de los Marajás, que los protegían dándoles tierras y dinero. Los verdugos eran los encargados de dar muerte a los asesinos condenados por el Marajá. Ésos eran colgados, mientras los primeros tiraban de la cuerda. Los verdugos no sólo eran protegidos sino venerados, Bendecidos por la Diosa Kali, a quien pedían ayuda, arrodillados con sus dos manos juntas ante un altar, rodeados por velas encendidas, tenían la capacidad de curar a los enfermos, rociándoles ceniza en la cabeza. Estar bendecidos por la diosa Kali, quien había vencido al demonio, les otorgaba ese poder —dije yo. Supongo que Patricia imaginó la escena.

¿Qué siente un hombre que cumple órdenes de la ley —mejor dicho, del poder— al asesinar a otro? Ésa era la obsesión de Fernando Miguel, el verdadero héroe de mi pieza teatral.

Había terminado de escribir el primer acto cuando, al momento de ingresar a la cocina en busca de algo para beber, encontré un mensaje de Patricia, escrito en un papel celeste: “Imagínate que regreso a mi casa, creyendo que me esperaba mi marido, pero no lo encuentro. Está en su club de verdugos. Si es así, si mi compañero es dramaturgo, entonces tengo el derecho de vivir como una actriz”. Por supuesto, esto no tenía nada que ver con lo que ocurría realmente con Patricia. Digamos que era un primer plano, una primera capa, la cáscara superior.

Patricia trabajaba mucho, ensayaba de lunes a viernes. Formaba parte del elenco de un grupo de teatro sudamericano que habría de escenificar una obra de João Cabral de Melo Neto, *Muerte y vida Severina*, siguiendo los presupuestos dados por la historia puesta de Odette Asslan y Marlyse Meyer.

Trabajaba todas las noches con la esperanza de que mi obra fuese inmediatamente llevada a escena por el grupo de Patricia, que dirigía el engreído e iracundo Andrés Portal. Ella ensayaba en las tardes, mientras que yo trataba en las noches hasta altas horas de la madrugada.

—¿Cómo va la pieza? —preguntaba constantemente Patricia.

—Avanzada —le respondía yo.

Aunque ella sólo sonreía, con esa sonrisa quería decirme: “Nunca terminarás tus historias de verdugos ni jamás se dirán, por mi labios, los diálogos escritos por ti”.

El lenguaje de quienes fingen es el más sutil de todos.

Lo curioso es que mientras ella ensayaba para actuar en una pieza que le cantaba a la vida, yo escribía otra, pero con la muerte como tema central. Vivíamos en Francia, pero no importa que fuese Australia o Suecia. No vivíamos, moríamos. Éramos exiliados. Existíamos dentro de un teatro. A la realidad no podíamos volver. La realidad se había quedado en nuestro país, en ese país donde todos somos víctimas y verdugos al mismo tiempo.

Cuando Patricia llegaba a ensayar no comentaba otra cosa que la pieza que estaban preparando con Portal. Se mostraba *severina*. Estaba —como se dice— embebida en su personaje.

El adjetivo *severina* fue creado por João Cabral de Melo Neto, para calificar todo lo que concierne al destino de los olvidados. Al desheredado se le llama en Brasil “Severino”. En el escenario, hay manglares bajo un sol calcinante. La pieza de Cabral en manos de Portal debía asumir la forma de un Auto sacramental. Un Auto Sacramental es en realidad un acto único, debiendo en escenas y escrito en verso.

La extraordinaria sutileza de Patricia se me hizo evidente cuando, obligado por su vecindad, empecé a profundizar, arrastrado por ella, en la pieza de Cabral de Melo Neto. La mía era el reverso de esa pieza. Yo escribía sobre los verdugos mientras que Cabral había escrito sobre las víctimas.

Por supuesto, la pieza que yo estaba escribiendo era diametralmente distinta a la de la Cabral (me refiero en lo que a dramaturgia se refiere). En la mía, no cabía una actriz como personaje importante del reparto. Pero tenía que haberlo si quería que Patricia actuara en ella. Ahí estaba la dificultad del texto, el escollo que no me dejaba avanzar.

¿Qué espera una actriz, más allá de fingir durante las semanas que duran los ensayos y las representaciones? ¿Qué espera un dramaturgo, más allá de la fugacidad de un momento alimentado con paciencia cada noche? ¿Qué espera una esposa, al lado de un marido que asume que ella no le pertenece, porque no se pertenece a sí misma? Son tres expectativas distintas. ¿Cómo incorporarlas en una pieza en la que un filósofo discute con su mujer? Porque ésa fue la salida: Fernando Miguel discute con su mujer sobre la inocencia del verdugo. Ésa fue la única manera que se me ocurrió para incluir a una actriz en mi obra.

Entre la tarde y la noche, se producía mi encuentro con Patricia. No me había sentado aún en mi mesa de trabajo, cuando Patricia regresaba muerta de hambre de sus ensayos.

La cocina, en nuestra casa, era parte del comedor. Patricia, delgada y nerviosa, estaba muy tensa, vestida en pantalones, llevaba una bolsa de cuero. Había adelgazado mucho. Se le marcaban los huesos del pecho y un temblor estremecía su piel colma de pecas.

—Descríbame a Deibler, el verdugo de París —dijo ella, mientras untaba mantequilla en un pan.

—No quieres escuchar más bien sobre Fernando Miguel, el filósofo con el que actuarás en la pieza. Tendrás que discutir con él sobre la moral de los verdugos.

Yo quiero defender a los verdugos.

—No, los defiende Fernando Miguel. Tú los atacas.

—¿Quién gana la discusión?

—La actriz. El texto no propone hacer apología de los verdugos.

—¿Qué buscas decir, entonces?

—Expresar el drama terrible de quien mata siguiendo órdenes, cuando estas órdenes competen a una supuesta felicidad en el futuro.

—Pero lo verdugos mataban criminales principalmente. Deibler, según tengo entendido

el era solo quien hacia accionar la guillotina de la justicia.

Si, eso está en le primer nivel de raciocinio en la pieza. Pero el drama se extiende a todo aquel que mata y se convierte en el instrumento de otro que es el que verdaderamente mata; supuestamente amparado en una obligación moral más allá del asesinato. Ése es el quid de la obra.

—¿El quid?

—Si, el quid.

—Antonio Miguel siempre viste sacos sport elegantes, porque de esa manera se asume elegante a la vez que distinguido. Usa gruesos anteojos de carey, que delatan su miopía.

—Continúa describiendo —solicitó Patricia.

—Es más un hombre frío que un apasionado. Es feo, frío calculador y tenaz.

Cuando salimos de la cocina y nos trasladamos a la sala, Patricia se recostó sobre la otomana. En ese instante, sonó el teléfono.

—Es para mí —dijo ella.

Por lo que oí, pude enterarme de que Patricia había recibido una llamada de Portal, el director. Aproveché para ir a mi mesa y traer lo que tenía avanzado de mi *Historias de verdugos*. “Si hay alguien que sabe aquilatar lo que es teatral y lo que no es, ésta es Patricia. Ella critica todo lo que escribo y no tiene contemplaciones” —me dije.

—Bueno, en qué nos habíamos quedado —dijo Patricia, después de hablar por teléfono.

—En lo qué se apoya Fernando Miguel, el personaje, el filósofo. Para defender al verdugo profesional Fernando Miguel instala una especie de ambigüedad.

Patricia movió la cabeza negativamente y añadió:

—Me imagino a Deibler en escena. Es una tontería eso de tu filósofo conversando con su mujer acerca de la moralidad de los verdugos. Es Deibler, el gran personaje, quien debe ser el eje del drama. Lo imagino encorvado, oscuro, sórdido y, al mismo tiempo, puro envuelto en su calidad de instrumento final de la ley que lo avala, que convierte a un asesino en un ejecutor del bien.

—No necesito a Deibler, no en ese sentido. Necesito a alguien en escena que especule sobre la muerte. Un verdugo es un ignorante. El teatro no es sólo situaciones, son ideas y es conflicto, representación que pretende decir cosas, los verdugos no tienen ideas, son parte de la guillotina. Mi teatro es de confrontación entre ideas de índole moral. El filósofo que defiende la necesidad del verdugo es el que me interesa.

—Sí, pero no mates a Deibler en el primer acto. ¿Por qué no haces que Fernando Miguel discuta con Deibler? La inhumanidad de la lógica, contra la humanidad del que se resiste a ser sólo el ejecutor, e que mata, el ser humano que se rebela a su condición de instrumento.

—¿Tú crees?

—Claro. El tiempo no debe importarte. Ponlos fuera del tiempo y del espacio. Que discutan en medio de la historia del mundo.

¿Cómo decirle a Patricia que con su sugerencia ella salía de escena? ¿Cómo decirle que

escribía para ella, que quería incluir un tercer nivel significativo, uno más ambiguo, más soterrado, en la que yo era el verdugo y ella la víctima? Porque Deibler era solamente una máscara. Fernando Miguel era Deibler. Yo era Deibler. Todos somos verdugos de lo que amamos. Eso era lo que verdaderamente quería decir.

Sólo se puede escribir teatro imaginando en todo momento. Los actores en el escenario deben hablar y moverse alrededor de un conflicto que debe vivir en mi corazón.

Patricia se quedó un rato pensativa. Pero —como dije—, en esos momentos me había empantanado y, como me había ocurrido en otras oportunidades, salía del atolladero contándole a Patricia lo que se me ocurría en ese instante. Obligado por la necesidad de contar las vicisitudes de mi propia historia, ésta fue tomando cuerpo. Ese recurso no falla. Esta vez se trataba de la historia de nuestra vida, por esa historia estábamos en París, donde viviríamos para siempre, para no regresar nunca a nuestro país.

—En el escenario, el filósofo lee al mismo tiempo a Bertrand Russell y el *Tractatus* de Wittgenstein. Detrás de sí está su esposa, sentada sobre una otomana, oyendo lo que lee Fernando Miguel. El filósofo lee *Pesadillas de hombres eminentes* Bertrand Russell y voltea para mirar a Augusta, la actriz.

—¿Cómo dices que se llama el personaje femenino?

—Augusta. Bertrand Russell dice que en sus pesadillas un hombre eminente puede ver los días transcurridos. Todo en fila: los días alegres, los días tristes, los eufóricos, los melancólicos, hasta los terribles días vacuos. Y el verdugo, al morir, ve el rostro de cada una de sus víctimas. Al advertir ese rostro, concentra en su muerte todos los acontecimientos reunidos en una vida que interrumpió. Él mató a Augusta.

—¿Augusta?

—¿Qué, no te gusta el nombre?

Una luz ingresa por uno de los lados del escenario. La escena está en penumbra.

—¿Fernando Miguel y Augusta? Cámbiale el nombre al personaje femenino. ES demasiado directo.

-No en París.

-¡Cámbialo!

—No puedo. No puedo llamarla de otra manera.

—¿Y el filósofo habla con su mujer de biografías de verdugos?

—Así es.

—No me jodas. Nunca has escrito algo más malo que eso.

—La suya es una conversación algo deshilvanada. Hablan de un bosque de eucaliptos que no pueden olvidar y de un viaje en avión, de una computadora que se puede comprar por partes. Pero también discuten acerca de un tiempo inocente en el que vivieron desprovistos de pensamientos propios. De su vida azarosa, de lo que significa vivir escondido. Ella pregunta si hay una cajita de servilletas. Fernando Miguel le relata la vida de Deibler, entre otras conversaciones, porque el filósofo sabe que en poco tiempo va a asesinar a Augusta.

—¿Y no hay más personajes en la obra?

—Claro que hay. Están los otros verdugos. Entran dos de ellos en escena: ella es una mujer de pelo corto, castaño y crespo y es cómplice del filósofo porque sabe que muerta Augusta, ella habrá de reemplazarla en el corazón de Fernando Miguel. El otro personaje es uno de los miembros del Comité Central que esta de parte de Augusta.

¿Cómo podía decirle a Patricia que mi filósofo vivía aprisionado por una contradicción?

—¿Y qué pasa?

—El filósofo deja de leer el libro de Bertrand Russell, y coge otro.

—Lee libros en escena, ¡qué cursi!

—Exactamente eso. Y Augusta desea cambiar de conversación. Pero Fernando Miguel insiste y dice al leer un segundo libro lo siguiente: “¿En qué circunstancias la tierra puede ser más complaciente un libro que cuando sirve para tapar a una sepultura?”

—Qué huachafo. Demasiado simbolismo. Tiene que pensar en los espectadores que van a ver un espectáculo, van a divertirse.

—Las ideas pueden ser parte de un espectáculo. Pon atención. El Verdugo se acerca a la mujer del filósofo y le dice: ¿Es un disparate pensar que un solo libro esta dicha toda la verdad? Entonces Deibler mete su cuchara y suelta un absurdo: “Imagínate a un grupo de estatuas a las que les es permitido hablar. Pueden conversar pero no voltear a mirarse”

—¿Quién dices que dice eso?

—Deibler. El Verdugo de París.

—Me había olvidado de Diebler. ¿No dijiste que era un ignorante?

—Está hablando de Platón, pero no lo sabe —le dice Fernando Miguel a su mujer.

—¿Y después qué sucede?

—¿Cómo qué sucede?

-Durante un prolongado momento, los dos verdugos conversaban sin mirarse. Discuten sobre el destino, la fugacidad de la vida, el azar, sobre aquello que es inefable y que la revolución no alcanza a develar ni alcanzará nunca. Conversan acerca de lo que escapa, lo que es huidizo. El hecho de ajusticiar los ha dotado de una sabiduría que no poseen los simples mortales. Eso se me acaba de ocurrir porque tú quieres que el filósofo y el verdugo se enfrenten en escena.

—¿Y después qué crees que va a pasar?

—Hasta allí he llegado. Mejor dicho no se me ocurre nada más.

## *Los ángeles del quinto piso*

La portería de una casa parroquial de a Iglesia de Saint Nicolás du Chardonnet, en el Barrio Latino, es la boca de un túnel. Allí se reciben las llamadas de los feligreses vulnerables. Bernardette así se llama la portera.

Estoy en París hace tres meses. ¿Dónde estás? ¿Dónde te encuentras, ahora, Sofía? Esta pregunta me la había hecho en Lima, pero en París se había convertido en una pregunta obsesiva.

Un descuidado jardinero crece en la curvatura posterior del templo. Una reja, de menos de un metro de altitud, separa la parroquia de la calle.

“Tienes que estar aquí en París, Gastón”, me decía a mí mismo. ¿Estaban ambos en París? Yo en París, y buscaba a Gastón para que me explicara como había hecho para robarle el alma a Sofía.

La puerta de la casa parroquial, con un par de autos Citroën que se cubren de hojas secas junto a varias motonetas sujetas con cadenas de anclajes de hierro, está en el bulevar Saint Germain.

Luego de atravesar un portón alto de la casa parroquial, un vestíbulo oscuro de elevado cielo raso antecede a la blancura de escalas de mármol que conducen a las habitaciones del pastor. El párroco es el padre Touvay. Otros sacerdotes también se alojan en el segundo piso, en el ala que da al bulevar.

Bernardette me mira con curiosidad. Se sorprende mucho cuando le dijo que no tengo adónde ir.

Cuelga el teléfono: “Attendez”, dice, y me revisa como tratando de ver en mi interior.

Espero media hora. Durante ese tiempo, suena el teléfono varias veces.

—¿No puede levantarse de la cama? —preguntaba Bernardette por el teléfono—. Necesita alguien que le haga las compras. Déme su dirección exacta —agrega—, y dígame su teléfono.

Ahora suena el intercomunicador.

El padre Touvay ha accedido a recibirme.

Gastón había logrado escapar de la policía en el Perú y conseguir asilo en Francia. Yo tenía que encontrar a Gastón pero pensaba que luego de la explicación que él me diera. Sofía podía resucitar. Sin embargo, Sofía había sido asesinada por la policía de mi país y el culpable indirecto había sido indudablemente Gastón.

Durante mi primera noche en París, dormí en una posada de la Place d’Italy.

Al día siguiente de mi llegada, me alojé en un hotel razonablemente barato en el barrio

de Belleville, donde viven muchos árabes. Luego, casi sin dinero, fui a dar el sitio que me correspondía: al mundo de todos los excluidos de París, el *Sentier*.

Allí, mis últimas reservas de dinero se esfumaron.

Cada día comía menos, me sentía más desamparado. Dormía en los parques. Pasaba las horas vagando por los *quais* del Sena, mirando el río que, fangoso y oscuro, era como un imán para los suicidas. Una mañana vomité de hambre. Recorrí el bulevar Saint Germain, confundido entre la multitud, buscando la voluntad suficiente para detenerme en una esquina y alargar la mano. Así, llegué a la parroquia del Barrio Latino.

Como dije, el Padre Touvay, avisado por un intercomunicador de mi situación, aceptó recibirme tras media hora de espera.

Bernardette me había advertido que, al llegar al segundo piso, me toparía con un pasadizo y una sucesión de puertas. No necesité tocar la puerta indicada. Se abrió repentinamente. El padre Touvay salió a recibirme. Lo primero que convocó mi atención fue su Camarena de lanilla blanca y sus anteojos de montura de oro, que le conferían una gran distinción de su aspecto.

El párroco Touvay era tan blanco como si estuviera espolvoreado con talco. Su cabello canoso lucía impecablemente cortado. Su rostro se adornaba con una especie de sonrisa ensayada, como la expresión de algunos diplomáticos. Sus ojos eran intensamente azules; parecían siempre ligeramente mejorados, como si acabara de llorar. Sentí la fuerza de su mirada. Observaba con profundidad, como si viese el alma oculta dentro del cuerpo de su interlocutor. Sus cejas eran también de finas canas enroscadas.

Me cogió de un brazo, acompañándome a lo largo de un pasadizo. El piso estaba alfombrado con una moqueta celeste y las paredes repletas de cuadros con motivos religiosos. Había objetos, que supuse reliquias religiosas, conservados en urnas de vidrio.

Mientras caminábamos lentamente por ese corredor, el padre Touvay se expresaba en un francés melodioso y algo impostado. De pronto, se quedó callado. Volteé a mirarlo. Caminaba en silencio. No decía nada. Muy delgado, de nariz perfilada, no era muy alto como la mayoría de los franceses, no obstante, daba la impresión de ser en realidad de mayor estatura.

En su oficina, desde una ventana amplia, se veían los árboles del Bulevar Saint Germain. Su escritorio destacaba elegantemente. El lugar, algo suntuoso, dejaba traslucir el deseo de ser sobrio. En la pared destacaban los tonos negros de un Cristo de Rouault, que, combinados con el azul de Prusia, llenaban la habitación de un ambiente místico y elegante a la vez.

Aquel maestro de la sonrisa y del autocontrol, Touvay, llevaba una pequeña crucecita de plata en la solapa del saco.

—¿Así que usted está desamparado? —dijo el sacerdote.

Mi timidez me impedía hablar.

—¿Cómo se llama?

—Sebastián —contesté—. Soy peruano.

—A, el país de los Incas. Es un país muy católico. La patria de Santa Rosa de Lima. He leído la novela El puente de San Luis Rey de Trotón Wilder, que sucede en Lima. Aquí tenemos a un sacerdote peruano: el padre Dieguez Ya lo conocerá usted — comentó Touway.

Frunció el ceño al no obtener respuesta de mi parte.

—¿En qué te puedo ayudar? —dijo Touway, con tono paternal.

Hice un recuento de mi experiencia en París, de la situación en a que me encontraba. Me extendí sobre mis penalidades para conseguir alojamiento en esa ciudad y confesé que ya no quedaba un solo franco en el bolsillo.

Sobre el escritorio de Touway se asentaba un vidrio grueso y, debajo de éste, había varias fotografías. Fotos pequeñas, tamaño pasaporte, de hombres jóvenes. Los había de diferentes razas: algunos eran, a todas luces, jóvenes árabes o latinoamericanos.

—Mira, querido amigo: lo que te voy a ofrecer es poco. En el edificio de nuestros servicios parroquiales de la comunidad, tenemos una habitación. Está destinada para el custodio del edificio. Lo que tendrías que hacer es cerrar la puerta principal en la noche, apagar todas las luces y volver a abrirla en la mañana. No puedo ofrecerte un salario por ese trabajo. Pero, en los servicios que la parroquia brinda a sus feligreses, hay mucho que hacer. La asistencia a los afligidos, por ejemplo, es un servicio pagado. En esos quehaceres puedes agenciarte el dinero para tus gastos. Una sola cosa está prohibida: no debes entrar al quinto piso. Si lo haces, tendrías que dejar la parroquia.

El padre Touway, que de un momento a otro empezó a tutearme. Poco después hablaba de quién fue Saint Nicolás du Chardonnet. Y, luego de una hora, se refería a la iglesia y lo que existía fuera de ella: el mundo.

—¿Dime, te gusta la pintura?

—Sí, claro que me gusta —respondí. Quise comentar que prefería la literatura, pero me contuve.

—París no es una ciudad literaria, a pesar de los muchos poetas que viven aquí: eso es un mito. Tuvimos algunos grandes escritores. Los últimos fueron Claudel, Muriac y Bernanos. ¿Los has leído?

—No. No los he leído.

—No importa. Como te dije, París es la tierra de la pintura y de los pintores, más que de escritores.

Touway se quedó pensativo, como si su mente estuviese en otra época y en otros espacios.

—Cuando entraste, vi que fijaban tu atención en el Cristo de Rouault. Llévate este álbum. La próxima vez que almorcemos juntos me lo devuelves y te prestaré otro — Touway puso un bellissimo álbum de cuadros de Rouault en mis manos.

No sabía cómo agradecer y repartí varias veces la palabra “merci, merci, merci”, como una letanía.

\*\*\*

En una calle cercana al templo, un par de cuadras más allá, se encontraba el edificio dedicado a las obras sociales de la parroquia. Era allí donde yo iba a ejercer como conserje. Cuidante y vigilante nocturno.

Era un edificio algo estrecho en su frontis y de siete pisos. Cumplía varias funciones: en los dos primeros niveles se encontraban el servicio de consultorios médicos y el dispensario. En el tercer piso, una cuna maternal. En el cuarto había una sala de lectura. El quinto nivel, tras una puerta por lo general cerrada, se cumplía una actividad restringida al público. Ingresaban allí, a ciertas horas, monjas y sacerdotes. El lugar estaba prohibido para gente como yo; sobre todo para mí. Ni siquiera fui informado acerca de las funciones que cumplía el único lugar del edificio al que se me vedaba el acceso. En el sexto piso estaba mi pequeño cuarto que había sido acondicionado como habitación del custodio y un salón amplio con espejos para la práctica del ballet. También un depósito para objetos que se habían desechado. Había mucha ropa muy vieja, eso me llamó la atención. ¿A quién había pertenecido esa ropa y por qué estaba ahí?

Con el padre Touvay, atravesé el bulevar Saint Germain y nos dirigimos hacia los servicios sociales de la parroquia una calle lateral de edificios remozados, grises, con fachadas idénticas a las del siglo XVII. Caminábamos ligeramente separados.

—Tiene que ser los sábados, los días en que se encera la escalera. Los servicios sociales no atienden el sábado en la tarde, ni tampoco el domingo —dijo Touvay.

Mientras subíamos, él continuaba adelante. Los peldaños crujían. El párroco llevaba un manojo de llaves y abrió una de las puertas del primer piso.

Ingresamos a un salón grande, immaculado; la cera brillaba. Allí había biombos, mesas y aparatos que —supuse—servían para tomar radiografías. Un pequeño laboratorio.

En el segundo piso estaban ubicados los consultorios externos, donde se trataban a los pacientes que no eran de urgencia. Allí Touvay hizo un nuevo comentario sobre la pulcritud: la consideraba indispensable en todos los servicios dados en ese edificio.

El en el tercer piso estaba la biblioteca.

En el cuarto piso un salón de juego para pequeños infantes.

Cuando llegamos al quinto piso, Tourvay frunció el ceño y, señalando una puerta, recalcó que yo nunca debería entrar allí.

En el sexto piso había mesas de bulbito y de ping-pong, Lámparas redondas colgaban suspendidas en la oscuridad. Un separador de ambientes dividía el recinto en dos. Detrás del tabique, espejos, barras y otros aditamentos indicaban que ese espacio llano servía para practicar ballet. Divisé un piano destartado al fondo del salón.

Por fin, llegamos al lugar donde se encontraba la habitación que me había sido destinada, el séptimo piso.

—Podrás conservarla todo el tiempo que desees, siempre y cuando respetes las reglas

—dijo Touvay.

Mi aposento, el del cuidante del edificio, era pequeño, relativamente estrecho — apenas si cabía una cama, una mesa junto a la venta y un ropero—. Un pequeño baño lateral y un rincón para cocinar formaban parte de la habitación. Al fondo del recinto, una única y gran ventana, cubierta con visillos de tul ligeramente impregnados de polvo sobre los que se reflejaba una luz dorada al amanecer, dada al traspasamiento interior de una residencia de monjas. Éste iba a ser mi paisaje cotidiano: los escapes de aire de los edificios vecinos, como montículos, en los techos de París, sobre los que ese día se encaramaba un cielo nublado. A un costado; el patio. Hacía el lado derecho, una pared lisa de ladrillo en talud. Abajo, un garaje cubierto por un toldo de calamina debajo del cual se guardaban bicicletas y motocicletas.

Solo, en mi habitación, me senté en la cama. La colcha había sido confeccionada con retazos de tela, supuse que había sido cosida por Bernardette.

Por primera vez sentí que ponía los pies realmente en tierra en París, pero éste era otro París. Ahora, por fin, poseía una habitación solo para mí. Saqué mi ropa de mi pequeña maleta.

¿Quién era Dieguez? Me levanté de la cama. Ubiqué mi poca ropa en el interior del ropero. No cargaba con papelería ni muchos libros.

\*\*\*

Después de una semana, la sensación que me causó vivir aislado en ese edificio, cambió un poco. Minuto a minuto, cada vez me sentía más ambientado a un lugar en el que sería siempre extraño. Era como la sensación de quedarse a vivir para siempre en un lugar provisional. Poco a poco, un ánimo melancólico se adueñó de mí. Nada para mí era ni sería permanente. No quedaba nada. Nunca antes había sentido, de manera tan radical, el carácter efímero de la experiencia humana, como si hubiese vivido antes sólo para llegar a un instante de extrema transitoriedad. A cada instante se repetía dentro de mí un mismo pensamiento; yo diría, el mismo lugar común; “uno sigue viviendo a pesar de todo”.

Fuera de la iglesia de Saint Nicolás, todo lo que no estuviese relacionado con ella me parecía peligroso, sórdido. Nada tenía sentido en esa fanfarria que era el París lleno de odio y sin Dios. Una línea había sido trazada y empezaba a dar mis primeros pasos, tímidos en uno de los lados de la línea. Afuera estaba el mundo. La nada.

Empecé a frecuentar a Bernardette y pasaba horas conversando con ella. Le contaba sobre mi país y ella me hablaba sobre cómo había cambiado París después de la guerra.

—¿Ya se vio con el padre Dieguez? —preguntó Bernardette.

—No, aún no lo conozco —contesté— la conserje de la parroquia se quedó extrañada y pensativa.

—Bueno, ya lo conocerá.

—¿Y que hace el padre Dieguez de Francia? —pregunté, sorprendido de mi indiscreción.

Cuando supuse que Bernardette desviaría la conversación contestó:

—El padre Dieguez es un misionero en descanso. Digamos que se está reconstituyendo.

—¿Hace mucho tiempo que está acá?

—No mucho. Cuando se recupere, volverá a su tarea. De repente, no en el Perú; en África, quizá. Eso lo decide Roma.

—Madeimoselle. ¿Me podría comunicar con el padre Gastón? —dije con naturalidad, tratando de sorprenderla.

Bernardette me miró completamente desconcertada; yo diría hasta espantada.

—Aquí no vive ningún padre Gastón. Nunca hemos tenido un padre con ese nombre —contestó la portera, como arrepintiéndose de haber dicho lo que dijo.

Un albur, eso fue. Me la jugué como quién lanza un señuelo. Gastón no era sacerdote, eso lo podía presumir considerando la respuesta que me había dado Bernardette. Bastaba verla para suponer que se prohibía a sí misma la mentira.

En ese momento, alzó la cabeza mirando hacia la escalera. Volteé y alcancé a ver a un hombre fornido, de regular estatura y tez cobriza, que parecía un luchador de catch más que un sacerdote. Pasó dando grandes trancos, rumbo a la calle. Tenía el pelo muy negro.

—¿Es el padre Dieguez, no es cierto? —pregunté.

Bernardette movió la cabeza afirmativamente.

—¿Qué hace el padre Dieguez en París? —insistí, sorprendiéndome de mi audacia para interrogar.

Pero mi asombro sería aún mayor cuando Bernardette empezó a contarme sobre ese extraño paisano mío que vivía, como yo, refugiado en París.

—No descansa, porque ésa no es la palabra más adecuada; es decir, se encuentra en “retiro espiritual”.

Luego me explicó que ese sacerdote, mi compatriota, estaba obligado a respetar una especie de cura de silencio y de oración. En su país —el lejano Perú—, que era también mi país, ese sacerdote había vivido una terrible experiencia en su parroquia.

Ciertos acontecimientos me condujeron a pensar que ese cura tenía algo que ver con el terrorismo. No era el primer sacerdote que había sido amenazado de muerte, probablemente vivió cierto tiempo temeroso de morir asesinado. Había huido abandonando a sus feligreses. La iglesia, tolerante, lo protegía, lo perdonaba. Prueba de ello era su presencia en esa iglesia. Había sido transferido a París como quien saca una planta de la selva y la introduce en un invernadero. Todo eso lo pensé cuando la secretaria del párroco me preguntó:

—¿Es terrible la violencia que hay en tu país, no?

Me paré y salí de la casa parroquial casi sin despedirme de Bernardette.

Al llegar a la calzada, divisé al padre Dieguez. Llevaba puesta una gorda vasca y un

abrigo negro muy largo, que casi le llegaba a los tobillos. Aceleré el paso, tratando de alcanzarlo. Cuando llegué a la esquina, continuó ganando mucho terreno. Avanzaba a grandes trancos. Una ventisca de aire frío y cierto pudor me impedía hablarle en voz alta. Quería hablarle, pedirle que se detuviera.

Dobló la esquina, al llegar a la Rue Monge. Corrí. Dieguez entró en la iglesia y se dirigió hacia el lugar donde estaban los confesionarios e ingresó en uno de ellos.

Me acerqué, muy perplejo, a la caseta de madera tallada. No se me había pasado por la cabeza que Dios Dieguez ejerciese como confesor en esa iglesia de París. Debe hablar muy bien el francés, me dije. Me arrodillé en uno de los reclinatorios.

Había transcurrido media hora, pero nadie se acordó para confesarse. Miré a los alrededores de la iglesia, contemplando con acuciosidad aquel templo por primera vez. Se asemejaba a una típica iglesia mediterránea, pues daba la sensación de estar construida sobre el agua. No se necesita conocer sobre arquitectura religiosa para darse cuenta de que en sus paredes se exponían lienzos de valor.

Empecé a caminar por una de las alas de la iglesia.

Algo me perturbaba. No alcancé a percibir de qué se trataba. Nunca me había sentido tan acongojado. Siempre, desde muy niño, concebí estar protegido en el interior de un templo. De pronto, unos pasos acompasados, en el silencio de la iglesia, me sacaron de mi marasmo. Volteé hacia donde provenía el repicar de esas pisadas. Era Dieguez. Había salido del confesionario y caminaba con dirección hacia el portal de salida.

Dieguez no podía haber producido el ruido de esos pasos.

No me equivoqué. Dieguez, como cualquier católico dentro de un templo, se había desplazado sin hacer ruido. Yo siempre caminaba de esa manera, pues cualquier ruido estridente no cabía en la casa de Dios. ¿Quién caminó, entonces, con esos pasos firmes y repiqueteantes?

Dieguez introdujo su mano en el agua bendita precisamente cuando yo salía de la iglesia. Me reconoció enseguida, pero no volteó a mirarme directamente hasta haber salido al exterior, y continuó su camino como si huyera.

Un instante después, conjeturé el por qué de su actitud. No quería que cerca de Saint Nicolás lo vieran conversando conmigo. Nuevamente, mi intuición me permitía acercarme a lo desconocido Bernardette, al preguntarme si había conversado con el padre Dieguez, en realidad quiso indagar si él había hablado, si había violado el voto de silencio. Pues, si no podía hablar entonces qué hacía entonces en el confesionario.

Hasta ese momento, la información con la que contaba era que Dieguez había sido párroco en el Perú, y que en París ejercía de sacristán en el templo. ¿Por qué le habían destinado esa tarea subalterna? El barría la iglesia; yo el edificio de los servios sociales. Esas labores formaban parte de una misma disciplina de humildad.

Al día siguiente, cuando entré en el templo, noté que alguien ingresaba al mismo confesionario, que el día anterior había sido ocupado por Dieguez.

Me arrodillé en el reclinatorio, frente a un altar cercano al confesionario. Dieguez

estaba allí. Por supuesto, había muy poca gente en el templo pero nadie se confesaba, o a lo mejor esperaban hacerlo en algún momento. ¿Dieguez, al permanecer sentado en el confesionario, volvía a sentirse sacerdote? ¿O alguien dispuesto a brindar perdón e indulgencias? ¿Qué hacía allí, entonces?

Me levanté de la banca, donde había estado sentado largo rato esperando, y me dirigí al confesionario. Estaba seguro de que él me observaba a través de la ranura de la portezuela entreabierta. Me arrodillé en el confesionario.

—Padre Dieguez.

Vi sus ojos aterrados mirándome por medio de la grilla de metal.

Sudaba, sintiéndose muy nervioso. Su cara había enrojecido. Presumí que temía que yo le solicitase ser confesado.

Se paró y salió casi corriendo del confesionario.

Se alejó a grandes trancos por el ala del templo, dirigiéndose hacia el pórtico principal, intentando huir.

Descubrí que el padre Dieguez continuaba ocultando en su interior a un ser de alguna manera envilecido, por un contacto demasiado estrecho con la podredumbre del mundo.

Salí de la iglesia, pero él ya no estaba.

\*\*\*

No vi a Dieguez, por lo menos, un par de días.

Volví a verlo una mañana. Salía de la puerta del quinto piso, la misma que se me había prohibido traspasar. Al parecer, había dormido allí. Se le notaba muy repuesto. Saludó, haciendo una venía.

Durante el día, mi trabajo era atender ancianos desvalidos y solitarios. La iglesia no sólo me había acogido dentro de sus paredes, sino que había conseguido un empleo.

Cuando regresé al edificio donde vivía, una sola idea rondaba en mi cabeza: entrar en el quinto piso. Ya era de noche.

La puerta estaba abierta.

Al fondo, se observaba una habitación con la luz encendida. Hacía allí me dirigí. No me importaba que el padre Touvay me echara de aposento del cuidante, a pesar de que éste me era imprescindible. Era muy fuerte en mí el deseo de transgredir. La tentación de entrar a ese quinto piso me había invadido de sombras y dudas que me quitaban el sueño. Mi curiosidad era muy grande.

Al atravesar la puerta del quinto piso, donde había una luz prendida, magra, descubrí a una joven extrañísima: rubia, delgadísima, blanca como el papel. Estaba sentada en cuclillas, buscando algo en el suelo. No se asustó al verme. Al parecer, sabía quién era yo y qué hacía en ese edificio.

—¿Quién eres? —pregunté tontamente.

—¿Moi? Yo no soy quien soy, he sido muchas, y ahora ya no soy nada. Son un ángel.

Reí con ganas, celebrando su broma.

—Los ángeles vivimos en la iglesia, ¿lo sabías?

A todas luces, era una mujer enferma. Su flacura era tal que los huesos de sus rodillas semejaban dos bolas puntuadas.

Conversamos esa noche de todo y de de nada. Pero extraños ruidos, susurros, pisadas, me hicieron sospechar que había alguien más en ese quinto piso. No recuerdo haber sentido pánico, pero sí la sensación de estar cerca de la muerte.

Desde que la descubrí, empecé a bajar todos los días al quinto piso. No siempre la encontraba en la habitación. Eso probaba que ella podía salir a la calle, pero no era así. También podría pensarse que desaparecía, que nunca había existido, que no existía en realidad. Sin embargo, lo tenía claro: no había nada que pudiese hacer.

Una noche, la extraña muchacha me dijo:

—Si te digo que me voy, hazme caso, porque la verdad me voy.

—Claro, te vas. Y si te fuiste, te fuiste —dije, haciendo una broma.

—Te estoy hablando en serio. Si te digo que me voy, es que me voy. Si nuevamente me vuelves a ver, no soy la persona que ves. ¿Está claro?

—Claro que sí. ¿Cómo te llamas?

—Sophie.

—¡Qué curioso! Vine a París para buscar a una mujer que también se llama Sofia —susurré.

Ese ángel, casi transparente, me indicó que era hora de retirarme.

\*\*\*

De noche, una pesadilla horrorosa se me presentaba con frecuencia. Despertaba para protegerme. La quimera se convertía en una pesadilla de ojos abiertos. Me develaba pensando que yo era observado minuciosamente como parte de una experiencia singular; no un experimento científico, sino moral. Dieguez formaba parte de una misma vivencia. La iglesia de Saint Nicolás du Chardonnet no es una iglesia cualquiera, no en vano durante la década del 70 había sido invadida, secuestrada por Monseñor Lebvre y sus integristas. Era una especie de hospicio espiritual, una clínica del espíritu.

Yo formaba parte de una invisible legión de monjas y laicos que, por todo el Barrio Latino de París, ejercían, cuál ángeles de la guarda, el cuidado de una innumerable cantidad de ancianos solitarios, de viejos desvalidos, abandonados, víctimas de la vulnerabilidad que sobreviene con la vejez.

Mi labor se desdoblaba en diversas ocupaciones. En realidad, no había horarios fijos. Los requerimientos podían sobrevenir intempestivamente.

—Ésta es la lista de personas que tienes que asistir hoy y los horarios convenidos —sentenciaba Bernardette.

Ella manejaba los hijos, coordinaba las solicitudes y las visitas de los “asistentes” a través del teléfono. París, esa máquina de morir, en ninguna otra manifestación estaba mejor pintada que en ese ejército de ancianos que se deshacían inviables, como viviendo en la otra cara del espejo, aquel donde se refleja el gran jolgorio que aparecía en la superficie.

Llamaban por teléfono a la parroquia y era Bernadette quien determinaba la tarifa de acuerdo a los casos.

—Debes mantenerme al tanto de cualquier cosa que ocurra y salga de lo normal, que escape de la rutina. Son órdenes del padre Touvay. Observa todo lo que veas. El padre quiere estar enterado de todo lo que sucede con sus feligreses. Si nos enteramos, por otra vía que no sea la tuya, de algo que debiste habernos contado te aseguro que no le va a gustar para nada al padre —amenazó Bernardette.

Establecido el contacto, el horario y la tarifa se determinaban también por teléfono. Bernardette hacía una visita previa. Antes, apuntaba los datos básicos de dirección, el nombre de la persona, su edad, su grado de invalidez, el tipo de auxilio que solicitaba, el número de horas de asistencia, el horario. Luego, el padre Touvay iba en persona Tras el primer contacto. Touvay aparecía en cualquier momento para consolar al anciano. No había manera de engañar al párroco.

—El padre quiere verte. Sube —terminó diciendo Bernardette.

El guía espiritual de la parroquia del Barrio Latino deseaba darme su bendición.

—Ya sabes —dijo el sacerdote—. Hemos depositado toda nuestra confianza en ti. En tus manos hemos encomendado a muchos franceses desvalidos, que viven el dolor de su soledad —me lo dijo al tiempo de que yo le devolvía el álbum de pintura que me había prestado.

¿Cuáles eran las bestias con las que se enfrentaban las personas de esa parroquia? Con la pobreza, la enfermedad, la soledad, con la vejez y sus efectos. Eso era el mundo. La lucha con el maligno también se daba en esos terrenos.

Yo iba a ser curado a través de la inmersión en el mundo. Dieguez, por el contrario, era recuperado a través de la separación.

En mi habitación había un timbre. Cuando éste sonaba, tenía que salir corriendo como un bombero al ser alertado. Sonaba muchas veces, a cualquier hora del día, incluso durante la noche.

Interrumpía lo que estuviera haciendo: yo dejaba de leer o dormir y corría hacia donde Bernardette. Ella, provista de las coordenadas, me enviaba a mi destino.

La mayoría eran ancianos. Algunos se encontraban parcialmente inmovilizados y otros totalmente paralizados. Apenas si podían hablar. Estaban condenados a permanecer en cama. Había los que se desplazaban con dificultad por la habitación, prácticamente arrastrándose, con fuerzas suficientes, no sentía compasión por esos espectros. Me causaban asco. Representaban para mí lo fugaz que es la vida, algo peor que la muerte: apestaban, sus ropas generalmente sucias, sus cuartos siempre en desorden. Sólo esperaban

la hora de su muerte.

Uno de los ancianos abrió la puerta. Entré y de una sola mirada percibí la soledad de esa vida, su tristeza, la derrota después del fulgor era la soledad de todas las fuerzas perdidas, la debilidad irremediable. La inmensa noche de la postración; la inmensa debilidad del fin. Junto a esos viejos y discapacitados, me encontraba ante mi propio dolor y mi soledad mortal.

Aunque cada anciano era un caso distinto, había reglas generales aplicables a todos ellos: por ejemplo sonreír siempre.

Bernardette levantó el teléfono y habló con un tal Monsieur Poulenard, mi primer asistido. Como todo acto virginal que no se olvida, nunca olvidaría mi trabajo atendiendo a ese viejo señor francés.

—Te espera Monsieur Poulenard. Cuando hables con un asistido, di siempre Monsieur o Madame, si es mujer. Ese detalle es muy importante. No lo olvides.

Mi primer asistido fue un viejo gascón, de patronímico resonante: Jean Baptiste Poulenard, parecido a Van Gogh, pelirrojo, tirada desde la cama, le permitía accionar el gatillo de la puerta. Poulenard, antiguo combatiente de la Primera Guerra Mundial, sobreviviente de la batalla de Verdún, era un llavero mayor. Coleccionaba llaves de todo tipo que llenaban su pequeña habitación. Vivía en un departamentito, en el sexto piso de un inmueble en la Rue Galante. Las llaves estaban agrupadas en manojos. Había sido cerrajero de profesión. Él me lo dijo. Yo no se lo pregunté. No me preguntó de qué país era. En realidad, sólo le interesaba que yo estuviese allí y que iba a seguir yendo. Desde ese momento, se estableció una relación de servicio entre el Señor de las Llaves, que yacía inválido en una cama, y su joven asistente que provenía de los lejanos reinos donde florece el Aminito y la canela, como le gustaba decir. Supuso que yo procedía de algún país oriental.

Otro de mis asistidos se llamaba Pierre Darnais, un señor de edad avanzada sentado en una silla de ruedas y con un gato de color naranja acurrucado sobre su regazo.

Darnais había ejercido la teneduría de libros durante treinta años y era más locuaz que Poulenard. Tras bajarse el pantalón, me impresionó la manera en que habían crecido las llagas de sus piernas. Eran pústulas blanquecinas que parecían emerger de forma concéntrica desde sus rodillas, así como en sus codos. Recuerdo que sentí repulsión por ese cuerpo que era como el de un reptil, pero no tuve otra alternativa que ayudarlo a levantarse. Conversaba mucho sobre cómo era París en la Belle époque. Cuando, por decir algo, le comenté sobre Poulenard, el Señor de las Llaves, Darnais me miró muy contrariado. Yo había violado una de las reglas fundamentales: hablarle de un asistido sobre lo que le pasa a otro. Bernardette me explicó el carácter de mi falta. “Sólo les importa lo que pasa con ellos mismos. Además, creen que si le cuentas a Darnais sobre Poulenard, puedes referir sobre Darnais a otra persona”. Luego de mirarme maternalmente, Bernardette me rogó que no le hablase a los asistidos de cosas que no querían oír.

Yo hacía las compras. Ése era, sobre todo mi trabajo. Iba al mercado. En algunos casos

compraba comida preparada. A veces tenía que dar de comer en la boca a personas que lo necesitasen.

Además de hacer los mandados, tenía que efectuar la limpieza en la habitación de esos ancianos.

Uno nuevo, el señor Mercier se sorprendió de verme. Me miró temeroso, como estupefacto de que le hubiesen enviado un maldito árabe para cuidar de sus últimos momentos. Quiso saber mi nombre.

—Me llamo Sebastián.

—¡Ah, español! —exclamó aliviado

No me preocupé en aclarar que era peruano. Era el ángel negro del Barrio Latino, el ángel español. ¡Ah, español! comentó el anciano seguro de que no estaba repitiendo lo que ya había dicho. Mercier había sido músico, violonchelista, pero no vi el violonchelo por ninguna parte.

Yo había descubierto un París insospechado. La metáfora exacta: la ballena oculta siempre tras los velos de la veleidad, mucha desolación, desamparo. Seres inválidos, sin familia, incapaces para velarse por sí mismos, en recintos malolientes, repletos de cachivaches; un infinito número de vejetes que vivían en verdaderos guariques en penumbra. La ciudad, aparentemente inmutable en el tiempo, se alimentaba en sus entrañas de un deterioro permanente.

La mayoría de esos pobres viejos contaba con una pensión del Estado. No tenían familia. Sin el amparo de la Iglesia habrían muerto en la más promiscua soledad. Eran absolutamente vulnerables: dependían indispensablemente de alguien. Ese alguien era yo.

Ésa era una de la guerras secreta de la Iglesia en París.

Volviendo de mi trabajo a la parroquia, me pregunté por qué el padre Dieguez no realizaba el mismo trabajo que yo. Por lo que sabía, más lo que suponía, también él había acudirlo en auxilio de los desamparados, pero en otra guerra, en otro mundo y, en su lucha, había desbordado los linderos de Dios. ¿Era ése el secreto de Dieguez?

¿Cómo saberlo? Cada día ansiaba la oportunidad de conversar con Dieguez. Pero, él me rehuía. No podía hacer otra cosa. Estaba obligado por una regla. Él estaba conminado a respetar una rigurosa cura de obediencia y de silencio.

Intuía que él también quería comunicarse conmigo. Pero Dieguez se encontraba ligado a ese mundo con ataduras más fuertes que las mías. Para mí era sólo una cuestión del azar; yo era un protegido por Dios que llegó en mi auxilio justo en el momento en que lo necesité. Él, Dieguez, en cambio, era un trasgresor. La Iglesia, su institución, le había otorgado una última oportunidad. Si lo separaban expulsándolo, ya no sería nada.

A ambos, afuera de la iglesia nos esperaba el maligno, aguardando que abandonásemos nuestro refugio. Afuera estaba la pobreza, la nada, el vacío, la xenofobia. La peor soledad del mundo que es la de París.

Sabía que Gastón vivía exilado en París, pero ya no me obsesionaba encontrarlo y menos pedirle cuentas. Me había olvidado completamente de que era un ex sacerdote, un renegado de Dios y que era quien había introducido a Sofía en la secta. A veces, Sofía volvía a mí súbitamente. No me daba cuenta de que, dentro de esa iglesia, había perdido la disciplina de la memoria.

Había llegado alguna vez a París, arropado por sombras y tinieblas, y lejos de lo que realmente tenía significado para mí. No sospechaba que me acercaría a la luz. Y cuando estuve al interior de la luz, el tiempo se me hizo pesado, bochornoso. Distráido quizá por lo peculiar de mis circunstancias, no me percataba de lo que estaba en juego. Todo mi cuerpo me picaba con un escozor constante. Me debatía entre sentimientos ambivalentes. Un día creía en Dios con furor, pero al día siguiente me invadía un terrible escepticismo. Un lunes añoraba a mi país y a mi gente. Un martes odiaba a mi patria, pero no estaba seguro si tenía una.

A veces, era consciente de la precariedad de lo que llamaba ahora “mi casa” en París. No iba a estar siempre allí. En cualquier momento me pedirían que me fuera, pero no tomaba ninguna providencia. Usualmente, me sentía atrapado y luchando por escapar de esa iglesia que pesaba tanto sobre mi conciencia, así como de ese trabajo de gendarme nocturno. Era como librarse de la profundidad, como saber que en la profundidad auténtica existe siempre el dolor. Los seres desvalidos también me visitaban en mis sueños, como espectros, como si fuera visitado por almas atormentadas.

—¿Qué quieren de mí? —les preguntaba.

En ocasiones, sentía velado el mundo a mi alrededor, como repleto de palabras calladas, en días de invierno que eran excepcionalmente claros. Me sentía como vuelto a nacer, chamuscado; se acentuaba esa sensación de no tener pasado.

Me acercaba a la oscuridad, ¡qué duda cabe! Estaba poseído por esa parte de la luz que nos hace tender hacia la sombra. Era como una invitación constante a pensar en la redención en medio de un exceso de debilidades. Aprendía a sentirme digno, como simple portero, en la oscuridad de un anonimato total conseguido curiosamente en el centro del mundo. No era nadie. Era sólo alguien que ocupaba una pequeña habitación. Desde mi ventana se veía la luna. De noche, los edificios eran azules. Empecé, por fin, a conciliar el sueño: el astuto, el fatalista, era ahora como un elefante obstinado que duerme.

\* \* \*

Salía poco. Lo hacía para atender a los vulnerables a mi cuidado. Ya no me interesaba el bullicio de los cafés.

Caminé por el bulevar Saint Germain, rumbo a mi casa. El mundo era muy pequeño, y todo se anudaba a cada instante. París era un enorme desierto vacío.

Por supuesto, no tenía ganas de ver a Bernardette —no en el estado de turbación en el

que me encontraba.

La puerta del quinto piso estaba siempre abierta. Bastaba empujarla. Pero un día encontré cerrado el aposento donde me había topado con esa joven que dijo llamarse Sophie. Ella se había echado llave por dentro. Toqué. La puerta se abrió. Pude ver la mano de una mujer. Luego oí el ruido que se produce cuando un objeto de vidrio, tras caer al suelo, se hace añicos. Algo que esa mano debió haber arrojado con furia, porque por el impacto se trataba, al parecer, de un objeto pequeño. Podía ser un adorno de cristal. Mi presencia cogió de sorpresa a una joven que no era Sophie.

Cuando entré, seguí mirando esa misma mano blanquísima donde se notaban claras las venas azules. La mujer, otra joven amarillenta y cadavérica, vestía apenas un fustán sucio y algo roto. Tenía un aire lánguido. La brillantez de sus ojos hacía pensar en algo muy enfermo. Estaba en uno de los tantos límites de la vida. Sólo sus ojos parecían tener aún vitalidad. Esos ojos tan azules, mojados, los clavó en mí con una fijeza horadante, con una especie de severidad que me impidió también fijar la mirada. No valía la pena preguntarle su nombre. Ese quinto piso era inmenso. Ahora recién pide comprobar que en cada rincón oscuro había un ser completamente aniquilado.

Me señaló una silla con el dedo índice de su mano derecha, invitándome de esa manera a que me sentara. Le obedecí. Pude ver su mochila en un rincón. Se disponía a partir y se aseaba prolijamente como un animal que abandona su piel muerta, antes de marcharse. Era como si aquel espíritu fuese a despertar de un sueño.

Mientras se lavaba los dientes, me contemplaba disimuladamente con una extraña conmiseración, como si ella, desde su inquietud, supiese de mí más que yo mismo. Sentía que no debía preguntarle nada.

—Me voy, amigo. Me esfumo. Adiós —dijo en español.

—¿Adónde te vas?

—Al norte, a Alemania, en busca del hielo.

Parecía estar segura de poseer dominio sobre mí y de la situación. Nada había ocurrido entre nosotros, apenas si la conocía; pero, por alguna razón, estábamos hermanados.

Éramos observados a través de la pared. Por un instante estuve seguro de ello.

La besé en la frente y en los cabellos. De cuando en cuando, brotaba una sonrisa en ese rostro escoriado y de pómulos salientes. Se iba, y yo sabía que era mentira que se dirigía hacia Alemania.

—¿Por qué te vas? —pregunté.

—Porque no quiero morir aquí... sobre una cama. Soy cantante y quiero morir cantando. Un viejo amigo griego me ha ofrecido un contrato en Berlín.

Tenía un color sombreado en los ojos. Comprendí que se maquillaba de esa manera usualmente.

—Intento retornar a la humanidad, ¿comprendes? —dijo ella—. ¿No te das cuenta de que aquí lo único que hay es un sueño como una especie de telaraña? Y de lo que se trata es de despertar.

Muy perfilada, parecía una estatuilla tallada en una sola pieza. Su aspecto angelical contrastaba con algunos signos de debilidad. Unas sarnas que asomaban en el cuello hacían que su tristeza fuera demasiado terrenal. Sin embargo, constantemente parecía haber algo detrás de ella. Un poco encorvada, sus omóplatos sobresalían. Recién pude darme cuenta de que se trataba de un ángel cautivo. En cualquier momento, se elevaría por los aires y saldría volando por la ventana.

Bastaba verla apenas unos instantes para percatarse que los ángeles no eran seres alegres, divertidos, de mejillas blandengues y noble conducta. Ése había sido siempre un cuento. Un ángel era aquel ser poseído por una sustancia gelatinosa que pugnaba por escapar de un cuerpo. Estaban en todas partes. En realidad, pasaban inadvertidos.

¿Sofía, mi amante peruana que Gastón me quitó para convertirla en parte de una secta de asesinos, era también un ángel?

\* \* \*

—Tienes una *mauvaise mine* —me dijo Bernardette, y tenía razón—. Yo lucía ojeroso, pues casi no había dormido en ese fin de semana.

El invierno lo sentía en los huesos. Bernardette me sirvió un plato de sopa, que me devolvió el alma al cuerpo. A veces, ella me invitaba a almorzar.

¿Qué significado tenía París en mí? El *Sentier*, por supuesto, el recuerdo lacerante de ese mundo de exclusión.

No volteé a mirar hacia Bernardette, de la que me despedía siempre al salir de la parroquia. Necesitaba respirar el aire denso de la calle. Me sentía agobiado, anonadado. Sólo deseaba correr, ser libre.

Corrí por las calles desbordado con los sentimientos encontrados.

Me paré en seco ante la estatua de Montaigne, en uno de los costados de La Sorbona.

El mármol de la estatua se había tornado en un color crema tornasol. Miré hacia el pequeño jardín rodeado por una rejilla de acero. Un vagabundo dormía sobre una banca. Más allá, en la librería Masperó, para evitar los robos, habían reubicado en el interior los libros que antes se exhibían en la vereda. Montaigne lucía una mirada meditativa, la línea de su nariz señalaba hacia el portal de la casa donde vivió Marcel Proust. El escritor francés había vivido también como parte de ese París subterráneo, echado en una cama, enfermo: asmático, vulnerable, solitario.

Fui a dar en medio del parque de Luxemburgo. Los jardines lucían cubiertos de nieve. Me detuve nuevamente delante de una estatua. Me pregunté por qué interesaban tanto las estatuas en este mundo. Pensé que la respuesta podía estar en la importancia que siempre habían tenido en los países católicos las efigies en las iglesias. Cuando era niño, una emoción muy grande se apoderaba de mí delante de un santo. Las imágenes religiosas me parecían enormes seres vivos que miraban en todas las direcciones. Los santos en el templo siempre habían causado en mí una especie de sortilegio. Santos en penumbra, en el

silencio, entre el olor de las flores y los cirios. Las estatuas en la iglesia simbolizaban la bondad, el bien; las estatuas en la calle representaban el poder, la vanidad, el saber: el conquistador, el rey, el sabio, el artista. Pensaba en eso cuando divisé a Dieguez que caminaba ensimismado por uno de los senderos del parque de Luxemburgo. Avisé su largo abrigo negro, su boina vasca. Caminaba con las manos sujetas en la parte trasera de su cintura: pensativo, ensimismado.

Salió del parque. Lo seguí. Frente a los autos, en el bulevar Saint Michel, abandonó su marasmo. Miró hacia los costados y hacia atrás. Descubrió mi presencia. Sonreí saludándolo. Corrió.

Apuró el paso; en realidad, parecía como si corriera. Continué siguiéndolo. Cuando estuvimos en la cuesta de Santa Genoveva, Dieguez se echó a correr, y yo tras él.

Lo perdí de vista.

Sabía dónde estaba y hacia allí me dirigí.

Cuando entré en el templo de Saint Nicolás, como era lógico, fui al lugar donde iba a encontrar al padre Dieguez. Estaba oculto en un confesionario, en el mismo confesionario de la anterior oportunidad. No me dirigí de frente hacia ese rincón oscuro. Más bien empecé a caminar por el interior de la iglesia. Me arrodillé y recé delante de una estatua de la Virgen por todos los inocentes que habían sido asesinados brutalmente.

Después, volví a levantarme del banco. Caminé durante un momento, contemplando los altares. Me senté en otra de las bancas, una cercana al confesionario, donde intuí que estaba escondido el padre Dieguez.

El silencio del templo lo experimentaba dentro de mí. Nunca antes me pareció tan imponente la diferencia entre la fuerza divina y la debilidad humana, así como la necesidad que aquella flaqueza tiene de esa fuerza. No se trataba de una simple especulación ni sucumbir fácilmente ante un raptó místico. Ese templo comunicaba la fuerza con la debilidad. Sólo Dios colmaba el humano desamparo, su irremediable soledad. La muerte duplicaba esa verdad por mil. Pero, al mismo tiempo, la muerte representaba la prueba definitiva de la debilidad, del desamparo, de la soledad infinita. Sólo Dios, o la idea de la existencia de Él, permitían remediar una situación tan calamitosa. Desde el punto de vista de mi razón, no había alternativa posible. Dios convertía la muerte, la soledad y el desamparo en vida, felicidad y en compañía incomparable. Era, curiosamente, en mis sentimientos donde la duda y la ambigüedad se refugiaban.

Me acerqué al confesionario. Necesitaba comunicarme. Era una necesidad muy fuerte la que brotaba de lo más íntimo de mí ser.

Me arrodillé delante de la rejilla.

—Padre, quiero confesarme —dije.

—No. Soy yo quien se va a confesar —respondió Dieguez.

Sentí que la figura se invertía: era el sacerdote quien deseaba confesarse. Me sentí muy confundido.

—Tengo la necesidad de hablar con alguien como tú... Te he rehuido porque he hecho

votos de silencio y de obediencia... Yo era párroco en una barriada de Lima. Allá se me acusó de pertenecer a un grupo subversivo. Sólo Dios sabe si soy culpable. Ciertas razones de tipo moral son ineludibles en ciertas situaciones. El mundo en el que yo ejercía mi sacerdocio era un mundo de resentimientos y violencia, de hambre y frustración, de miseria humana, por demasiadas necesidades no atendidas. Un hombre en mi lugar, para pretender hacer una obra, necesita ganarse la confianza de la gente común. Eso hice. Viví con ello. Sufrí sus lacras. Siguiendo el ejemplo de Jesucristo, aprendí a habitar entre los pobres. Con sacrificio, me gané el derecho de ser un pastor. Pero, no sólo yo estaba en ese mundo. Pero había allí seres animados de una fuerza de voluntad que no se detenía ante nada. Mataban a quienes se le oponían. Tuve que encontrar la manera de cohabitar con ellos. Convivir o enfrentarlos. Me faltó el coraje de oponérmelos... Tampoco tuve la fuerza de carácter, el valor, la certidumbre, para denunciarlos, para ir a la Policía y señalarlos... Callé... Sabían que yo estaba al corriente de todo y que callaba. Así empezó todo... Que Dios me juzgue... Sólo defendí mi vida. La salvé para así salvar el alma de otros. Yo sentía que la presencia de la Palabra de Dios era imprescindible en esos lugares de desamparo. Así ejercí mi sacerdocio. Los subversivos mataban a mucha gente. Yo los salvaba de la condenación eterna con mi perdón. Coexistíamos. Hasta que un día ocurrió lo inevitable: los subversivos solicitaron de mi ayuda, alimenticia, médica. ¿Cómo negarme? Alguien vio que los subversivos entraban en mi parroquia. Esa misma persona avisó a la Policía. Se me acusó de pertenecer al grupo de socorro de la subversión. Fui detenido. Luego, vino la batalla legal de la Iglesia por liberarme. El escándalo fue ineludible: un cura terrorista. Cuando me indultaron, fui trasladado a París y me suspendieron de ejercer los sacramentos. Y no sé cuánto durara mi separación. Reza por mí.

Luego de oír la confesión de Dieguez, salí de la iglesia y corrí en busca de refugio en el quinto piso del edificio, en los servicios sociales de la parroquia del Barrio Latino.

El edificio tiene una puerta pequeña y delgada y una escalera negra.

Apestaba a excremento, a orines. Estoy viendo con claridad la escena como si el tiempo no hubiese transcurrido. Cuando entré al quinto piso me encontré con un joven de pelo castaño, cadavérico, de ojos hundidos y piel amarillenta. Sus ojos marrones lucían agrandados, húmedos. Me miró y no me miró; como si volviera de pronto a recobrar la conciencia. Me revisó como sorprendido de ver a un ser humano; pero, la mismo tiempo, algo de él estaba en otra parte. Sentí que me hundía en una enorme perplejidad. En ese instante, observé el edificio, su sentido: cada piso era un aposento, no una morada —como dice Santa Teresa—, que es la forma no como está construido el cielo, sino un círculo; no sé si del infierno, en todo caso del limbo. Cada piso representaba una forma de degradación y de muerte. Era un lugar de inmolación.

Lo primero que se me vino a la mente fue que ese joven era un enfermo de sida. El quinto piso era un moridero. En ese edificio, había dos tipos de servicios: en los primeros pisos, se ayudaba a vivir; en los niveles altos se ayudaba a morir. Al ver en los brazos blancuzcos del joven que habitaba ese quinto piso, noté piquetes morados, como un

sarpullido negro en su brazo: se trataba de una adicta a las drogas. Probablemente lo tenían encerrado en ese quinto piso para someterlo a una cura de abstinencia, o algo por el estilo. En todo caso, ese quinto piso estaba destinado a alojar a casos especiales, para que viviesen allí las escorias que escupía el maligno. Pero, cuando oí al joven hablar alzando la voz, con agresividad, se me vino a la mente la idea de que era un endemoniado. O un muerto viviente. Y lloré pensando en Sofía y en Gastón.

Ese joven no se daba cuenta de que yo estaba presente y sonreía. Al verme llorar rápidamente trocó su sonrisa por una expresión de terror. Temía a algo que estaba presente y no era visible. El diablo estaba allí. ¡Que duda cabe!, encerrado en ese quinto piso.

La terrible desolación de París había sido apresada en el quinto piso de un viejo edificio. La más hermosa y a la vez cruel de las ciudades tenía grietas inefables. Formas terribles de sufrimiento. Las ventanas del piso estaban enrejadas y tras las rejas se veían las torres de la catedral del Notre Dame y sus gárgolas góticas. Sobre los colchones tirados en el piso había colchas desarregladas, exactamente iguales a la mía.

Ese joven, por el tipo racial: el pelo castaño como el color del pelo de los choclos, delgado, pequeño, de pómulos prominentes, podía ser hijo de una familia de franceses indigentes, como las que todavía había en París. No hablaba.

Volví a mi cuarto. Me eché en mi cama. Me dolía todo el cuerpo.

\* \* \*

No sentí que la puerta se cerraba. Ese día domingo hubo mucho silencio en la casa. Sin dejar de mirar a las escaleras, bajé sin hacer ruido. La puerta del quinto piso estaba entreabierta. No solía estar así. Entré.

Miré hacia el rincón donde dejé al joven drogadicto. No estaba.

Seguí avanzando. Llegué a una sala bastante grande. Una sala vacía, el piso estaba revestido de esterilla. Había una cruz muy grande. Había un reclinatorio de cedro barnizado, un atril con el libro de los ejercicios espirituales. Era una sala de oración. Qué otra cosa podría ser. Todo eso lo percibí de un golpe de mirada. En el centro de una habitación, se encontraba Dieguez echado de cara en el suelo, con las piernas juntas y los brazos abiertos delante de una cruz. Yo había visto en películas a sacerdotes en esa posición, cuando eran ordenados. Era una postura de absoluta sumisión. Estaba y no estaba. En un instante que fue fugaz, me pareció ver a Gastón en el lugar de Dieguez, como si se hubiese producido un desdoblamiento. Era él. ¿Qué hacía en esa posición? Era un alma en pena, ¡qué duda cabía! Dieguez no me había sentido entrar, y me retiré también sin hacer ruido. Me percaté de que Dieguez estaba en el quinto piso, porque era el guardián de los muertos vivientes.

Afuera, en la calle, empezaba a nevar. Toda la noche no había podido dormir, pensando que un drogadicto con Sida podía entrar a mi habitación en cualquier momento y

pincharme con una jeringuilla infectada.

Dieguez era, en París, el sacerdote encargado de consolar a los “terminales”, no por iniciativa propia, sino por un servicio evangélico que había sido indicado como una orden directamente dada por el padre Touvay.

Esa noche, volví a hacer un nuevo pedido y, aduciendo la misma razón, recé y pedí piedad.

Era la hora en que tenía que barrer. Las escaleras de ese edificio tenían una capa negra adosada. Yo solía rociar agua y baldear esos peldaños. Las encontré cubiertas de vómitos. Seguí el rastro del vómito: conducían al quinto piso. La puerta no estaba cerrada. En realidad, siempre estuvo abierta. Recuerdo la prohibición de Touvay, aquello que el primer día se me indicó no debía hacer. Esa puerta no tenía llave y sí la tenía. Su llave era la llave de la obediencia. Entré. Fue un individuo distinto el que encontré. ¿Cuántos había allí?

Tuve que contárselo a Bernardette. Le mencioné que había encontrado vómitos en la escalera y que había sido por culpa mía, por no haber cerrado bien la puerta. Debido a mi negligencia, probablemente un borracho se había introducido durante la noche para dormir en las escaleras. O, quizá, un *clochard* se había refugiado allí para evitar el frío y había vomitado en algún momento.

Bernardette me miró muy preocupada. Movié la cabeza de un lado a otro. Sabía lo que ella estaba pensando. Pensaba en el joven drogadicto, pero no le hablé de él. Nunca más iba a volver a hablar de nadie de los que había visto en el quinto piso. Bernardette dijo que el asunto era grave, que iba a informar al padre Touvay del incidente, que por favor tuviera cuidado en cerrar bien la puerta. Algo así no podía volver a repetirse. Yo corría el riesgo de perder mi puesto, mi habitación.

Todo volvió a la normalidad. La asistencia a los ancianos desvalidos, las conversaciones con Bernardette.

Me dirigía hacia el templo, cuando me encontré con el padre Touvay. Estaba muy bronceado, con ese color que se obtiene por el reflejo del sol en la nieve. Había estado en la montaña. Desde la primera mirada, restableció conmigo nuestra usual relación.

—Me ha dicho Bernardette que te quieres ir —dijo el Párroco del Barrio Latino.\* \* \*

Quise huir en ese momento. ¿Pero, adónde podía ir? Me estaba quedando sin casa ni empleo.

El dinero que había ahorrado me alcanzaba para unas semanas, en algún hueco del *Sentier*. Experimentaba una especie de resentimiento; pero, a la vez, curiosamente sentía que no era correcto comportarme de esa manera con la gente que me había ayudado de manera tan desinteresada. Tenía que despedirme del padre Touvay.

Me bañé y tomé un café muy cargado en un bistró de la plaza Maubert. Hice mi maleta. Pensaba partir ese mismo día, después del almuerzo.

Por fin, llegó la hora. Touvay solía almorzar aproximadamente a la una del día, y a esa

hora toqué el timbre. Touvoy, como siempre, salió en persona a abrirme la puerta.

Al pasar delante de la oficina de Bernardette, vi que estaba cerrada a piedra y lodo. Intuí que nunca más iba a ver a Bernardette. Si alguna vez había sido una puerta hacia algún lugar, también se había cerrado.

Touvoy estaba igual de elegante que siempre, igual de afable, como si no hubiese ocurrido nada, como si fuese la primera vez que me viese. No hubo el aperitivo de siempre. Y el almuerzo fue mandado a pedir a aun restaurante cercano, algo muy frugal.

En ningún momento Touvoy me dijo: “tienes que abandonar la habitación que te hemos dado”. Pero, eso fue lo que me repitió de muchas maneras durante ese almuerzo.

—Hay mucha gente como tú en París, extranjeros sobre todo, que no tienen dónde vivir y que no sabemos dónde colocarlos. ¿Cómo nos gustaría tener muchas habitaciones como las que te hemos dado todo este tiempo?

Ésa fue una de las muchas maneras de decírmelo.

—Se acerca la primavera. Me imagino que un hombre joven como tú sentirá que le pican los pies para reemprender el camino.

—Padre, dígame qué falta he cometido.

—Dímelo tú. Confiesa tus faltas.

Me quedé callado. Los ángeles me prohibían hablar.

Ya en mi habitación, me eché en la cama un largo rato. Me sentía cansado, muy cansado.

Irme un día domingo no tenía sentido. ¿Adónde? El lunes tenía que abrir la puerta de los servicios sociales temprano, y entregar el manojito de llaves a Bernardette. No podía irme sin entregar las llaves. Pero Bernardette había sido también despedida. Además, había algo importante que debía hacer: confesarme con el padre Dieguez. Sabía dónde encontrarlo. Corrí hacia la iglesia. Tenía deseos de confesarme, pero sabía que el confesionario estaba vacío, que sólo había la levedad de una sombra. Horas después, abandoné la iglesia de Saint Nicolas un Chardonnet cargando con mi pequeña maleta. Me esperaban los migrantes: los árabes y negros, los excluidos.

Había sido abandonado por Dios.

*Playas*  
(2010)

## *Playa Ballena (\*)*

Dos escritores chilenos jóvenes, íntimos en París en los 60, discípulos de José Donoso. Uno vivía ganando premios literarios de poca monta; el otro se las buscaba como podía. Uno era amigo de Jean Pierre Faye y utilizaba un vaporizador nasal. El otro, situado al margen del mundo, con el hechizo del fracasado, era un típico personaje chejovniano. Publicaron su primer libro con un año apenas de diferencia. Pertenecían a una misma generación expatriada, algo así como insectos acuáticos errantes. Creció subterráneo el que volvió a Chile y ya viejo lo consideraban un escritor secreto, raro, de culto. El que vivió afincado en Europa se hizo muy famoso, además de un francotirador punzante contra la dictadura. Hasta que un día murió Pinochet.

Muchos años habían pasado, casi treinta. El escritor establecido en Santiago había publicado la mayoría de sus obras con su propio peculio y lo veneraban un puñado de lectores. Sus libros eran inhallables en librerías; la crítica los ignoraba. En cambio, el exilado destacaba como la vedette de una importante editorial catalana.

Medio siglo sin verse. Y cualquiera habría dicho que sus caminos no se volverían a cruzar. El escritor radicado en Chile se jubiló de la Universidad Pública donde trabajaba desde su regreso y vivía dedicado a pergeñar a tiempo completo el libro de su vida. Un día terminó de escribirlo. Era una novela, nada menos, y la publicó sin mucha ansiedad ni expectativas. El ser bien acogido por un sector independiente de la crítica lo hizo suponer cosas erróneamente. Se sentía realizado. Quiso compartir su alegría, que su novela la leyesen sus amigos. Empezó a buscar direcciones, sobre todo de aquellos que no veía hacía mucho tiempo. Les envió un correo individual.

Algunos dieron excusas extrañas para no verlo. Y aquel escritor desconcertado con lo que ocurría, sin esperarlo, consiguió el correo electrónico de su viejo amigo de París, que ahora no tenía ningún impedimento para regresar a Chile.

Sin mucha expectativa, le envió un correo muy sobrio, diciéndole que era muy probable que no se acordase de él, pero había publicado una novela y deseaba hacerle llegar un ejemplar y conocer su opinión. El afamado escritor chileno respondió el e—mail. Una respuesta sorprendente, inesperada.

Por supuesto que se acordaba de él. Durante todos esos años radicando en Europa había tratado de ubicarlo. Lo felicitaba por su novela. Le pidió que le dejase un ejemplar en su casa de Santiago. Iba a estar para navidades, momento en el que podían volver a verse y

conversar tantas cosas.

El escritor casi secreto inmediatamente llevó un ejemplar de su novela a la residencia santiaguina de su amigo de juventud, ubicada en el barrio Los Condes, con una dedicatoria: “Con la esperanza de vernos pronto, porque el espíritu de Pepé Donoso nos convoca”.

Durante unos meses ambos escritores intercambiaron correos muy cordiales. Hasta que por fin llegó la Navidad.

El laureado autor viajó a Chile. Estaba en Santiago. Pasaron quince días, un mes. No contestaba los correos. Se hacía negar por teléfono. Entonces, el escritor de culto le envió un e—mail manifestándole su deseo de verlo. Sólo quería saludarlo, darle un abrazo, tomar un café, y no lo iba a molestar nunca más.

La respuesta no demoró en llegar. El reputado escritor le informó a su antiguo amigo y colega que al verse asediado en Chile por mucha gente y deseando terminar una novela que tenía retrasada, se había trasladado al Perú, a una lejana playa, llamada Playa Ballena, en Tumbes. Refugiado, de incógnito en ese lugar, pensaba escribir intensamente. Y añadía en el e—mail que no se preocupara si advertía su presencia en los periódicos respondiendo a entrevistas, que no le llamase la atención, porque las había dejado todas grabadas. Sin embargo, una semana después de ese correo, ese mismo escritor apareció en los periódicos, participando de reuniones sociales. Tenía que estar en Santiago.

El oculto escritor sintió una profunda decepción. No podía creer lo que pasaba. Recordaba que su amigo había heredado de su madre el miedo a los pájaros y murciélagos. Sólo le había pedido quince minutos. Después cada uno proseguiría su camino, y si se volviesen a ver sería en el más allá, en la insondable eternidad, donde los estaba esperando don Pepé Donoso que tanto los quiso cuando eran jóvenes.

Lo de la Playa Ballena parecía una mala broma. Los caminos se hicieron muy blancos, como dice el poeta. Y aquel hombre sintió como jamás el peso del fracaso. No lo podía aceptar. No podía digerirlo. No le alcanzaba la inteligencia para comprenderlo. ¡Playa Ballena! Su amigo era asmático de nacimiento. De no existir esa playa, eso agravaría la afrenta.

El desairado hizo lo posible por superar su desencanto sin lograrlo. Pensaba todo el día en Playa Ballena. No podía dormir. Su famoso amigo, el exitoso, se había reído de él con una ocurrencia tan a su estilo. ¡Playa Ballena! ¿Así era de triste la vida? ¿Se hacía tan escasa la generosidad cuando se volaba a gran altura? Y de pronto se coló la duda: ¿Y qué si Playa Ballena realmente existía? ¿Qué si todo era verdad? No podía vivir tranquilo hasta no estar seguro si había sido groseramente desairado o no. Tomó un avión a Lima. Y de Lima se dirigió a donde estaba su antiguo compañero de tempranas aventuras.

Llegó muy agotado a Tumbes. Lo primero fue dirigirse a una oficina de turismo y preguntar por Playa Ballena. Para su sorpresa, el lugar existía. Justamente en la tarde salía un mini bus en dirección a esa playa llevando a algunos turistas.

En ese camino, el chofer del vehículo le comentó que esa playa llevaba ese nombre porque alguna vez en sus orillas el mar había varado una ballena gigantesca de color

blanco, que justamente por la tonalidad de su piel había causado estupor entre los pescadores de la zona.

El escritor chileno desconocido, muy aficionado a leer antiguas crónicas de viajeros por América Latina, sobre todo aventuras marítimas, —quizás porque Chile es más mar que tierra —recordó enseguida una crónica de un marino francés que contaba sobre la existencia de una enorme ballena albina de nombre Uncle Tom, que había asolado la costa norte del Perú y que existía como leyenda en las tabernas del puerto de Paita a finales del siglo XIX. Cuando este viajero francés visitó dicho puerto, era la misma época que el escritor norteamericano Herman Melville, a la sazón marino ballenero, llegaba por ese lugar.

Un escozor invadió todo su cuerpo. La playa donde se dirigía era el lugar donde el mar había varado el cadáver de Moby Dick. La más legendaria de las ballenas de la historia había ido a dejar sus huesos en esa playa desolada y desierta. Desde ese día a ese lugar se le llamó Playa Ballena.

El pequeño ómnibus llegó a su destino. La playa era bella pero como en muchas de las del norte del Perú, no había un hotel sino apenas un albergue para jóvenes mochileros. Ninguno estaba enterado de que en esa playa había exhalado su último suspiro Moby Dick.

Por supuesto que su amigo, el consagrado, no estaba alojado en dicho sitio. Pero, por alguna razón, sintió que había desaparecido de él toda decepción y amargura. Ese albergue rebosaba de seres vivos: jóvenes alegres, bronceados, de pelos largos que zambullían sus cuerpos dorados en las aguas celestes y transparentes de esa hermosísima playa.

La mayoría de los alojados en el albergue eran norteamericanos y europeos, pero había una pareja distinta a los demás. En los ojos de ambos se notaba claramente el brillo del amor. Ella, de tez morena, belleza latinoamericana inconfundible, andaba abrazada con un rubio larguirucho. Él se llamaba Nicholas, y ella le decía Niké, oriundo del estado de Virginia, sus padres cultivaban tabaco. Ella, ecuatoriana, se llamaba Jamilia. Se habían conocido en un pequeño pueblito del Cantón de Ibarra, en Atuntaqui, cerca de las lagunas de Imbabura. Niké era un gringo mochilero, errante. Jamilia estaba por recibirse de odontóloga y se encontraba haciendo medicina rural en ese pequeño pueblito reputado por sus textiles. Ambos hablaban inglés. Niké apenas si masticaba el español. En un pueblos de los andes ecuatorianos se conocieron. En ese lugar se enamoraron y luego de un corto tiempo decidieron visitar una playa del norte del Perú.

El viejo autor no se presentó como escritor sino como lo que realmente era: un profesor universitario chileno de literatura jubilado.

Entonces Jamilia cogió su mochila y sacó un libro. Ante los ojos estupefactos del escritor de culto, ella le mostró uno de los libros del otro escritor. Estaba en Playa Ballena, como le dijo por el correo electrónico, pero en la forma de un libro suyo. Un libro de cuentos y en uno de los relatos el escritor célebre mencionaba la Playa Ballena. Era el cuento de un hombre viejo que corrompido por la fama, agobiado por la soberbia y la frivolidad había encontrado paz en esa playa solitaria. El cuento llevaba como epígrafe un pensamiento de budismo Zen: *En el silencio, la soledad se desvanece*. Era por ese motivo

que Jamilia y Niké habían elegido visitar esa playa.

Ella había leído todos los libros del famoso novelista chileno, incluso sus interminables y aburridas novelas; recordaba los nombres de los personajes, pasajes enteros de cada texto; algunos cuentos se los sabía casi de memoria.

Es un escritor muy humano, y ustedes los chilenos deben sentirse orgullosos de ser su compatriota, dijo Jamilia.

Al escritor se le aclararon los extraños misterios que envuelven la creación literaria y su relación con la vida. El escritor consagrado era conocido por dedicarse a injuriar a la gente, y a no dejar pájaro con cabeza. Pero era un gran escritor. La literatura no hacía mejores seres humanos a las personas, sobre todo a aquellos dotados de genialidad. Al contrario, los hacía más egoístas, más arrogantes. Pero su obra los salvaba y la inmortalidad les estaba destinada.

Y luego transcurrieron quince días de una vida paradisíaca. Por primera vez en su vida ese escritor desdeñado por la crítica y por sus amigos fue feliz. Se bañó dichoso en el mar. Con Nicholas, pescó cangrejos. Los tres, con Jamilia, jugaron cartas, cantaron canciones de Nat King Cole a la luz de una fogata. En Playa Ballena, en Tumbes, al norte del Perú, disfrutó del más hermoso atardecer de su existencia.

Hasta que llegó el momento de la despedida. El hombre que siempre vivió escribiendo historias casi en secreto, antes de subir al pequeño ómnibus sintió el llamado de la playa.

Dejó su maletín y fue a despedirse de la bellísima ensenada que no olvidaría jamás. Al llegar a la orilla se quitó los zapatos y las medias. Empezó a caminar descalzo sobre la arena húmeda; el agua de mar acariciaba sus tobillos y hacía desaparecer sus huellas. Atardecía. Un grupo de jóvenes se zambullían bajo las olas. Pero el viejo escritor chileno tenía la vista fija en un recodo de la playa. Le habían informado en el albergue que a ese lugar venían desde tiempos inmemoriales a morir las grandes ballenas. Y allí estaba a la vista el enorme cuerpo de un gigantesco cetáceo en descomposición, pero los rayos del sol que caían sobre el cadáver no producían un espectáculo desagradable a la vista. Todo lo contrario.

Lo que parecía verse era un inmenso esqueleto tallado en oro que fue haciéndose negro a medida que llegó la noche.

(\* ) Publicado en la colección “Underwood” Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima. N°7 abril, 2008.

## *Punta negra (\*)*

*Las aguas cubren el mar.* Recién en el umbral de mi vejez he podido percatarme de esto. Toda mi vida, desde niño, he esperado que algo emerja violentamente de él.

Presiento que voy a partir pronto. Ahora de viejo espero que del mar salga lo que me dé paz a mi existencia. Siento mucho miedo.

Estoy leyendo una novela del escritor israelí Amos Oz. Se titula: *Un descanso verdadero*. En esa novela hay un párrafo que perfectamente puede ser insertado en este texto mío. Amos Oz escribe en su novela: “Cómo se burlan de nosotros. Qué humor tan negro. Qué banal. Qué vulgar e insulso. Y encima se repite tanto que me da asco. No hay salida: *como las aguas que cubren el mar*”.

Cada libro es un océano. Debajo de las palabras que son las aguas está el mar, y de allí proviene la siguiente historia contada por Amos Oz:

“Una vez, cuando era pequeño, antes de la larga huída de Uzbequistán, tal vez después de escapar de Kiev, se escondieron en el sótano de una granja abandonada y una noche cocinaron y se comieron un gato tiñoso. Vassily, un cristiano convertido al judaísmo, mató al gato de un puñetazo en la cabeza cuando el animalito se acercó a sus pies mendigando una caricia. Por culpa de la nieve de fuera y de la humedad del sótano, el fuego se apagó y tuvieron que comerse el gato medio crudo. Zorzi, el pequeño llorón, a pesar del hambre que tenía, no quiso comer y, cuando Vassily le dijo si no comes nunca serás tan fuerte como Vassily, tuvo que teparle la boca con su mano enrojecida y llena de pecas y decirle en voz baja: si no te callas, Vassily te hará pammm como si fueras otro gato. ¿Sabes por qué? Porque tenemos mucha hambre.”

Dejo la novela de Amos Oz y me quedo mirando el mar. ¿Cuál es el mar oculto tras lo que he leído? ¿Cuál de los tres personajes soy yo? ¿Vassily, el que mató de un puñetazo a un gato? ¿Zorzi, el niño llorón, que a pesar de tener hambre no quiere comer a ese gato? ¿O soy el gato al que luego de que le reventaron la cabeza, lo cocinaron y se lo comieron medio crudo?

Esas son las aguas, ¿pero cuál es el mar? ¿Cuál es la verdad debajo de las aguas? Se puede decir que cuando hay hambre no hay límite para la crueldad. Pero creo que el mar escondido es más que eso. Es igual que el mar que tengo delante de mi casa, diga lo que se diga sobre él, su misterio es inescrutable.

A veces me quedo toda la noche en la terraza. Ya no está Hortensia para obligarme a entrar recurriendo al pretexto que me puede dar una pulmonía si me quedo afuera hasta tan tarde.

“En tu vida no has hecho otra cosa que mirar el mar y leer. No sé cómo he podido aguantarte tantos años” –esa voz resuena dentro de mí: la voz de Hortensia.

Si bien soy un hombre tranquilo, Hortensia, en cambio, no se me parecía en nada. Fue campeona de atletismo en el colegio. No paraba de moverse un solo instante; limpiando, pasándole el plumero a los muebles que en la playa se llenan constantemente de polvo, igual que los pisos que cubren la arenilla, porque la casa está en medio del desierto, y los suelos y paredes los corroe la brisa, la sal. Hortensia no miraba nunca el mar. Miraba la casa. El salitre está permanentemente carcomiendo lo que puede, y puede terminar tragándose una pared si uno se descuida. Ella constantemente hacía remodelaciones: laqueaba la madera de los muebles, mandaba tarrajear las paredes horadadas. Se levantaba a las seis y a las nueve ya había limpiado la casa, preparado el almuerzo, leído el periódico y había tomado su desayuno.

A las nueve en punto de la mañana estaba lista con su gorrita de tela calada hasta las cejas. Su short de atleta sobre su ropa de baño. Sólo su cara había envejecido debido a la sobre exposición al sol, pero su cuerpo seguía duro y elástico.

“De tanto mirar el mar te has vuelto barrigón. ¿No te da vergüenza la panza que te manejas?”, dijo ella.

A las nueve y treinta minutos de la mañana Hortensia plantaba su sombrilla en la arena y extendía su toalla. Luego de instalada, corría varios kilómetros por la arena, al borde mismo del agua de manera tal que el mar mojaba sus tobillos. Corría como una gacela espantando las gaviotas a su paso. Nadie podía creer que mi Hortensia a su edad pudiese correr tanto. Cada mañana trotaba tres kilómetros de ida y tres de vuelta. Luego de la carrera hacía varias series de abdominales. Yo, por supuesto, sentado bajo la sombrilla en la playa, seguía leyendo y contemplando el mar.

“¡Métete al agua panzón!”, recuerdo que me gritó ese día, burlona. Pero a mí no me gustaba meterme al agua.

Recuerdo perfectamente esa mañana. Hortensia continuó animándome a entrar al agua y yo me seguí negando. Como ella solía hacerlo, salió corriendo y se zambulló debajo de una ola. No me explico que pasó. Debió haber entrado poco a poco para que su cuerpo se adecuara a la temperatura del agua. Había bandera roja.

Se internó nadando. Yo no le quitaba la vista. De pronto vino lo que se conoce como “la racha”: una sucesión de cinco a seis olas que se forman una tras otra. El peligro no está en el tamaño de las olas, uno se zambulle debajo de ellas para evitar el impacto. El peligro radica en la resaca. La ola, después de llegar a la orilla, regresa y subterráneamente une su fuerza con la siguiente ola que viene. Las corrientes se mezclan, son impredecibles cuando hay mares alta.

Pasó la racha de seis olas y quedó el mar desierto. No había ni rastro de Hortensia. Corrí a avisar a los salvavidas. Los salvavidas entraron rápidamente al agua con sus aletas.

Estuvieron largo rato buscando, buscando. El mar estaba muy bravo. No pudieron encontrarla.

El mar vara los cuerpos de los ahogados unos días después del suceso; generalmente lejos del lugar donde ocurrió el accidente. Los cuerpos son arrastrados varios kilómetros

por corrientes submarinas. Cuando el cuerpo es por fin varado, luce inflado de color azul plomizo, hinchado y desfigurado por la mordedura de los peces. Pero el cuerpo de mi Hortensia el mar nunca lo varó.

Nadie pudo comprender cómo una mujer que conocía tan bien el mar, a su edad, pudo haber cometido tan intrépida tontería. El golpe fue tremendo para nuestra familia, como el puñetazo de Vassily sobre la cabeza del gato tiñoso. Mis hijos se desmoronaron. Quisieron que yo venda la casa. les era insoportable vivir ahí. Como me negué se fueron a los Estados Unidos, a Kansas, Arizona, Wichita. Lejos, en lugares donde no se viera el mar.

Paro sentado en la terraza, en mi casa que está casi en ruinas, porque en la playa si las casas no se cuidan, si no se las mantiene, se la tragan la brisa y el polvo del desierto. Suelo amanecer sentado en la terraza mirando el mar. Hace años que no duermo. No está Hortensia para obligarme a ir a la cama. Así que me quedo ahí la noche entera contemplando *el mar bajo las aguas*.

(\*) Publicado en la colección “Underwood” Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima. N° 7. Abril. 2008.

## *La mariposa de Ancón (\*)*

Taube estudió biología, se especializó en el estudio de esos preciosos bichos alados que viven apenas un día: las mariposas. Lector voraz de Vladimir Nabokov -eran los únicos libros no científicos que apreciaba- se había engullido varias veces todas sus novelas y cualquier estudio crítico que sobre el novelista caía en sus manos.

Alguna vez este alemán de Hamburgo se casó con una boliviana y nunca contaron ni él ni ella cómo diablos fueron a parar al balneario de Ancón. Allí residían todo el año en un caserón cerca a la antigua estación del tren.

Taube salía al amanecer con sombrero de paja, camiseta a rayas y sandalias a caminar por el malecón de una punta a la otra. Luego de varios kilómetros de una andadura rutinaria entre nublazones se zambullía en el mar frígido de las seis de la mañana.

Así eran las cosas, mi padre Niklas Taube era un lepidopterólogo de fama internacional -varias mariposas llevaban su nombre y la boliviana, mi madre, se apellidaba Jiménez. Yo me parecía a ella, tanto física como mentalmente. Pero soy hijo de Taube, y escritor por culpa de su adicción a Nabokov.

¿Pero conozco a ese gringo que casi no habla? ¿Quién demonios es en realidad Taube?

Orden, disciplina, voluntad, puntualidad, obsesivo por la limpieza, eso se supone que caracteriza a un alemán, pero Taube es más que un simple alemán. Además manifiesta una forma de comportamiento muy teutona que llamo el “ensimismamiento de Taube”. Es decir el hombre que se entierra dentro de si mismo. Se sustrae. Vive ensimismado sin establecer contactos con el exterior.

En Taube esta situación se vincula sobre todo con los bichos que caza.

En estos lapsos de ensimismamiento Taube es impenetrable.

De niño pensé que era mudo. Cuando me hice más grande hablé con mi madre al respecto y ella me contó con el tiempo había aprendido a soportar esos prolongados silencios. Me pidió que no prejuzgara a Taube. Él hablaba solo unas cuantas palabras en castellano. ¿Y cómo así te casaste con él? le pregunté. Y ante tal pregunta, mi madre se quedó callada ensimismándose la boliviana de una manera distinta a la de Taube. Ella no hablaba tampoco ni jota de alemán.

Mi padre me observaba a través del humo de su pipa como si contemplara el revolotear de un insecto exótico no clasificado. Monologaba en alemán o de madrugada hablaba conversando con una especie de presencia fantasmal que también era alemán.

Lo veíamos a Taube errar por la casa, pero él no nos veía a nosotros, situación muy desagradable para mi madre y para mí. Tener padre y no tenerlo, y encima admitir con los muchachos que montan en bicicleta en el malecón que mi madre era boliviana. La cosa es que en Ancón vivía un gringo ensimismado que unos creían loco y otros lo consideraban un nazi escondido en América del sur.

Lo terrible es que yo heredé algunos rasgos de su carácter. No el de nazi que Taube no lo era, me refiero al ensimismamiento. Felizmente no me pusieron el nombre de Niklas, pero sí Klaus como mi abuelo. Y por las simples ganas de joder, firmaba mis escritos literarios con el seudónimo de Klaus Palomo, porque Taube quiere decir paloma, o palomo, en la lengua de Goethe.

Aprendí un alemán rudimentario que me permitía intercambiar palabras con Taube que dejaba fuera de la conversación a la boliviana que por una extraña razón que nunca entendí odiaba a los teutones, a los entomólogos, y a los lepidopterólogos.

¿Qué hacía ese “mariposólogo” en Ancón? Así llamaba mi madre a su marido. Antes de que sirvan el almuerzo él nos obligaba a mi madre y a mí a leer párrafos de la novela “Ada y el ardor” de Nabokov en voz alta. Había libros de Nabokov por toda la casa, hasta ejemplares de bolsillo sobre la tapa del wáter. Mi padre leía, además, viejos y amarillentos periódicos germanos. Una vez le llegó un rollo con periódicos de Hamburgo. Mi madre tenía un lindo joyero enchapado con nácar. Taube sacó todas las alhajas de mi madre del joyero y metió en esa caja antigua sus viejos periódicos alemanes que de cuando en cuando sacaba para leer, por supuesto ensimismado.

¿Nos quería mi padre? Ese era el gran interrogante de la familia. Ese fue un enigma jamás resuelto. Los que se ensimisman tienen una manera muy peculiar de relacionarse con sus seres queridos.

Probablemente el orden de sus amores era el siguiente: en primerísimo lugar las mariposas, luego la obra de Nabokov y en tercer lugar todo lo que era alemán. Hasta la sal hacía que se la mandasen de allá. Y el licor de cerezas. Y lo que ocupaba el cuarto lugar en sus amores era fácil adivinarlo. Por alguna razón incomprensible Taube amaba Ancón. Ancón, el antiguo balneario de verano, su patria de adopción, su país, el territorio que exploraba sobre todo de noche.

Pero no hablaba con nadie, y la gente se había acostumbrado a ver caminar ensimismado a ese gringo loco.

Una prueba de que Taube podía quizás habernos querido era que las dos mariposas más raras que había descubierto, una llevaba el nombre de mi madre y otra el mío. ¿Mariposas exóticas en Ancón? Yo nunca he visto mariposas en Ancón. Ahí estaba la gracia.

Taube desaparecía de nuestra casa para pasar meses en la selva cazando alevillas o lagartas como también se les llama a las mariposas, esto cuando no estaba de viaje en Europa, por el mundo entero dando conferencias sobre las nuevas especies que había descubierto y que mostraba como ejemplares nunca antes vistos por ojo humano. Esos viajes financiaban nuestro presupuesto familiar. En otras palabras, para que podamos comer él tenía que cazar mariposas.

La mujer de Taube, mi señora madre, era tarijeña, y el amigo más íntimo de mi padre era también boliviano, el doctor Estuardo Rojas, profesor de la Universidad de San Andrés, y miembro de la Sociedad Hispano-Luso-Americana de lepidopterología como Taube. Ambos viajaban con frecuencia juntos a un lugar en la Amazonía que ninguno de los dos quería revelar porque allí se encontraba el paraíso secreto donde moraba una infinita diversidad de especies de mariposas aún no clasificadas. Mi padre llevaba en su mochila por lo menos un par de novelas de Nabokov para leer en el viaje.

Como producto de la amistad de Taube con su colega boliviano –que también venía al Perú a cazar mariposas –a qué otra cosa podía venir, yo terminé haciéndome amigo del hijo del colega de mi padre, el pintor boliviano Niklas Rojas, que llevaba el nombre de Niklas en muestra de la amistad que mi padre sentía por su par peruano. Por Niki, que así lo llamaban sus amigos, me enteré que su padre era también un lector fanático de Nabokov.

Me comentó que todos los especialistas de mariposas del planeta eran lectores avezados de Nabokov. Se comunicaban por Internet para intercambiar noticias sobre mariposas y sobre libros y artículos críticos que se escribían sobre Nabokov que había sido también un corre monte experto en el manejo de la redecilla y autoridad en materia de mariposas, descubrió varias especies, actividad que lo defendía, me imagino, del acoso de su obra novelística. Y como Nabokov había sido también un ajedrecista consumado, mi padre y el doctor Rojas jugaban al ajedrez cuando en la selva no estaban correteando, incluso de noche con sus redecillas tras las gavillas de esplendorosas tataguas multicolores.

*Mi padre es también un ensimismado...-escribió Niklas en el messenger- heredé el síndrome... me too.... nos hemos criado solos Klaus.... solos y jodidos.... por eso eres escritor y yo pintor. Angustiados sin saber qué hacer con nuestra vida. dirás.... Cagados....a nuestros padres sólo les interesan las mariposas, volamos around sin que nos vean.... estas equivocado Klaus... explica.... no estoy de acuerdo, me siento como una mariposa.... explica broder.... agobiado, perseguido como una mariposa...a mi no, a mí sólo me dan ganas de matar gente...*

Entre Niklas Rojas, el pintor boliviano, y yo nos comunicábamos por chat o por mail frecuentemente. En realidad vivíamos pegados al Internet, chateando, navegando. Nuestros padres en la selva cazando mariposas y nosotros prendidos a la computadora. Por Niki me enteré que entre mi padre y el suyo había una guerra subterránea. A pesar de ser íntimos amigos disputaban por el descubrimiento, de una extrañísima mariposa negra con puntos rojos en las alas. Era una mariposa que aborígenes de la selva habían visto con frecuencia, pero que ningún científico había conseguido cazar y por lo tanto clasificar zoológicamente. Esta mariposa estaba asociada a un extraño mito. El que la veía lograba entrar en contacto con el espíritu que revelaba el misterio del por qué las mariposas pasaban por un largo proceso de maduración de larva a crisálida para luego de nacer a la vida esplendorosamente en forma de mariposa, vivir apenas un día. Mejor dicho era un mito amazónico que aludía a la fugacidad de la existencia. Taube el alemán apátrida, y Rojas el boliviano educado en Alemania, buscaban afanosamente esta mariposa para que luego de atraparla llevase su nombre. Qué conexión tenía esta extraña contienda con nuestra vida, esta obsesiva *caza sutil*; me refiero a la relación con mi desempeño como narrador y al de Niki como pintor. Ese tema se tornó recurrente en la conversación con Niki vía Internet. Esa mariposa era una falena, es decir que vuela sólo de noche.

Dentro del ensimismamiento de Taube volaba una mariposa. Una mariposa buscada, perseguida durante años. Un hombre cuyo ensimismamiento oculta una mariposa es un ser

complejo, incomprendido por su propia familia. Le criticábamos sus silencios, su mal humor y éramos incapaces de adivinar la real causa de estos estados de ánimo que nublaba la vida de nuestra familia. Salía de noche con su redcilla, cazador nictálope. Noche tras noche, durante años lo mismo. ¡Qué tenacidad! ¡Gringo loco! exclamaba mi madre. ¡A quién se le ocurre salir de noche a chapar mariposas en Ancón!

Taube volvía al clarear y de muy mal humor. Uno no puede crecer al lado de un hombre cuyo mal humor es cada noche el pan de cada día. Al volver a casa se sentaba en la cabecera de la mesa con la cara larga y casi no comía, vegetariano, pero fumaba pipa, sus manos sudaban, sufría. Pero una noche volvió de la calle por primera vez con una satisfacción en la cara sorprendente por esa expresión indescriptible, una alegría se matiza con la indiferencia que es aquella que brota cuando el triunfo ya se logró. La mariposa dentro del ensimismamiento había salido volando, recién ahora lo sé. No lo había hecho por la fama, por ganarle a su colega boliviano Rojas, por dinero, Taube la había perseguido durante años por gozar del placer doloroso de la cacería. Esa noche Taube durmió como un bendito.

Nabokov dice en su novela “Cosas Transparentes” que los seres se dividen en dos clases: entre los que duermen y los que no duermen. El padre de Niki y Taube tenían esa característica: eran insomnes. Las dos bolivianas, mi madre y la de Niki se habían acostumbrado a tener un marido que dormía cuando ellas estaban despiertas. Niki y yo heredamos ese mismo amor por lo nocturno. Nos amanecíamos en la computadora.

Estaba equivocado el boliviano Rojas, la mariposa primordial no era amazónica. ¡Era una mariposa marina!

Me lo había dicho alguna vez Taube: la gente no ve, no sabe que vuela delante de sus narices, aquí mismo existen mariposas aún desconocidas por la ciencia.

Recibí un mail, salió anunciado en el recuadro en la computadora y al ver quién lo enviaba entré enseguida a mi correo.

*Querido Klaus, se acabó nuestra amistad. No me escribas. No te voy a responder. Te voy a borrar de mis contactos. Tu padre ha atrapado a la mariposa negra con puntitos rojos en las alas. Soy por fin libre. Mi pobre padre, ya te lo imaginarás: está destrozado. Taube ha bautizado a la nueva especie con el nombre de *Lepidóptera Ancón noctuidae* ¿Te lo ha contado tu viejo?*

(\* Traducido al francés, publicado en la serie “Lectures du Pérou. Auteurs peruvians de XXe siècle” Université de Poitiers. Caroline Lepage, 2013.